

Isabel Allende  
La casa de los espíritus

Material didáctico  
Maribel Cruzado Soria

Prueba

**DEBOLS!LLO**

Primera edición: junio, 2013

© 1982, Isabel Allende  
© 1982, de la presente edición para España y América Latina:  
Random House Mondadori, S. A.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona  
© 2013, Maribel Cruzado Soria, por la guía didáctica

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-9032-432-5  
Depósito legal: B-11938-2013

Compuesto en M. I. maqueta, S. C. P.

Impreso en Black Print CPI Ibérica  
Sant Andreu de la Barca (Barcelona)

P 3 2 4 3 2 5

*A mi madre, mi abuela y las otras  
extraordinarias mujeres de esta historia.*

I. A.

Prueba

*¿Cuánto vive el hombre, por fin?  
¿Vive mil años o uno solo?  
¿Vive una semana o varios siglos?  
¿Por cuánto tiempo muere el hombre?  
¿Qué quiere decir para siempre?*

PABLO NERUDA

Prueba

## CAPÍTULO PRIMERO

### ROSA, LA BELLA

*Barrabás* llegó a la familia por vía marítima, anotó la niña Clara con su delicada caligrafía. Ya entonces tenía el hábito de escribir las cosas importantes y más tarde, cuando se quedó muda, escribía también las trivialidades, sin sospechar que cincuenta años después, sus cuadernos me servirían para rescatar la memoria del pasado y para sobrevivir a mi propio espanto. El día que llegó *Barrabás* era Jueves Santo. Venía en una jaula indigna, cubierto de sus propios excrementos y orines, con una mirada extraviada de preso miserable e indefenso, pero ya se adivinaba —por el porte real de su cabeza y el tamaño de su esqueleto— el gigante legendario que llegó a ser. Aquél era un día aburrido y otoñal, que en nada presagiaba los acontecimientos que la niña escribió para que fueran recordados y que ocurrieron durante la misa de doce, en la parroquia de San Sebastián, a la cual asistió con toda su familia. En señal de duelo, los santos estaban tapados con trapos morados, que las beatas desempolvaban anualmente del ropero de la sacristía, y bajo las sábanas de luto, la corte celestial parecía un amasijo de muebles esperando la mudanza, sin que las velas, el incienso o los gemidos del órgano, pudieran contrarrestar ese lamentable efecto. Se erguían amenazantes bultos oscuros

en el lugar de los santos de cuerpo entero, con sus rostros idénticos de expresión constipada, sus elaboradas pelucas de cabello de muerto, sus rubíes, sus perlas, sus esmeraldas de vidrio pintado y sus vestuarios de nobles florentinos. El único favorecido con el luto era el patrono de la iglesia, san Sebastián, porque en Semana Santa le ahorra a los fieles el espectáculo de su cuerpo torcido en una postura indecente, atravesado por media docena de flechas, chorreando sangre y lágrimas, como un homosexual sufriente, cuyas llagas, milagrosamente frescas gracias al pincel del padre Restrepo, hacían estremecer de asco a Clara.

Era ésa una larga semana de penitencia y de ayuno, no se jugaba baraja, no se tocaba música que incitara a la lujuria o al olvido, y se observaba, dentro de lo posible, la mayor tristeza y castidad, a pesar de que justamente en esos días, el agujonazo del demonio tentaba con mayor insistencia la débil carne católica. El ayuno consistía en suaves pasteles de hojaldre, sabrosos guisos de verdura, esponjosas tortillas y grandes quesos traídos del campo, con los que las familias recordaban la Pasión del Señor, cuidándose de no probar ni el más pequeño trozo de carne o de pescado, bajo pena de excomunión, como insistía el padre Restrepo. Nadie se habría atrevido a desobedecerle. El sacerdote estaba provisto de un largo dedo incriminador para apuntar a los pecadores en público y una lengua entrenada para alborotar los sentimientos.

—¡Tú, ladrón que has robado el dinero del culto! —gritaba desde el púlpito señalando a un caballero que fingía afanarse en una pelusa de su solapa para no darle la cara—. ¡Tú, desvergonzada que te prostituyes en los muelles! —y acusaba a doña Ester Trueba, inválida debido a la artritis y beata de la Virgen del Carmen, que abría los ojos sorprendida, sin saber el significado de aquella palabra ni dónde quedaban los muelles—. ¡Arrepentíos, pecadores, inmundas carroña, indignos del sacrificio de Nuestro Señor! ¡Ayunad! ¡Haced penitencia!

Llevado por el entusiasmo de su celo vocacional, el sacerdote debía contenerse para no entrar en abierta desobediencia con las instrucciones de sus superiores eclesiásticos, sacudidos por vientos de modernismo, que se oponían al cilicio y a la flagelación. Él



era partidario de vencer las debilidades del alma con una buena azotaina de la carne. Era famoso por su oratoria desenfadada. Lo seguían sus fieles de parroquia en parroquia, sudaban oyéndolo describir los tormentos de los pecadores en el infierno, las carnes desgarradas por ingeniosas máquinas de tortura, los fuegos eternos, los garfios que traspasaban los miembros viriles, los asquerosos reptiles que se introducían por los orificios femeninos y otros múltiples suplicios que incorporaba en cada sermón para sembrar el terror de Dios. El mismo Satanás era descrito hasta en sus más íntimas anomalías con el acento de Galicia del sacerdote, cuya misión en este mundo era sacudir las conciencias de los indolentes criollos.

Severo del Valle era ateo y masón, pero tenía ambiciones políticas y no podía darse el lujo de faltar a la misa más concurrida cada domingo y fiesta de guardar, para que todos pudieran verlo. Su esposa Nívea prefería entenderse con Dios sin intermediarios, tenía profunda desconfianza de las sotanas y se aburría con las descripciones del cielo, el purgatorio y el infierno, pero acompañaba a su marido en sus ambiciones parlamentarias, en la esperanza de que si él ocupaba un puesto en el Congreso, ella podría obtener el voto femenino, por el cual luchaba desde hacía diez años, sin que sus numerosos embarazos lograran desanimarla. Ese Jueves Santo el padre Restrepo había llevado a los oyentes al límite de su resistencia con sus visiones apocalípticas y Nívea empezó a sentir mareos. Se preguntó si no estaría nuevamente encinta. A pesar de los lavados con vinagre y las esponjas con hiel, había dado a luz quince hijos, de los cuales todavía quedaban once vivos, y tenía razones para suponer que ya estaba acomodándose en la madurez, pues su hija Clara, la menor, tenía diez años. Parecía que por fin había cedido el ímpetu de su asombrosa fertilidad. Procuró atribuir su malestar al momento del sermón del padre Restrepo cuando la apuntó para referirse a los fariseos que pretendían legalizar a los bastardos y al matrimonio civil, desarticulando a la familia, la patria, la propiedad y la Iglesia, dando a las mujeres la misma posición que a los hombres, en abierto desafío a la ley de Dios, que en ese aspecto era muy precisa. Nívea y Severo ocupaban, con sus hijos, toda la tercera hilera

de bancos. Clara estaba sentada al lado de su madre y ésta le apretaba la mano con impaciencia cuando el discurso del sacerdote se extendía demasiado en los pecados de la carne, porque sabía que eso inducía a la pequeña a visualizar aberraciones que iban más allá de la realidad, como era evidente por las preguntas que hacía y que nadie sabía contestar. Clara era muy precoz y tenía la desbordante imaginación que heredaron todas las mujeres de su familia por vía materna. La temperatura de la iglesia había aumentado y el olor penetrante de los cirios, el incienso y la multitud apiñada, contribuían a la fatiga de Nívea. Deseaba que la ceremonia terminara de una vez, para regresar a su fresca casa, a sentarse en el corredor de los helechos y saborear la jarra de horchata que la Nana preparaba los días de fiesta. Miró a sus hijos, los menores estaban cansados, rígidos en su ropa de domingo, y los mayores comenzaban a distraerse. Posó la vista en Rosa, la mayor de sus hijas vivas, y, como siempre, se sorprendió. Su extraña belleza tenía una cualidad perturbadora de la cual ni ella escapaba, parecía fabricada de un material diferente al de la raza humana. Nívea supo que no era de este mundo aun antes que naciera, porque la vio en sueños, por eso no le sorprendió que la comadrona die-  
ra un grito al verla. Al nacer, Rosa era blanca, lisa, sin arrugas, como una muñeca de loza, con el cabello verde y los ojos amarillos, la criatura más hermosa que había nacido en la tierra desde los tiempos del pecado original, como dijo la comadrona santi-  
guándose. Desde el primer baño, la Nana le lavó el pelo con infusión de manzanilla, lo cual tuvo la virtud de mitigar el color, dándole una tonalidad de bronce viejo, y la ponía desnuda al sol, para fortalecer su piel, que era translúcida en las zonas más delicadas del vientre y de las axilas, donde se adivinaban las venas y la textura secreta de los músculos. Aquellos trucos de gitana, sin embargo, no fueron suficiente y muy pronto se corrió la voz de que les había nacido un ángel. Nívea esperó que las ingratas etapas del crecimiento otorgarían a su hija algunas imperfecciones, pero nada de eso ocurrió, por el contrario, a los dieciocho años Rosa no había engordado y no le habían salido granos, sino que se había acentuado su gracia marítima. El tono de su piel, con suaves reflejos azulados, y el de su cabello, la lentitud de sus mo-

vimientos y su carácter silencioso, evocaban a un habitante del agua. Tenía algo de pez y si hubiera tenido una cola escamada habría sido claramente una sirena, pero sus dos piernas la colocaban en un límite impreciso entre la criatura humana y el ser mitológico. A pesar de todo, la joven había hecho una vida casi normal, tenía un novio y algún día se casaría, con lo cual la responsabilidad de su hermosura pasaría a otras manos. Rosa inclinó la cabeza y un rayo se filtró por los vitrales góticos de la iglesia, dando un halo de luz a su perfil. Algunas personas se dieron vuelta para mirarla y cuchichearon, como a menudo ocurría a su paso, pero Rosa no parecía darse cuenta de nada, era inmune a la vanidad y ese día estaba más ausente que de costumbre, imaginando nuevas bestias para bordar en su mantel, mitad pájaro y mitad mamífero, cubiertas con plumas iridiscentes y provistas de cuernos y pezuñas, tan gordas y con alas tan breves, que desafiaban las leyes de la biología y de la aerodinámica. Rara vez pensaba en su novio, Esteban Trueba, no por falta de amor, sino a causa de su temperamento olvidadizo y porque dos años de separación son mucha ausencia. Él estaba trabajando en las minas del Norte. Le escribía metódicamente y a veces Rosa le contestaba enviando versos copiados y dibujos de flores en papel de pergamino con tinta china. A través de esa correspondencia, que Nívea violaba en forma regular, se enteró de los sobresaltos del oficio de minero, siempre amenazado por derrumbes, persiguiendo vetas escurridizas, pidiendo créditos a cuenta de la buena suerte, confiando en que aparecería un maravilloso filón de oro que le permitiría hacer una rápida fortuna y regresar para llevar a Rosa del brazo al altar, convirtiéndose así en el hombre más feliz del universo, como decía siempre al final de las cartas. Rosa, sin embargo, no tenía prisa por casarse y casi había olvidado el único beso que intercambiaron al despedirse y tampoco podía recordar el color de los ojos de ese novio tenaz. Por influencia de las novelas románticas, que constituían su única lectura, le gustaba imaginarlo con botas de suela, la piel quemada por los vientos del desierto, escarbando la tierra en busca de tesoros de piratas, doblones españoles y joyas de los incas, y era inútil que Nívea tratara de convencerla de que las riquezas de las minas estaban metidas en las piedras, porque

a Rosa le parecía imposible que Esteban Trueba recogiera toneladas de peñascos con la esperanza de que, al someterlos a inicuos procesos crematorios, escupieran un gramo de oro. Entretanto, lo aguardaba sin aburrirse, imperturbable en la gigantesca tarea que se había impuesto: bordar el mantel más grande del mundo. Comenzó con perros, gatos y mariposas, pero pronto la fantasía se apoderó de su labor y fue apareciendo un paraíso de bestias imposibles que nacían de su aguja ante los ojos preocupados de su padre. Severo consideraba que era tiempo de que su hija se sacudiera la modorra y pusiera los pies en la realidad, que aprendiera algunos oficios domésticos y se preparara para el matrimonio, pero Nívea no compartía esa inquietud. Ella prefería no atormentar a su hija con exigencias terrenales, pues presentía que Rosa era un ser celestial, que no estaba hecho para durar mucho tiempo en el tráfico grosero de este mundo, por eso la dejaba en paz con sus hilos de bordar y no objetaba aquel zoológico de pesadilla.

Una barba del corsé de Nívea se quebró y la punta se le clavó entre las costillas. Sintió que se ahogaba dentro del vestido de terciopelo azul, el cuello de encaje demasiado alto, las mangas muy estrechas, la cintura tan ajustada, que cuando se soltaba la faja pasaba media hora con retorcijones de barriga hasta que las tripas se le acomodaban en su posición normal. Lo habían discutido a menudo con sus amigas sufragistas y habían llegado a la conclusión que mientras las mujeres no se cortaran las faldas y el pelo y no se quitaran los refajos, daba igual que pudieran estudiar medicina o tuvieran derecho a voto, porque de ningún modo tendrían ánimo para hacerlo, pero ella misma no tenía valor para ser de las primeras en abandonar la moda. Notó que la voz de Galicia había dejado de martillarle el cerebro. Se encontraba en una de esas largas pausas del sermón que el cura, conocedor del efecto de un silencio incómodo, empleaba con frecuencia. Sus ojos ardientes aprovechaban esos momentos para recorrer a los feligreses uno por uno. Nívea soltó la mano de su hija Clara y buscó un pañuelo en su manga para secarse una gota que le resbalaba por el cuello. El silencio se hizo denso, el tiempo pareció detenido en la iglesia, pero nadie se atrevió a toser o a acomodar la postura, para

no atraer la atención del padre Restrepo. Sus últimas frases todavía vibraban entre las columnas.

Y en ese momento, como recordara años más tarde Nívea, en medio de la ansiedad y el silencio, se escuchó con toda nitidez la voz de su pequeña Clara.

—¡Pst! ¡Padre Restrepo! Si el cuento del infierno fuera pura mentira, nos chingamos todos...

El dedo índice del jesuita, que ya estaba en el aire para señalar nuevos suplicios, quedó suspendido como un pararrayos sobre su cabeza. La gente dejó de respirar y los que estaban cabeceando se reanimaron. Los esposos Del Valle fueron los primeros en reaccionar al sentir que los invadía el pánico y al ver que sus hijos comenzaban a agitarse nerviosos. Severo comprendió que debía actuar antes que estallara la risa colectiva o se desencadenara algún cataclismo celestial. Tomó a su mujer del brazo y a Clara por el cuello y salió arrastrándolas a grandes zancadas, seguido por sus otros hijos, que se precipitaron en tropel hacia la puerta. Alcanzaron a salir antes que el sacerdote pudiera invocar un rayo que los convirtiera en estatuas de sal, pero desde el umbral escucharon su terrible voz de arcángel ofendido.

—¡Endemoniada! ¡Soberbia endemoniada!

Esas palabras del padre Restrepo permanecieron en la memoria de la familia con la gravedad de un diagnóstico y, en los años sucesivos, tuvieron ocasión de recordarlas a menudo. La única que no volvió a pensar en ellas fue la misma Clara, que se limitó a anotarlas en su diario y luego las olvidó. Sus padres, en cambio, no pudieron ignorarlas, a pesar de que estaban de acuerdo en que la posesión demoníaca y la soberbia eran dos pecados demasiado grandes para una niña tan pequeña. Temían a la maledicencia de la gente y al fanatismo del padre Restrepo. Hasta ese día, no habían puesto nombre a las excentricidades de su hija menor ni las habían relacionado con influencias satánicas. Las tomaban como una característica de la niña, como la cojera lo era de Luis o la belleza de Rosa. Los poderes mentales de Clara no molestaban a nadie y no producían mayor desorden; se manifestaban casi siempre en asuntos de poca importancia y en la estricta intimidad del hogar. Algunas veces, a la hora de la comida, cuando estaban

todos reunidos en el gran comedor de la casa, sentados en estricto orden de dignidad y gobierno, el salero comenzaba a vibrar y de pronto se desplazaba por la mesa entre las copas y platos, sin que mediara ninguna fuente de energía conocida ni truco de ilusionista. Nívea daba un tirón a las trenzas de Clara y con ese sistema conseguía que su hija abandonara su distracción lunática y devolviera la normalidad al salero, que al punto recuperaba su inmovilidad. Los hermanos se habían organizado para que, en el caso de que hubiera visitas, el que estaba más cerca detenía de un manotazo lo que se estaba moviendo sobre la mesa, antes que los extraños se dieran cuenta y sufrieran un sobresalto. La familia continuaba comiendo sin comentarios. También se habían habituado a los presagios de la hermana menor. Ella anunciaba los temblores con alguna anticipación, lo que resultaba muy conveniente en ese país de catástrofes, porque daba tiempo de poner a salvo la vajilla y dejar al alcance de la mano las pantuflas para salir arrancando en la noche. A los seis años Clara predijo que el caballo iba a voltear a Luis, pero éste se negó a escucharla y desde entonces tenía una cadera desviada. Con el tiempo se le acortó la pierna izquierda y tuvo que usar un zapato especial con una gran plataforma que él mismo se fabricaba. En esa ocasión Nívea se inquietó, pero la Nana le devolvió la tranquilidad diciendo que hay muchos niños que vuelan como las moscas, que adivinan los sueños y hablan con las ánimas, pero a todos se les pasa cuando pierden la inocencia.

—Ninguno llega a grande en ese estado —explicó—. Espere que a la niña le venga la demostración y va a ver que se le quita la maña de andar moviendo los muebles y anunciando desgracias.

Clara era la preferida de la Nana. La había ayudado a nacer y ella era la única que comprendía realmente la naturaleza estrafalaria de la niña. Cuando Clara salió del vientre de su madre, la Nana la acunó, la lavó y desde ese instante amó desesperadamente a esa criatura frágil, con los pulmones llenos de flema, siempre al borde de perder el aliento y ponerse morada, que había tenido que revivir muchas veces con el calor de sus grandes pechos cuando le faltaba el aire, pues ella sabía que ése era el único remedio para el asma, mucho más efectivo que los jarabes aguantosos del doctor Cuevas.

Ese Jueves Santo, Severo se paseaba por la sala preocupado por el escándalo que su hija había desatado en la misa. Argumentaba que sólo un fanático como el padre Restrepo podía creer en endemoniados en pleno siglo veinte, el siglo de las luces, de la ciencia y la técnica, en el cual el demonio había quedado definitivamente desprestigiado. Nívea lo interrumpió para decir que no era ése el punto. Lo grave era que si las proezas de su hija trascendían las paredes de la casa y el cura empezaba a indagar, todo el mundo iba a enterarse.

—Va a empezar a llegar la gente para mirarla como si fuera un fenómeno —dijo Nívea.

—Y el Partido Liberal se irá al carajo —agregó Severo, que veía el daño que podía hacer a su carrera política tener una hechizada en la familia.

En eso estaban cuando llegó la Nana arrastrando sus alpargatas, con su frufurú de enaguas almidonadas, a anunciar que en el patio había unos hombres descargando a un muerto. Así era. Entraron en un carro con cuatro caballos, ocupando todo el primer patio, aplastando las camelias y ensuciando con bosta el reluciente empedrado, en un torbellino de polvo, un piafar de caballos y un maldecir de hombres supersticiosos que hacían gestos contra el mal de ojo. Traían el cadáver del tío Marcos con todo su equipaje. Dirigía aquel tumulto un hombrecillo melifluo, vestido de negro, con levita y un sombrero demasiado grande, que inició un discurso solemne para explicar las circunstancias del caso, pero fue brutalmente interrumpido por Nívea, que se lanzó sobre el polvoriento ataúd que contenía los restos de su hermano más querido. Nívea gritaba que abrieran la tapa, para verlo con sus propios ojos. Ya le había tocado enterrarlo en una ocasión anterior, y, por lo mismo, le cabía la duda de que tampoco esa vez fuera definitiva su muerte. Sus gritos atrajeron a la multitud de sirvientes de la casa y a todos los hijos, que acudieron corriendo al oír el nombre de su tío resonando con lamentos de duelo.

Hacía un par de años que Clara no veía a su tío Marcos, pero lo recordaba muy bien. Era la única imagen perfectamente nítida de su infancia y para evocarla no necesitaba consultar el daguerrotipo del salón, donde aparecía vestido de explorador, apoyado

en una escopeta de dos cañones de modelo antiguo, con el pie derecho sobre el cuello de un tigre de Malasia, en la misma triunfante actitud que ella había observado en la Virgen del altar mayor, pisando el demonio vencido entre nubes de yeso y ángeles pálidos. A Clara le bastaba cerrar los ojos para ver a su tío en carne y hueso, curtido por las inclemencias de todos los climas del planeta, flaco, con unos bigotes de filibustero, entre los cuales asomaba su extraña sonrisa de dientes de tiburón. Parecía imposible que estuviera dentro de ese cajón negro en el centro del patio.

En cada visita que hizo Marcos al hogar de su hermana Nívea, se quedó por varios meses, provocando el regocijo de los sobrinos, especialmente de Clara, y una tormenta en la que el orden doméstico perdía su horizonte. La casa se atochaba de baúles, animales embalsamados, lanzas de indios, bultos de marinero. Por todos lados la gente andaba tropezando con sus bártulos inauditos, aparecían bichos nunca vistos, que habían hecho el viaje desde tierras remotas, para terminar aplastados bajo la escoba implacable de la Nana en cualquier rincón de la casa. Los modales del tío Marcos eran los de un caníbal, como decía Severo. Se pasaba la noche haciendo movimientos incomprensibles en la sala, que, más tarde se supo, eran ejercicios destinados a perfeccionar el control de la mente sobre el cuerpo y a mejorar la digestión. Hacía experimentos de alquimia en la cocina, llenando toda la casa con humaredas fétidas y arruinaba las ollas con sustancias sólidas que no se podían desprender del fondo. Mientras los demás intentaban dormir, arrastraba sus maletas por los corredores, ensayaba sonidos agudos con instrumentos salvajes y enseñaba a hablar en español a un loro cuya lengua materna era de origen amazónico. En el día dormía en una hamaca que había tendido entre dos columnas del corredor, sin más abrigo que un taparrabos que ponía de pésimo humor a Severo, pero que Nívea disculpaba porque Marcos la había convencido de que así predicaba el Nazareno. Clara recordaba perfectamente, a pesar de que entonces era muy pequeña, la primera vez que su tío Marcos llegó a la casa de regreso de uno de sus viajes. Se instaló como si fuera a quedarse para siempre. Al poco tiempo, aburrido de presentarse en tertulias de señoritas donde la dueña de la casa tocaba el



piano, jugar al naípe y eludir los apremios de todos sus parientes para que sentara cabeza y entrara a trabajar de ayudante en el bufete de abogados de Severo del Valle, se compró un organillo y salió a recorrer las calles, con la intención de seducir a su prima Antonieta y, de paso, alegrar al público con su música de manivela. La máquina no era más que un cajón roñoso provisto de ruedas, pero él la pintó con motivos marineros y le puso una falsa chimenea de barco. Quedó con aspecto de cocina a carbón. El organillo tocaba una marcha militar y un vals alternadamente y entre vuelta y vuelta de la manivela, el loro, que había aprendido el español, aunque todavía guardaba su acento extranjero, atraía a la concurrencia con gritos agudos. También sacaba con el pico unos papelititos de una caja para vender la suerte a los curiosos. Los papeles rosados, verdes y azules, eran tan ingeniosos, que siempre apuntaban a los más secretos deseos del cliente. Además de los papeles de la suerte, vendía pelotitas de aserrín para divertir a los niños y polvos contra la impotencia, que comerciaba a media voz con los transeúntes afectados por ese mal. La idea del organillo nació como un último y desesperado recurso para atraer a la prima Antonieta, después que le fallaron otras formas más convencionales de cortejarla. Pensó que ninguna mujer en su sano juicio podía permanecer impasible ante una serenata de organillo. Eso fue lo que hizo. Se colocó debajo de su ventana un atardecer, a tocar su marcha militar y su vals, en el momento en que ella tomaba el té con un grupo de amigas. Antonieta no se dio por aludida hasta que el loro comenzó a llamarla por su nombre de pila y entonces se asomó a la ventana. Su reacción no fue la que esperaba su enamorado. Sus amigas se encargaron de repartir la noticia por todos los salones de la ciudad y, al día siguiente, la gente empezó a pasear por las calles céntricas en la esperanza de ver con sus propios ojos al cuñado de Severo del Valle tocando el organillo y vendiendo pelotitas de aserrín con un loro apolillado, simplemente por el placer de comprobar que también en las mejores familias había buenas razones para avergonzarse. Ante el bochorno familiar, Marcos tuvo que desistir del organillo y elegir métodos menos conspicuos para atraer a la prima Antonieta, pero no renunció a asediarla. De todos modos, al final no tuvo

éxito, porque la joven se casó de la noche a la mañana con un diplomático veinte años mayor, que se la llevó a vivir a un país tropical cuyo nombre nadie pudo recordar, pero que sugería negritud, bananas y palmeras, donde ella consiguió sobreponerse al recuerdo de aquel pretendiente que arruinó sus diecisiete años con su marcha militar y su vals. Marcos se hundió en la depresión durante dos o tres días, al cabo de los cuales anunció que jamás se casaría y que se iba a dar la vuelta al mundo. Vendió el organillo a un ciego y dejó el loro como herencia a Clara, pero la Nana lo envenenó secretamente con una sobredosis de aceite de hígado de bacalao, porque no podía soportar su mirada lujuriosa, sus pulgas y sus gritos destemplados ofreciendo papelitos para la suerte, pelotas de aserrín y polvos para la impotencia.

Ése fue el viaje más largo de Marcos. Regresó con un cargamento de enormes cajas que se almacenaron en el último patio, entre el gallinero y la bodega de la leña, hasta que terminó el invierno. Al despuntar la primavera, las hizo trasladar al Parque de los Desfiles, un descampado enorme donde se juntaba el pueblo a ver marchar a los militares durante las Fiestas Patrias, con el paso de ganso que habían copiado de los prusianos. Al abrir las cajas, se vio que contenían piezas sueltas de madera, metal y tela pintada. Marcos pasó dos semanas armando las partes de acuerdo a las instrucciones de un manual en inglés, que descifró con su invencible imaginación y un pequeño diccionario. Cuando el trabajo estuvo listo, resultó ser un pájaro de dimensiones prehistóricas, con un rostro de águila furiosa pintado en su parte delantera, alas movibles y una hélice en el lomo. Causó conmoción. Las familias de la oligarquía olvidaron el organillo y Marcos se convirtió en la novedad de la temporada. La gente hacía paseos los domingos para ir a ver al pájaro y los vendedores de chucherías y fotógrafos ambulantes hicieron su agosto. Sin embargo, al poco tiempo comenzó a agotarse el interés del público. Entonces Marcos anunció que apenas se despejara el tiempo pensaba elevarse en el pájaro y cruzar la cordillera. La noticia se regó en pocas horas y se convirtió en el acontecimiento más comentado del año. La máquina yacía con la panza asentada en tierra firme, pesada y torpe, con más aspecto de pato herido, que de uno de

esos modernos aeroplanos que empezaban a fabricarse en Norteamérica. Nada en su apariencia permitía suponer que podría moverse y mucho menos encumbrarse y atravesar las montañas nevadas. Los periodistas y curiosos acudieron en tropel. Marcos sonreía inmutable ante la avalancha de preguntas y posaba para los fotógrafos sin ofrecer ninguna explicación técnica o científica respecto a la forma en que pensaba realizar su empresa. Hubo gente que viajó de provincia para ver el espectáculo. Cuarenta años después, su sobrino nieto Nicolás, a quien Marcos no llegó a conocer, desenterró la iniciativa de volar que siempre estuvo presente en los hombres de su estirpe. Nicolás tuvo la idea de hacerlo con fines comerciales, en una salchicha gigantesca rellena con aire caliente, que llevaría impreso un aviso publicitario de bebidas gaseosas. Pero, en los tiempos en que Marcos anunció su viaje en aeroplano, nadie creía que ese invento pudiera servir para algo útil. Él lo hacía por espíritu aventurero. El día señalado para el vuelo amaneció nublado, pero había tanta expectación, que Marcos no quiso aplazar la fecha. Se presentó puntualmente en el sitio y no dio ni una mirada al cielo que se cubría de grises nubarrones. La muchedumbre atónita, llenó todas las calles adyacentes, se encaramó en los techos y los balcones de las casas próximas y se apretujó en el parque. Ninguna concentración política pudo reunir a tanta gente hasta medio siglo después, cuando el primer candidato marxista aspiraba, por medios totalmente democráticos, a ocupar el sillón de los Presidentes. Clara recordaría toda su vida ese día de fiesta. La gente se vistió de primavera, adelantándose un poco a la inauguración oficial de la temporada, los hombres con trajes de lino blanco y las damas con los sombreros de pajilla italiana que hicieron furor ese año. Desfilieron grupos de escolares con sus maestros, llevando flores para el héroe. Marcos recibía las flores y bromeaba diciendo que esperaran que se estrellara para llevarle flores al entierro. El obispo en persona, sin que nadie se lo pidiera, apareció con dos turiferarios a bendecir el pájaro y el orfeón de la gendarmería tocó música alegre y sin pretensiones, para el gusto popular. La policía, a caballo y con lanzas, tuvo dificultad en mantener a la multitud alejada del centro del parque, donde estaba Marcos, vestido con una braga de me-

cánico, con grandes anteojos de automovilista y su cucalón de explorador. Para el vuelo llevaba, además, su brújula, un catalejo y unos extraños mapas de navegación aérea que él mismo había trazado basándose en las teorías de Leonardo da Vinci y en los conocimientos astrales de los incas. Contra toda lógica, al segundo intento el pájaro se elevó sin contratiempos y hasta con cierta elegancia, entre los crujidos de su esqueleto y los estertores de su motor. Subió aleteando y se perdió entre las nubes, despedido por una fanfarria de aplausos, silbatos, pañuelos, banderas, redobles musicales del orfeón y aspersiones de agua bendita. En tierra quedó el comentario de la maravillada concurrencia y de los hombres más instruidos, que intentaron dar una explicación razonable al milagro. Clara siguió mirando el cielo hasta mucho después que su tío se hizo invisible. Creyó divisarlo diez minutos más tarde, pero sólo era un gorrión pasajero. Después de tres días, la euforia provocada por el primer vuelo de aeroplano en el país, se desvaneció y nadie volvió a acordarse del episodio, excepto Clara, que oteaba incansablemente las alturas.

A la semana sin tener noticias del tío volador, se supuso que había subido hasta perderse en el espacio sideral y los más ignorantes especularon con la idea de que llegaría a la luna. Severo determinó, con una mezcla de tristeza y de alivio, que su cuñado se había caído con su máquina en algún resquicio de la cordillera, donde nunca sería encontrado. Nívea lloró desconsoladamente y prendió unas velas a san Antonio, patrono de las cosas perdidas. Severo se opuso a la idea de mandar a decir algunas misas, porque no creía en ese recurso para ganar el cielo y mucho menos para volver a la tierra, y sostenía que las misas y las mandas, así como las indulgencias y el tráfico de estampitas y escapularios, eran un negocio deshonesto. En vista de eso, Nívea y la Nana pusieron a todos los niños a rezar a escondidas el rosario durante nueve días. Mientras tanto, grupos de exploradores y andinistas voluntarios lo buscaron incansablemente por picos y quebradas de la cordillera, recorriendo uno por uno todos los vericuetos accesibles, hasta que por último regresaron triunfantes y entregaron a la familia los restos mortales en un negro y modesto féretro sellado. Enterraron al intrépido viajero en un funeral grandioso. Su

muerte lo convirtió en un héroe y su nombre estuvo varios días en los titulares de todos los periódicos. La misma muchedumbre que se juntó para despedirlo el día que se elevó en el pájaro, desfiló frente a su ataúd. Toda la familia lo lloró como se merecía, menos Clara, que siguió escrutando el cielo con paciencia de astrónomo. Una semana después del sepelio, apareció en el umbral de la puerta de la casa de Nívea y Severo del Valle, el propio tío Marcos, de cuerpo presente, con una alegre sonrisa entre sus bigotes de pirata. Gracias a los rosarios clandestinos de las mujeres y los niños, como él mismo lo admitió, estaba vivo y en posesión de todas sus facultades, incluso la del buen humor. A pesar del noble origen de sus mapas aéreos, el vuelo había sido un fracaso, perdió el aeroplano y tuvo que regresar a pie, pero no traía ningún hueso roto y mantenía intacto su espíritu aventurero. Esto consolidó para siempre la devoción de la familia por san Antonio y no sirvió de escarmiento a las generaciones futuras que también intentaron volar con diferentes medios. Legalmente, sin embargo, Marcos era un cadáver. Severo del Valle tuvo que poner todo su conocimiento de las leyes al servicio de devolver la vida y la condición de ciudadano a su cuñado. Al abrir el ataúd, delante de las autoridades correspondientes, se vio que habían enterrado una bolsa de arena. Este hecho manchó el prestigio hasta entonces impoluto, de los exploradores y los andinistas voluntarios: desde ese día fueron considerados poco menos que malhechores.

La heroica resurrección de Marcos acabó por hacer olvidar a todo el mundo el asunto del organillo. Volvieron a invitarlo a todos los salones de la ciudad y, al menos por un tiempo, su nombre se reivindicó. Marcos vivió en la casa de su hermana por unos meses. Una noche se fue sin despedirse de nadie, dejando sus baúles, sus libros, sus armas, sus botas y todos sus bártulos. Severo, y hasta la misma Nívea, respiraron aliviados. Su última visita había durado demasiado. Pero Clara se sintió tan afectada, que pasó una semana caminando sonámbula y chupándose el dedo. La niña, que entonces tenía siete años, había aprendido a leer los libros de cuentos de su tío y estaba más cerca de él que ningún otro miembro de la familia, debido a sus habilidades adivinatorias. Marcos sostenía que la rara virtud de su sobrina podía ser una

fuelle de ingresos y una buena oportunidad para desarrollar su propia clarividencia. Tenía la teoría de que esta condición estaba presente en todos los seres humanos, especialmente en los de su familia, y que si no funcionaba con eficiencia era sólo por falta de entrenamiento. Compró en el Mercado Persa una bola de vidrio que, según él, tenía propiedades mágicas y venía de Oriente, pero más tarde se supo que era sólo un flotador de bote pesquero, la puso sobre un paño de terciopelo negro y anunció que podía ver la suerte, curar el mal de ojo, leer el pasado y mejorar la calidad de los sueños, todo por cinco centavos. Sus primeros clientes fueron las sirvientas del vecindario. Una de ellas había sido acusada de ladrona, porque su patrona había extraviado una sortija. La bola de vidrio indicó el lugar donde se encontraba la joya: había rodado debajo de un ropero. Al día siguiente había una cola en la puerta de la casa. Llegaron los cocheros, los comerciantes, los repartidores de leche y agua y más tarde aparecieron discretamente algunos empleados municipales y señoras distinguidas, que se deslizaban discretamente a lo largo de las paredes, procurando no ser reconocidas. La clientela era recibida por la Nana, que los ordenaba en la antesala y cobraba los honorarios. Este trabajo la mantenía ocupada casi todo el día y llegó a absorberla tanto, que descuidó sus labores en la cocina y la familia empezó a quejarse de que lo único que había para la cena eran porotos añejos y dulce de membrillo. Marcos arregló la cochera con unos cortinajes raídos que alguna vez pertenecieron al salón, pero que el abandono y la vejez habían convertido en polvorientas hilachas. Allí atendía al público con Clara. Los dos adivinos vestían túnicas «del color de los hombres de la luz», como llamaba Marcos al amarillo. La Nana tiñó las túnicas con polvos de azafrán, haciéndolas hervir en la olla destinada al manjar blanco. Marcos llevaba, además de la túnica, un turbante amarrado en la cabeza y un amuleto egipcio colgando al cuello. Se había dejado crecer la barba y el pelo y estaba más delgado que nunca. Marcos y Clara resultaban totalmente convincentes, sobre todo porque la niña no necesitaba mirar la bola de vidrio para adivinar lo que cada uno quería oír. Lo soplabá al oído al tío Marcos, quien transmitía el mensaje al cliente e improvisaba los consejos que le parecían ati-

nados. Así se propagó su fama, porque los que llegaban al consultorio alicaídos y tristes, salían llenos de esperanzas, los enamorados que no eran correspondidos obtenían orientación para cultivar el corazón indiferente y los pobres se llevaban infalibles martingalas para apostar en las carreras del canódromo. El negocio llegó a ser tan próspero, que la antesala estaba siempre atiborrada de gente y a la Nana empezaron a darle vahídos de tanto estar parada. En esa ocasión Severo no tuvo necesidad de intervenir para ponerle fin a la iniciativa empresarial de su cuñado, porque los dos adivinos, al darse cuenta de que sus aciertos podían modificar el destino de la clientela, que seguía al pie de la letra sus palabras, se atemorizaron y decidieron que ése era un oficio de tramposos. Abandonaron el oráculo de la cochera y se repartieron equitativamente las ganancias, aunque en realidad la única que estaba interesada en el aspecto material del negocio era la Nana.

De todos los hermanos Del Valle, Clara era la que tenía más resistencia e interés para escuchar los cuentos de su tío. Podía repetir cada uno, sabía de memoria varias palabras en dialectos de indios extranjeros, conocía sus costumbres y podía describir la forma en que se atraviesan trozos de madera en los labios y en los lóbulos de las orejas, así como los ritos de iniciación y los nombres de las serpientes más venenosas y sus antídotos. Su tío era tan elocuente, que la niña podía sentir en su propia carne la quemante mordedura de las víboras, ver al reptil deslizarse sobre la alfombra entre las patas del arrimo de jacarandá y escuchar los gritos de las guacamayas entre las cortinas del salón. Se acordaba sin vacilaciones del recorrido de Lope de Aguirre en su búsqueda de El Dorado, de los nombres impronunciables de la flora y la fauna visitadas o inventadas por su tío maravilloso, sabía de los lamas que toman té salado con grasa de yac y podía describir con detalle a las opulentas nativas de la Polinesia, los arrozales de la China o las blancas planicies de los países del Norte, donde el hielo eterno mata a las bestias y a los hombres que se distraen, petrificándolos en pocos minutos. Marcos tenía varios diarios de viaje donde escribía sus recorridos y sus impresiones así como una colección de mapas y de libros de cuentos, de aventuras y

hasta de hadas, que guardaba dentro de sus baúles en el cuarto de los cachivaches, al fondo del tercer patio de la casa. De allí salieron para poblar los sueños de sus descendientes hasta que fueron quemados por error medio siglo más tarde, en una pira infame.

De su último viaje, Marcos regresó en un ataúd. Había muerto de una misteriosa peste africana que lo fue poniendo arrugado y amarillo como un pergamino. Al sentirse enfermo emprendió el viaje de vuelta con la esperanza de que los cuidados de su hermana y la sabiduría del doctor Cuevas le devolverían la salud y la juventud, pero no resistió los sesenta días de travesía en barco y a la altura de Guayaquil murió consumido por la fiebre y delirando sobre mujeres almizcladas y tesoros escondidos. El capitán del barco, un inglés de apellido Longfellow, estuvo a punto de lanzarlo al mar envuelto en una bandera, pero Marcos había hecho tantos amigos y enamorado a tantas mujeres a bordo del transatlántico, a pesar de su aspecto jibarizado y su delirio, que los pasajeros se lo impidieron y Longfellow tuvo que almacenarlo, junto a las verduras del cocinero chino, para preservarlo del calor y los mosquitos del trópico, hasta que el carpintero de a bordo le improvisó un cajón. En El Callao consiguieron un féretro apropiado y algunos días después el capitán, furioso por las molestias que ese pasajero le había causado a la Compañía de Navegación y a él personalmente, lo descargó sin miramientos en el muelle, extrañado de que nadie se presentara a reclamarlo ni a pagar los gastos extraordinarios. Más tarde se enteró de que el correo en esas latitudes no tenía la misma confiabilidad que en su lejana Inglaterra y que sus telegramas se volatilizaron por el camino. Afortunadamente para Longfellow, apareció un abogado de la aduana que conocía a la familia Del Valle y ofreció hacerse cargo del asunto, metiendo a Marcos y su complejo equipaje en un coche de flete y llevándolo a la capital al único domicilio fijo que se le conocía: la casa de su hermana.

Para Clara ése habría sido uno de los momentos más dolorosos de su vida, si *Barrabás* no hubiera llegado mezclado con los bártulos de su tío. Ignorando la perturbación que reinaba en el patio, su instinto la condujo directamente al rincón donde habían tirado la jaula. Adentro estaba *Barrabás*. Era un montón de hue-



sitos cubiertos con un pelaje de color indefinido, lleno de peladuras infectadas, un ojo cerrado y el otro supurando legañas, inmóvil como un cadáver en su propia porquería. A pesar de su apariencia, la niña no tuvo dificultad en identificarlo.

—¡Un perrito! —chilló.

Se hizo cargo del animal. Lo sacó de la jaula, lo acunó en su pecho y con cuidados de misionera consiguió darle agua en el hocico hinchado y reseco. Nadie se había preocupado de alimentarlo desde que el capitán Longfellow, quien como todos los ingleses trataba mucho mejor a los animales que a los humanos, lo depositó con el equipaje en el muelle. Mientras el perro estuvo a bordo junto a su amo moribundo, el capitán lo alimentó con su propia mano y lo paseó por la cubierta, prodigándole todas las atenciones que le escatimó a Marcos, pero una vez en tierra firme, fue tratado como parte del equipaje. Clara se convirtió en una madre para el animal, sin que nadie le disputara ese dudoso privilegio, y consiguió reanimarlo. Un par de días más tarde, una vez que se calmó la tempestad de la llegada del cadáver y del entierro del tío Marcos, Severo se fijó en el bicho peludo que su hija llevaba en los brazos.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—*Barrabás* —dijo Clara.

—Entréguelo al jardinero, para que se deshaga de él. Puede contagiarnos alguna enfermedad —ordenó Severo.

Pero Clara lo había adoptado.

—Es mío, papá. Si me lo quita, le juro que dejo de respirar y me muero.

Se quedó en la casa. Al poco tiempo corría por todas partes devorándose los flecos de las cortinas, las alfombras y las patas de los muebles. Se recuperó de su agonía con gran rapidez y empezó a crecer. Al bañarlo se supo que era negro, de cabeza cuadrada, patas muy largas y pelo corto. La Nana sugirió mocharle la cola, para que pareciera perro fino, pero Clara agarró un berrinche que degeneró en ataque de asma y nadie volvió a mencionar el asunto. *Barrabás* se quedó con la cola entera y con el tiempo ésta llegó a tener el largo de un palo de golf, provista de movimientos incontrolables que barrían las porcelanas de las mesas y

volcaban las lámparas. Era de raza desconocida. No tenía nada en común con los perros que vagabundeaban por la calle y mucho menos con las criaturas de pura raza que criaban algunas familias aristocráticas. El veterinario no supo decir cuál era su origen y Clara supuso que provenía de la China, porque gran parte del contenido del equipaje de su tío eran recuerdos de ese lejano país. Tenía una ilimitada capacidad de crecimiento. A los seis meses era del tamaño de una oveja y al año de las proporciones de un potrillo. La familia, desesperada, se preguntaba hasta dónde crecería y comenzaron a dudar de que fuera realmente un perro, especularon que podía tratarse de un animal exótico cazado por el tío explorador en alguna región remota del mundo y que tal vez en su estado primitivo era feroz. Nivea observaba sus pezuñas de cocodrilo y sus dientes afilados y su corazón de madre se estremecía pensando que la bestia podía arrancarle la cabeza a un adulto de un tarazón y con mayor razón a cualquiera de sus niños. Pero *Barrabás* no daba muestras de ninguna ferocidad, por el contrario. Tenía los retozos de un gatito. Dormía abrazado a Clara, dentro de su cama, con la cabeza en el almohadón de plumas y tapado hasta el cuello porque era friolento, pero después, cuando ya no cabía en la cama, se tendía en el suelo a su lado, con su hocico de caballo apoyado en la mano de la niña. Nunca se lo vio ladrar ni gruñir. Era negro y silencioso como una pantera, le gustaban el jamón y las frutas confitadas y cada vez que había visitas y olvidaban encerrarlo, entraba sigilosamente al comedor y daba una vuelta a la mesa retirando con delicadeza sus bocadillos preferidos de los platos sin que ninguno de los comensales se atreviera a impedirlo. A pesar de su mansedumbre de doncella, *Barrabás* inspiraba terror. Los proveedores huían precipitadamente cuando se asomaba a la calle y en una oportunidad su presencia provocó pánico entre las mujeres que hacían fila frente al carretón que repartía la leche, espantando al percherón de tiro, que salió disparado en medio de un estropicio de cubos de leche desparramados en el empedrado. Severo tuvo que pagar todos los destrozos y ordenó que el perro fuera amarrado en el patio, pero Clara tuvo otra de sus pataletas y la decisión fue aplazada por tiempo indefinido. La fantasía popular y la ignorancia respecto a

su raza, atribuyeron a *Barrabás* características mitológicas. Contaban que siguió creciendo y que si no hubiera puesto fin a su existencia la brutalidad de un carnicero, habría llegado a tener el tamaño de un camello. La gente lo creía una cruce de perro con yegua, suponían que podían aparecerle alas, cuernos y un aliento sulfuroso de dragón, como las bestias que bordaba Rosa en su interminable mantel. La Nana, harta de recoger porcelana rota y oír los chismes de que se convertía en lobo las noches de luna llena, usó con él el mismo sistema que con el loro, pero la sobredosis de aceite de hígado de bacalao no lo mató, sino que le provocó una cagantina de cuatro días que cubrió la casa de arriba abajo y que ella misma tuvo que limpiar.

Eran tiempos difíciles. Yo tenía entonces alrededor de veinticinco años, pero me parecía que me quedaba poca vida por delante para labrarme un futuro y tener la posición que deseaba. Trabajaba como un animal y las pocas veces que me sentaba a descansar, obligado por el tedio de algún domingo, sentía que estaba perdiendo momentos preciosos y que cada minuto de ocio era un siglo más lejos de Rosa. Vivía en la mina, en una casucha de tablas con techo de zinc, que me fabriqué yo mismo con la ayuda de un par de peones. Era una sola pieza cuadrada donde acomodé mis pertenencias, con un ventanuco en cada pared, para que circulara el aire bochornoso del día, con postigos para cerrarlos en la noche, cuando corría el viento glacial. Todo mi mobiliario consistía en una silla, un catre de campaña, una mesa rústica, una máquina de escribir y una pesada caja fuerte que tuve que hacer llevar a lomo de mula a través del desierto, donde guardaba los jornales de los mineros, algunos documentos y una bolsita de lona donde brillaban los pequeños trozos de oro que representaban el fruto de tanto esfuerzo. No era cómoda, pero yo estaba acostumbrado a la incomodidad. Nunca me había bañado en agua caliente y los recuerdos que tenía de mi niñez eran de frío, soledad y un eterno vacío en el estómago. Allí comí, dormí y escribí durante dos años, sin más distracción que unos cuantos libros muchas veces leídos, una ruma de periódicos atrasados, unos textos en inglés

que me sirvieron para aprender los rudimentos de esa magnífica lengua, y una caja con llave donde guardaba la correspondencia que mantenía con Rosa. Me había acostumbrado a escribirle a máquina, con una copia que guardaba para mí y que ordenaba por fechas junto a las pocas cartas que recibí de ella. Comía el mismo rancho que se cocinaba para los mineros y tenía prohibido que circulara licor en la mina. Tampoco lo tenía en mi casa, porque siempre he pensado que la soledad y el aburrimiento terminan por convertir al hombre en alcohólico. Tal vez el recuerdo de mi padre, con el cuello desabotonado, la corbata floja y manchada, los ojos turbios y el aliento pesado, con un vaso en la mano, hicieron de mí un abstemio. No tengo buena cabeza para el trago, me emborracho con facilidad. Descubrí eso a los dieciséis años y nunca lo he olvidado. Una vez me preguntó mi nieta cómo pude vivir tanto tiempo solo y tan lejos de la civilización. No lo sé. Pero en realidad debe haber sido más fácil para mí que para otros, porque no soy una persona sociable, no tengo muchos amigos ni me gustan las fiestas o el bochinche, por el contrario, me siento mejor solo. Me cuesta mucho intimar con la gente. En aquella época todavía no había vivido con una mujer, así es que tampoco podía echar de menos lo que no conocía. No era enamorado, nunca lo he sido, soy de naturaleza fiel, a pesar de que basta la sombra de un brazo, la curva de una cintura, el quiebre de una rodilla femenina, para que me vengan ideas a la cabeza aún hoy, cuando ya estoy tan viejo que al verme en el espejo no me reconozco. Parezco un árbol torcido. No estoy tratando de justificar mis pecados de juventud con el cuento de que no podía controlar el ímpetu de mis deseos, ni mucho menos. A esa edad yo estaba acostumbrado a la relación sin futuro con mujeres de vida ligera, puesto que no tenía posibilidad con otras. En mi generación hacíamos un distingo entre las mujeres decentes y las otras y también dividíamos a las decentes entre propias y ajenas. No había pensado en el amor antes de conocer a Rosa y el romanticismo me parecía peligroso e inútil y si alguna vez me gustó alguna jovencita, no me atreví a acercarme a ella por temor a ser rechazado y al ridículo. He sido muy orgulloso y por mi orgullo he sufrido más que otros.

Ha pasado mucho más de medio siglo, pero aún tengo grabado en la memoria el momento preciso en que Rosa, la bella, entró en mi vida, como un ángel distraído que al pasar me robó el alma. Iba con la Nana y otra criatura, probablemente alguna hermana menor. Creo que llevaba un vestido color lila, pero no estoy seguro, porque no tengo ojo para la ropa de mujer y porque era tan hermosa, que aunque llevara una capa de armiño, no habría podido fijarme sino en su rostro. Habitualmente no ando pendiente de las mujeres, pero habría tenido que ser tarado para no ver esa aparición que provocaba un tumulto a su paso y congestionaba el tráfico, con ese increíble pelo verde que le enmarcaba la cara como un sombrero de fantasía, su porte de hada y esa manera de moverse como si fuera volando. Pasó por delante de mí sin verme y penetró flotando a la confitería de la Plaza de Armas. Me quedé en la calle, estupefacto, mientras ella compraba caramelos de anís, eligiéndolos uno por uno, con su risa de cascabeles, echándose unos a la boca y dando otros a su hermana. No fui el único hipnotizado, en pocos minutos se formó un corrillo de hombres que atisbaban por la vitrina. Entonces reaccioné. No se me ocurrió que estaba muy lejos de ser el pretendiente ideal para aquella joven celestial, puesto que no tenía fortuna, distaba de ser buen mozo y tenía por delante un futuro incierto. ¡Y no la conocía! Pero estaba deslumbrado y decidí en ese mismo momento que era la única mujer digna de ser mi esposa y que si no podía tenerla, prefería el celibato. La seguí todo el camino de vuelta a su casa. Me subí en el mismo tranvía y me senté tras ella, sin poder quitar la vista de su nuca perfecta, su cuello redondo, sus hombros suaves acariciados por los rizos verdes que escapaban del peinado. No sentí el movimiento del tranvía, porque iba como en sueños. De pronto se deslizó por el pasillo, y al pasar por mi lado sus sorprendentes pupilas de oro se detuvieron un instante en las mías. Debí morir un poco. No podía respirar y se me detuvo el pulso. Cuando recuperé la compostura, tuve que saltar a la vereda, con riesgo de romperme algún hueso, y correr en dirección a la calle que ella había tomado. Adiviné donde vivía al divisar una mancha color lila que se esfumaba tras un portón. Desde ese día monté guardia frente a su casa, paseando la cuadra como perro

huacho, espiando, sobornando al jardinero, metiendo conversación a las sirvientas, hasta que conseguí hablar con la Nana y ella, santa mujer, se compadeció de mí y aceptó hacerle llegar los billetes de amor, las flores y las incontables cajas de caramelos de anís con que intenté ganar su corazón. También le enviaba acrósticos. No sé versificar, pero había un librero español que era un genio para la rima, donde mandaba a hacer poemas, canciones, cualquier cosa cuya materia prima fuera la tinta y el papel. Mi hermana Férula me ayudó a acercarme a la familia Del Valle, descubriendo remotos parentescos entre nuestros apellidos y buscando la oportunidad de saludarnos a la salida de misa. Así fue como pude visitar a Rosa. El día que entré a su casa y la tuve al alcance de mi voz, no se me ocurrió nada para decirle. Me quedé mudo, con el sombrero en la mano y la boca abierta, hasta que sus padres, que conocían esos síntomas, me rescataron. No sé qué pudo ver Rosa en mí, ni por qué con el tiempo, me aceptó por esposo. Llegué a ser su novio oficial sin tener que realizar ninguna proeza sobrenatural, porque a pesar de su belleza inhumana y sus innumerables virtudes, Rosa no tenía pretendientes. Su madre me dio la explicación: dijo que ningún hombre se sentía lo bastante fuerte como para pasar la vida defendiendo a Rosa de las apetencias de los demás. Muchos la habían rondado, perdiendo la razón por ella, pero hasta que yo aparecí en el horizonte, no se había decidido nadie. Su belleza atemorizaba, por eso la admiraban de lejos, pero no se acercaban. Yo nunca pensé en eso, en realidad. Mi problema era que no tenía ni un peso, pero me sentía capaz, por la fuerza del amor, de convertirme en un hombre rico. Miré a mi alrededor buscando un camino rápido, dentro de los límites de la honestidad en que me habían educado, y vi que para triunfar necesitaba tener padrinos, estudios especiales o un capital. No era suficiente tener un apellido respetable. Supongo que si hubiera tenido dinero para empezar, habría apostado al naípe o a los caballos, pero como no era el caso, tuve que pensar en trabajar en algo que, aunque fuera arriesgado, pudiera darme fortuna. Las minas de oro y de plata eran el sueño de los aventureros: podían hundirlos en la miseria, matarlos de tuberculosis o convertirlos en hombres poderosos. Era cuestión de suerte. Ob-

tuve la concesión de una mina en el Norte con la ayuda del prestigio del apellido de mi madre, que sirvió para que el banco me diera una fianza. Me hice firme propósito de sacarle hasta el último gramo del precioso metal, aunque para ello tuviera que estrujar el cerro con mis propias manos y moler las rocas a patadas. Por Rosa estaba dispuesto a eso y mucho más.

A fines del otoño, cuando la familia se había tranquilizado respecto a las intenciones del padre Restrepo, quien tuvo que apaciguar su vocación de inquisidor después que el obispo en persona le advirtió que dejara en paz a la pequeña Clara del Valle, y cuando todos se habían resignado a la idea de que el tío Marcos estaba realmente muerto, comenzaron a concretarse los planes políticos de Severo. Había trabajado durante años con ese fin. Fue un triunfo para él cuando lo invitaron a presentarse como candidato del Partido Liberal en las elecciones parlamentarias, en representación de una provincia del Sur donde nunca había estado y tampoco podía ubicar fácilmente en el mapa. El Partido estaba muy necesitado de gente y Severo muy ansioso de ocupar un escaño en el Congreso, de modo que no tuvieron dificultad en convenir a los humildes electores del Sur, que nombraran a Severo como su candidato. La invitación fue apoyada por un cerdo asado, rosado y monumental, que fue enviado por los electores a la casa de la familia Del Valle. Iba sobre una gran bandeja de madera, perfumado y brillante, con un perezil en el hocico y una zanahoria en el culo, reposando en un lecho de tomates. Tenía un costurón en la panza y adentro estaba relleno con perdices, que a su vez estaban rellenas con ciruelas. Llegó acompañado por una garrafa que contenía medio galón del mejor aguardiente del país. La idea de convertirse en diputado o, mejor aún, en senador, era un sueño largamente acariciado por Severo. Había ido llevando las cosas hasta esa meta con un minucioso trabajo de contactos, amistades, conciliábulos, apariciones públicas discretas pero eficaces, dinero y favores que hacía a las personas adecuadas en el momento preciso. Aquella provincia sureña, aunque remota y desconocida, era lo que estaba esperando.

Lo del cerdo fue un martes. El viernes, cuando ya del cerdo no quedaba más que los pellejos y los huesos que roía *Barrabás* en el patio, Clara anunció que habría otro muerto en la casa.

—Pero será un muerto por equivocación —dijo.

El sábado pasó mala noche y despertó gritando. La Nana le dio una infusión de tilo y nadie le hizo caso, porque estaban ocupados con los preparativos del viaje del padre al Sur y porque la bella Rosa amaneció con fiebre. Nívea ordenó que dejaran a Rosa en cama y el doctor Cuevas dijo que no era nada grave, que le dieran una limonada tibia y bien azucarada, con un chorrillo de licor, para que sudara la calentura. Severo fue a ver a su hija y la encontró arrebolada y con los ojos brillantes, hundida en los encajes color mantequilla de sus sábanas. Le llevó de regalo un carnet de baile y autorizó a la Nana para abrir la garrafa de aguardiente y echarle a la limonada. Rosa se bebió la limonada, se arropó en su mantilla de lana y se durmió enseguida al lado de Clara, con quien compartía la habitación.

En la mañana del domingo trágico, la Nana se levantó temprano, como siempre. Antes de ir a misa fue a la cocina a preparar el desayuno de la familia. La cocina a leña y carbón había quedado preparada desde el día anterior y ella encendió el fogón en el rescoldo de las brasas aún tibias. Mientras calentaba el agua y hervía la leche, fue acomodando los platos para llevarlos al comedor. Empezó a cocinar la avena, a colar el café, tostar el pan. Arregló dos bandejas, una para Nívea, que siempre tomaba su desayuno en la cama, y otra para Rosa, que por estar enferma tenía derecho a lo mismo. Cubrió la bandeja de Rosa con una servilleta de lino bordado por las monjas, para que no se enfriara el café y no le entraran moscas, y se asomó al patio para ver que *Barrabás* no estuviera cerca. Tenía el prurito de asaltarla cuando ella pasaba con el desayuno. Lo vio distraído jugando con una gallina y aprovechó para salir en su largo viaje por los patios y los corredores, desde la cocina, al fondo de la casa, hasta el cuarto de las niñas, al otro extremo. Frente a la puerta de Rosa vaciló, golpeada por la fuerza del presentimiento. Entró sin anunciarse a la habitación, como era su costumbre, y al punto notó que olía a rosas, a pesar de que no era la época de esas flores. Entonces la



Nana supo que había ocurrido una desgracia irreparable. Depositó con cuidado la bandeja en la mesa de noche y caminó lentamente hasta la ventana. Abrió las pesadas cortinas y el pálido sol de la mañana entró en el cuarto. Se volvió acongojada y no le sorprendió ver sobre la cama a Rosa muerta, más bella que nunca, con el pelo definitivamente verde, la piel del tono del marfil nuevo y sus ojos amarillos como la miel, abiertos. A los pies de la cama estaba la pequeña Clara observando a su hermana. La Nana se arrodilló junto a la cama, tomó la mano a Rosa y comenzó a rezar. Siguió rezando hasta que se escuchó en toda la casa un terrible lamento de buque perdido. Fue la primera y última vez que *Barrabás* se hizo oír. Aulló a la muerta durante todo el día, hasta destrozarle los nervios a los habitantes de la casa y a los vecinos, que acudieron atraídos por ese gemido de naufragio.

Al doctor Cuevas le bastó echar una mirada al cuerpo de Rosa, para saber que la muerte se debió a algo mucho más grave que una fiebre de morondanga. Comenzó a husmear por todos lados, inspeccionó la cocina, pasó los dedos por las cacerolas, abrió los sacos de harina, las bolsas de azúcar, las cajas de frutas secas, revolvió todo y dejó a su paso un desparrame de huracán. Hurgó en los cajones de Rosa, interrogó a los sirvientes uno por uno, acosó a la Nana hasta que la puso fuera de sí y finalmente sus pesquisas lo condujeron a la garrafa de aguardiente que requisó sin miramientos. No le comunicó a nadie sus dudas, pero se llevó la botella a su laboratorio. Tres horas después estaba de regreso con una expresión de horror que transformaba su rubicundo rostro de fauno en una máscara pálida que no le abandonó durante todo ese terrible asunto. Se dirigió a Severo, lo tomó de un brazo y lo llevó aparte.

—En ese aguardiente había suficiente veneno como para reventar a un toro —le dijo a boca de jarro—. Pero para estar seguro de que eso fue lo que mató a la niña, tengo que hacer una autopsia.

—¿Quiere decir que la va a abrir? —gimió Severo.

—No completamente. La cabeza no se la voy a tocar, sólo el sistema digestivo —explicó el doctor Cuevas.

Severo sufrió una fatiga.

A esa hora Nívea estaba agotada de llorar, pero cuando se enteró de que pensaban llevarse a su hija a la morgue, recuperó de golpe la energía. Sólo se calmó con el juramento de que se llevarían a Rosa directamente de la casa al Cementerio Católico. Entonces aceptó tomarse el láudano que le dio el médico y se durmió durante veinte horas.

Al anochecer, Severo dispuso los preparativos. Mandó a sus hijos a la cama y autorizó a los sirvientes para retirarse temprano. A Clara, que estaba demasiado impresionada por lo que había sucedido, le permitió pasar esa noche en el cuarto de otra hermana. Después que todas las luces se apagaron y la casa entró en reposo, llegó el ayudante del doctor Cuevas, un joven esmirriado y miope, que tartamudeaba al hablar. Ayudaron a Severo a transportar el cuerpo de Rosa a la cocina y lo colocaron con delicadeza sobre el mármol donde la Nana amasaba el pan y picaba las verduras. A pesar de la fortaleza de su carácter, Severo no pudo resistir el momento en que quitaron la camisa de dormir a su hija y apareció su esplendorosa desnudez de sirena. Salió trastabillando, borracho de dolor, y se desplomó en el salón llorando como una criatura. También el doctor Cuevas, que había visto nacer a Rosa y la conocía como la palma de su mano, tuvo un sobresalto al verla sin ropa. El joven ayudante, por su parte, comenzó a jadear de impresión y siguió jadeando en los años siguientes cada vez que recordaba la visión increíble de Rosa durmiendo desnuda sobre el mesón de la cocina, con su largo pelo cayendo como una cascada vegetal hasta el suelo.

Mientras ellos trabajaban en su terrible oficio, la Nana, aburrida de llorar y rezar, y presintiendo que algo extraño estaba ocurriendo en sus territorios del tercer patio, se levantó, se arrojó con un chal y salió a recorrer la casa. Vio luz en la cocina, pero la puerta y los postigos de las ventanas estaban cerrados. Siguió por los corredores silenciosos y helados, cruzando los tres cuerpos de la casa, hasta llegar al salón. Por la puerta entreabierta divisó a su patrón que se paseaba por la habitación con aire desolado. El fuego de la chimenea se había extinguido. La Nana entró.

—¿Dónde está la niña Rosa? —preguntó.

—El doctor Cuevas está con ella, Nana. Quédate aquí y tómate un trago conmigo —suplicó Severo.

La Nana se quedó de pie, con los brazos cruzados sujetando el chal contra su pecho. Severo le señaló el sofá y ella se aproximó con timidez. Se sentó a su lado. Era la primera vez que estaba tan cerca del patrón desde que vivía en su casa. Severo sirvió una copa de jerez para cada uno y se bebió la suya de un trago. Hundió la cabeza entre sus dedos, mesándose los cabellos y mascullando entre dientes una incomprensible y triste letanía. La Nana, que estaba sentada rígidamente en la punta de la silla, se relajó al verlo llorar. Estiró su mano áspera y con un gesto automático le alisó el pelo con la misma caricia que durante veinte años había empleado para consolarle a los hijos. Él levantó la vista y observó el rostro sin edad, los pómulos indígenas, el moño negro, el amplio regazo donde había visto hipar y dormir a todos sus descendientes y sintió que esa mujer cálida y generosa como la tierra podía darle consuelo. Apoyó la frente en su falda, aspiró el suave olor de su delantal almidonado y rompió en sollozos como un niño, vertiendo todas las lágrimas que había aguantado en su vida de hombre. La Nana le rascó la espalda, le dio palmaditas de consuelo, le habló en la media lengua que empleaba para adormecer a los niños y le cantó en un susurro sus baladas campesinas, hasta que consiguió tranquilizarlo. Permanecieron sentados muy juntos, bebiendo jerez, llorando a intervalos y recordando los tiempos dichosos en que Rosa corría por el jardín sorprendiendo a las mariposas con su belleza de fondo de mar.

En la cocina, el doctor Cuevas y su ayudante prepararon sus siniestros utensilios y sus frascos malolientes, se colocaron delantales de hule, se enrollaron las mangas y procedieron a hurgar en la intimidad de la bella Rosa, hasta comprobar, sin lugar a dudas, que la joven había ingerido una dosis superlativa de veneno para ratas.

—Esto estaba destinado a Severo —concluyó el doctor lavándose las manos en el fregadero.

El ayudante, demasiado emocionado por la hermosura de la muerta, no se resignaba a dejarla cosida como un saco y sugirió acomodarla un poco. Entonces se dieron ambos a la tarea de preservar el cuerpo con ungüentos y rellenarlo con emplastos de embalsamador. Trabajaron hasta las cuatro de la madrugada, hora en la que el doctor

Cuevas se declaró vencido por el cansancio y la tristeza y salió. En la cocina quedó Rosa en manos del ayudante, que la lavó con una esponja, quitándole las manchas de sangre, le colocó su camisa bordada para tapar el costurón que tenía desde la garganta hasta el sexo y le acomodó el cabello. Después limpió los vestigios de su trabajo.

El doctor Cuevas encontró en el salón a Severo acompañado por la Nana, ebrios de llanto y jerez.

—Está lista —dijo—. Vamos a arreglarla un poco para que la vea su madre.

Le explicó a Severo que sus sospechas eran fundadas y que en el estómago de su hija había encontrado la misma sustancia mortal que en el aguardiente regalado. Entonces Severo se acordó de la predicción de Clara y perdió el resto de compostura que le quedaba, incapaz de resignarse a la idea de que su hija había muerto en su lugar. Se desplomó gimiendo que él era el culpable, por ambicioso y fanfarrón, que nadie lo había mandado a meterse en política, que estaba mucho mejor cuando era un sencillo abogado y padre de familia, que renunciaba en ese instante y para siempre a la maldita candidatura, al Partido Liberal, a sus pompas y sus obras, que esperaba que ninguno de sus descendientes volviera a mezclarse en política, que ése era un negocio de matarifes y bandidos, hasta que el doctor Cuevas se apiadó y terminó de emborracharlo. El jerez pudo más que la pena y la culpa. La Nana y el doctor se lo llevaron en vilo al dormitorio, lo desnudaron y lo metieron en su cama. Después fueron a la cocina, donde el ayudante estaba terminando de acomodar a Rosa.

Nívea y Severo del Valle despertaron tarde en la mañana siguiente. Los parientes habían decorado la casa para los ritos de la muerte, las cortinas estaban cerradas y adornadas con crespones negros y a lo largo de las paredes se alineaban las coronas de flores y su aroma dulzón llenaba el aire. Habían hecho una capilla ardiente en el comedor. Sobre la gran mesa, cubierta con un paño negro de flecos dorados, estaba el blanco ataúd con remaches de plata de Rosa. Doce cirios amarillos en candelabros de bronce, iluminaban a la joven con un difuso resplandor. La habían vestido con su traje de novia y puesto la corona de azahares de cera que guardaba para el día de su boda.

A mediodía comenzó el desfile de familiares, amigos y conocidos a dar el pésame y acompañar a los Del Valle en su duelo. Se presentaron en la casa hasta sus más encarnizados enemigos políticos y a todos Severo del Valle los observó fijamente, procurando descubrir en cada par de ojos que veía, el secreto del asesino, pero en todos, incluso en el presidente del Partido Conservador, vio el mismo pesar y la misma inocencia.

Durante el velorio, los caballeros circulaban por los salones y corredores de la casa, comentando en voz baja sus asuntos de negocios. Guardaban respetuoso silencio cuando se aproximaba alguien de la familia. En el momento de entrar al comedor y acercarse al ataúd para dar una última mirada a Rosa, todos se estremecían, porque su belleza no había hecho más que aumentar en esas horas. Las señoras pasaban al salón, donde ordenaron las sillas de la casa formando un círculo. Allí había comodidad para llorar a gusto, desahogando con el buen pretexto de la muerte ajena, otras tristezas propias. El llanto era copioso, pero digno y callado. Algunas murmuraban oraciones en voz baja. Las empleadas de la casa circulaban por los salones y los corredores ofreciendo tazas de té, copas de coñac, pañuelos limpios para las mujeres, confites caseros y pequeñas compresas empapadas en amoníaco, para las señoras que sufrían mareos por el encierro, el olor de las velas y la pena. Todas las hermanas Del Valle, menos Clara, que era todavía muy joven, estaban vestidas de negro riguroso, sentadas alrededor de su madre como una ronda de cuervos. Nívea, que había llorado todas sus lágrimas, se mantenía rígida sobre su silla, sin un suspiro, sin una palabra y sin el alivio del amoníaco porque le daba alergia. Los visitantes que llegaban, pasaban a darle el pésame. Algunos la besaban en ambas mejillas, otros la abrazaban estrechamente por unos segundos, pero ella parecía no reconocer ni a los más íntimos. Había visto morir a otros hijos en la primera infancia o al nacer, pero ninguno le produjo la sensación de pérdida que tenía en ese momento.

Cada hermano despidió a Rosa con un beso en su frente helada, menos Clara, que no quiso aproximarse al comedor. No insistieron, porque conocían su extrema sensibilidad y su tendencia a caminar sonámbula cuando se le alborotaba la imaginación. Se

quedó en el jardín acurrucada al lado de *Barrabás*, negándose a comer o a participar en el velorio. Sólo la Nana se fijó en ella y trató de consolarla, pero Clara la rechazó.

A pesar de las precauciones que tomó Severo para acallar las murmuraciones, la muerte de Rosa fue un escándalo público. El doctor Cuevas ofreció, a quien quiso oírlo, la explicación perfectamente razonable de la muerte de la joven, debida, según él, a una neumonía fulminante. Pero se corrió la voz de que había sido envenenada por error, en vez de su padre. Los asesinatos políticos eran desconocidos en el país en esos tiempos y el veneno, en cualquier caso, era un recurso de mujerzuelas, algo desprestigiado y que no se usaba desde la época de la Colonia, porque incluso los crímenes pasionales se resolvían cara a cara. Se elevó un clamor de protesta por el atentado y antes que Severo pudiera evitarlo, salió la noticia publicada en un periódico de la oposición, acusando veladamente a la oligarquía y añadiendo que los conservadores eran capaces hasta de eso, porque no podían perdonar a Severo del Valle que, a pesar de su clase social, se pasara al bando liberal. La policía trató de seguir la pista a la garrafa de aguardiente, pero lo único que se aclaró fue que no tenía el mismo origen que el cerdo relleno con perdices y que los electores del Sur no tenían nada que ver en el asunto. La misteriosa garrafa fue encontrada por casualidad en la puerta de servicio de la casa Del Valle el mismo día y a la misma hora de la llegada del cerdo asado. La cocinera supuso que era parte del mismo regalo. Ni el celo de la policía, ni las pesquisas que realizó Severo por su cuenta a través de un detective privado, pudieron descubrir a los asesinos y la sombra de esa venganza pendiente ha quedado presente en las generaciones posteriores. Ése fue el primero de muchos actos de violencia que marcaron el destino de la familia.

Me acuerdo perfectamente. Ése había sido un día muy feliz para mí, porque había aparecido una nueva veta, la gorda y maravillosa veta que había perseguido durante todo ese tiempo de sacrificio, de ausencia y de espera, y que podría representar la riqueza que yo deseaba. Estaba seguro que en seis meses tendría suficiente

dinero para casarme y en un año podría empezar a considerarme un hombre rico. Tuve mucha suerte porque, en el negocio de las minas, eran más los que se arruinaban que los que triunfaban, como estaba diciendo, escribiendo, a Rosa esa tarde, tan eufórico, tan impaciente, que se me trababan los dedos en la vieja máquina y me salían las palabras pegadas. En eso estaba cuando oí los golpes en la puerta que me cortaron la inspiración para siempre. Era un arriero con un par de mulas, que traía un telegrama del pueblo, enviado por mi hermana Férula, anunciándome la muerte de Rosa.

Tuve que leer el trozo de papel tres veces hasta comprender la magnitud de mi desolación. La única idea que no se me había ocurrido era que Rosa fuese mortal. Sufrí mucho pensando que ella, aburrida de esperarme, decidiera casarse con otro, o que nunca aparecería el maldito filón que pusiera una fortuna en mis manos, o que se desmoronara la mina aplastándome como una cucaracha. Contemplé todas esas posibilidades y algunas más, pero nunca la muerte de Rosa, a pesar de mi proverbial pesimismo, que me hace siempre esperar lo peor. Sentí que sin Rosa la vida no tenía significado para mí. Me desinflé por dentro, como un globo pinchado, se me fue todo el entusiasmo. Me quedé sentado en la silla mirando el desierto por la ventana, quién sabe por cuánto rato, hasta que lentamente me volvió el alma al cuerpo. Mi primera reacción fue de ira. Arremetí a golpes contra los débiles tabiques de madera de la casa hasta que me sangraron los nudillos, rompí en mil pedazos las cartas, los dibujos de Rosa y las copias de las cartas mías que había guardado, metí apresuradamente en mis maletas mi ropa, mis papeles y la bolsita de lona donde estaba el oro y luego fui a buscar al capataz para entregarle los jornales de los trabajadores y las llaves de la bodega. El arriero se ofreció para acompañarme hasta el tren. Tuvimos que viajar una buena parte de la noche a lomo de las bestias, con mantas de Castilla como único abrigo contra la camanchaca, avanzando con lentitud en aquellas interminables soledades donde sólo el instinto de mi guía garantizaba que llegaríamos a destino, porque no había ningún punto de referencia. La noche estaba clara y estrellada, sentía el frío traspasándome los huesos, agarrotándome las

manos, metiéndoseme en el alma. Iba pensando en Rosa y deseando con una vehemencia irracional que no fuera verdad su muerte, pidiendo al cielo con desesperación que todo fuera un error o que, reanimada por la fuerza de mi amor, recuperara la vida y se levantara de su lecho de muerte, como Lázaro. Iba llorando por dentro, hundido en mi pena y en el hielo de la noche, escupiendo blasfemias contra la mula que andaba tan despacio, contra Férula, portadora de desgracias, contra Rosa por haberse muerto y contra Dios por haberlo permitido, hasta que empecé a aclarar el horizonte y vi desaparecer las estrellas y surgir los primeros colores del alba, tiñendo de rojo y naranja el paisaje del Norte y, con la luz, me volvió algo de cordura. Empecé a resignarme a mi desgracia y a pedir, no ya que resucitara, sino tan sólo que yo alcanzara a llegar a tiempo para verla antes que la enterraran. Apuramos el tranco y una hora más tarde el arriero se despidió de mí en la minúscula estación por donde pasaba el tren de trocha angosta que unía al mundo civilizado con ese desierto donde pasé dos años.

Viajé más de treinta horas sin detenerme ni para comer, olvidado hasta de la sed, pero conseguí llegar a la casa de la familia Del Valle antes del funeral. Dicen que entré a la casa cubierto de polvo, sin sombrero, sucio y barbudo, sediento y furioso, preguntando a gritos por mi novia. La pequeña Clara, que entonces era apenas una niña flaca y fea, me salió al encuentro cuando entré al patio, me tomó de la mano y me condujo en silencio al comedor. Allí estaba Rosa entre blancos pliegues de raso blanco en su blanco ataúd, que a los tres días de fallecida se conservaba intacta y era mil veces más bella de lo que yo recordaba, porque Rosa en la muerte se había transformado sutilmente en la sirena que siempre fue en secreto.

—¡Maldita sea! ¡Se me fue de las manos! —dicen que dije, grité, cayendo de rodillas a su lado, escandalizando a los deudos, porque no podía nadie comprender mi frustración por haber pasado dos años rascando la tierra para hacerme rico, con el único propósito de llevar algún día a esa joven al altar y la muerte me la había birlado.

Momentos después llegó la carroza, un coche enorme, negro y reluciente, tirado por seis corceles empenachados, como se usaba



entonces, y conducida por dos cocheros de librea. Salió de la casa a media tarde, bajo una tenue llovizna, seguida por una procesión de coches que llevaban a los parientes, a los amigos y a las coronas de flores. Por costumbre, las mujeres y los niños no asistían a los entierros, ése era un oficio de hombres, pero Clara consiguió mezclarse a última hora con el cortejo, para acompañar a su hermana Rosa. Sentí su manita enguantada aferrada a la mía y durante todo el trayecto la tuve a mi lado, pequeña sombra silenciosa que removía una ternura desconocida en mi alma. En ese momento yo tampoco me di cuenta que Clara no había dicho ni una palabra en dos días y pasarían tres más antes de que la familia se alarmara por su silencio.

Severo del Valle y sus hijos mayores llevaron en andas el ataúd blanco con remaches de plata de Rosa y ellos mismos lo colocaron en el nicho abierto del mausoleo. Iban de luto, silenciosos y sin lágrimas, como corresponde a las normas de tristeza en un país habituado a la dignidad del dolor. Después que se cerraron las rejas de la tumba y se retiraron los deudos, los amigos y los sepultureros, me quedé allí, parado entre las flores que escaparon a las comilonas de *Barrabás* y acompañaron a Rosa al cementerio. Debo haber parecido un oscuro pájaro de invierno, con el faldón de la chaqueta bailando en la brisa, alto y flaco, como era yo entonces, antes que se cumpliera la maldición de Férula y empezara a achicarme. El cielo estaba gris y amenazaba lluvia, supongo que hacía frío, pero creo que no lo sentía, porque la rabia me estaba consumiendo. No podía despegar los ojos del pequeño rectángulo de mármol donde habían grabado el nombre de Rosa, la bella, y las fechas que limitaban su corto paso por este mundo, con altas letras góticas. Pensaba que había perdido dos años soñando con Rosa, trabajando para Rosa, escribiendo a Rosa, deseando a Rosa y que al final ni siquiera tendría el consuelo de ser enterrado a su lado. Medité en los años que me faltaban por vivir y llegué a la conclusión de que sin ella no valían la pena, porque nunca encontraría, en todo el universo, otra mujer con su pelo verde y su hermosura marina. Si me hubieran dicho que iba a vivir más de noventa años, me habría pegado un balazo.

No oí los pasos del guardián del cementerio que se me acercó por detrás. Por eso me sorprendí cuando me tocó el hombro.

—¿Cómo se atreve a tocarme? —rugí.

Retrocedió asustado, pobre hombre. Algunas gotas de lluvia mojaron tristemente las flores de los muertos.

—Disculpe, caballero, son las seis y tengo que cerrar —creo que me dijo.

Trató de explicarme que el reglamento prohibía a las personas ajenas al personal permanecer en el recinto después de la puesta del sol, pero no lo dejé terminar, puse unos billetes en su mano y lo empujé para que se fuera y me dejara en paz. Lo vi alejarse mirándome por encima del hombro. Debe haber pensado que yo era un loco, uno de esos dementes necrofilicos que a veces rondan los cementerios.

Fue una larga noche, tal vez la más larga de mi vida. La pasé sentado junto a la tumba de Rosa, hablando con ella, acompañándola en la primera parte de su viaje al Más Allá, cuando es más difícil desprenderse de la tierra y se necesita el amor de los que quedan vivos, para irse al menos con el consuelo de haber sembrado algo en el corazón ajeno. Recordaba su rostro perfecto y maldecía mi suerte. Reproché a Rosa los años que pasé metido en un hoyo en la mina, soñando con ella. No le dije que no había visto más mujeres, en todo ese tiempo, que unas miserables prostitutas envejecidas y gastadas, que servían a todo el campamento con más buena voluntad que mérito. Pero sí le dije que había vivido entre hombres toscos y sin ley, comiendo garbanzos y bebiendo agua verde, lejos de la civilización, pensando en ella noche y día, llevando en el alma su imagen como un estandarte que me daba fuerzas para seguir picoteando la montaña, aunque se perdiera la veta, enfermo del estómago la mayor parte del año, helado de frío en las noches y alucinado por el calor del día, todo eso con el único fin de casarme con ella, pero va y se me muere a traición, antes que pudiera cumplir mis sueños, dejándome una incurable desolación. Le dije que se había burlado de mí, le saqué la cuenta de que nunca habíamos estado completamente solos, que la había podido besar una sola vez. Había tenido que tejer el amor con recuerdos y deseos apremiantes, pero imposibles de sa-

tisfacer, con cartas atrasadas y desteñidas que no podían reflejar la pasión de mis sentimientos ni el dolor de su ausencia, porque no tengo facilidad para el género epistolar y mucho menos para escribir sobre mis emociones. Le dije que esos años en la mina eran una irremediable pérdida, que si yo hubiera sabido que iba a durar tan poco en este mundo, habría robado el dinero necesario para casarme con ella y construir un palacio alhajado con tesoros del fondo del mar: corales, perlas, nácar, donde la habría mantenido secuestrada y donde sólo yo tuviera acceso. La habría amado ininterrumpidamente por un tiempo casi infinito, porque estaba seguro que si hubiera estado conmigo, no habría bebido el veneno destinado a su padre y habría durado mil años. Le hablé de las caricias que le tenía reservadas, los regalos con que iba a sorprenderla, la forma como la hubiera enamorado y hecho feliz. Le dije, en resumen, todas las locuras que nunca le hubiera dicho si pudiera oírme y que nunca he vuelto a decir a ninguna mujer.

Esa noche creí que había perdido para siempre la capacidad de enamorarme, que nunca más podría reírme ni perseguir una ilusión. Pero nunca más es mucho tiempo. Así he podido comprobarlo en esta larga vida.

Tuve la visión de la rabia creciendo dentro de mí como un tumor maligno, ensuciando las mejores horas de mi existencia, incapacitándome para la ternura o la clemencia. Pero, por encima de la confusión y la ira, el sentimiento más fuerte que recuerdo haber tenido esa noche, fue el deseo frustrado, porque jamás podría cumplir el anhelo de recorrer a Rosa con las manos, de penetrar sus secretos, de soltar el verde manantial de su cabello y hundirme en sus aguas más profundas. Evoqué con desesperación la última imagen que tenía de ella, recortada entre los pliegues de raso de su ataúd virginal, con sus azahares de novia coronando su cabeza y un rosario entre los dedos. No sabía que así mismo, con los azahares y el rosario, volvería a verla por un instante fugaz muchos años más tarde.

Con las primeras luces del amanecer volvió el guardián. Debe haber sentido lástima por ese loco semicongelado, que había pasado la noche entre los lívidos fantasmas del cementerio. Me tendió su cantimplora.

—Té caliente. Tome un poco, señor —me ofreció.

Pero lo rechacé con un manotazo y me alejé maldiciendo, a grandes zancadas rabiosas, entre las hileras de tumbas y cipreses.

La noche que el doctor Cuevas y su ayudante destriparon el cadáver de Rosa en la cocina para encontrar la causa de su muerte, Clara estaba en su cama con los ojos abiertos, temblando en la oscuridad. Tenía la terrible duda de que su hermana había muerto porque ella lo había dicho. Creía que así como la fuerza de su mente podía mover el salero, igualmente podía ser la causa de las muertes, de los temblores de tierra y otras desgracias mayores. En vano le había explicado su madre que ella no podía provocar los acontecimientos, sólo verlos con alguna anticipación. Se sentía desolada y culpable y se le ocurrió que si pudiera estar con Rosa, se sentiría mejor. Se levantó descalza, en camisa, y se fue al dormitorio que había compartido con su hermana mayor, pero no la encontró en su cama, donde la había visto por última vez. Salió a buscarla por la casa. Todo estaba oscuro y silencioso. Su madre dormía drogada por el doctor Cuevas y sus hermanos y los sirvientes se habían retirado temprano a sus habitaciones. Recorrió los salones, deslizándose pegada a los muros, asustada y helada. Los muebles pesados, las gruesas cortinas drapeadas, los cuadros de las paredes, el papel tapiz con sus flores pintadas sobre tela oscura, las lámparas apagadas oscilando en los techos y las matas de helecho sobre sus columnas de loza, le parecieron amenazantes. Notó que en el salón brillaba algo de luz por una rendija debajo de la puerta y estuvo a punto de entrar, pero temió encontrar a su padre y que la mandara de regreso a la cama. Se dirigió entonces a la cocina, pensando que en el pecho de la Nana hallaría consuelo. Cruzó el patio principal, entre las camelias y los naranjos enanos, atravesó los salones del segundo cuerpo de la casa y los sombríos corredores abiertos donde las tenues luces de los faroles a gas quedaban encendidas toda la noche, para salir arrancando en los temblores y para espantar a los murciélagos y otros bichos nocturnos, y llegó al tercer patio, donde estaban las dependencias de servicio y las cocinas. Allí la casa perdía su se-

ñorial prestancia y empezaba el desorden de las perreras, los gallineros y los cuartos de los sirvientes. Más allá estaba la caballeriza, donde se guardaban los viejos caballos que Nívea todavía usaba, a pesar de que Severo del Valle había sido uno de los primeros en comprar un automóvil. La puerta y los postigos de la cocina y el repostero estaban cerrados. El instinto advirtió a Clara que algo anormal estaba ocurriendo adentro, trató de asomarse, pero su nariz no llegaba al alféizar de la ventana, tuvo que arrastrar un cajón y acercarlo al muro, se trepó y pudo mirar por un hueco entre el postigo de madera y el marco de la ventana que la humedad y el tiempo habían deformado. Y entonces vio el interior.

El doctor Cuevas, ese hombronazo bonachón y dulce, de amplia barba y vientre opulento, que la ayudó a nacer y que la atendió en todas sus pequeñas enfermedades de la niñez y sus ataques de asma, se había transformado en un vampiro gordo y oscuro como los de las ilustraciones de los libros de su tío Marcos. Estaba inclinado sobre el mostrador donde la Nana preparaba la comida. A su lado había un joven desconocido, pálido como la luna, con la camisa manchada de sangre y los ojos perdidos de amor. Vio las piernas blanquísimas de su hermana y sus pies desnudos. Clara comenzó a temblar. En ese momento el doctor Cuevas se apartó y ella pudo ver el horrendo espectáculo de Rosa acostada sobre el mármol, abierta en canal por un tajo profundo, con los intestinos puestos a su lado, dentro de la fuente de la ensalada. Rosa tenía la cabeza torcida en dirección a la ventana donde ella estaba espiando, su larguísimo pelo verde colgaba como un helecho desde el mesón hasta las baldosas del suelo, manchadas de rojo. Tenía los ojos cerrados, pero la niña, por efecto de las sombras, la distancia o la imaginación, creyó ver una expresión suplicante y humillada.

Clara, inmóvil sobre el cajón, no pudo dejar de mirar hasta el final. Se quedó atisbando por la rendija mucho rato, helándose sin darse cuenta, hasta que los dos hombres terminaron de vaciar a Rosa, de inyectarle líquido por las venas y bañarla por dentro y por fuera con vinagre aromático y esencia de espliego. Se quedó hasta que la rellenaron con emplastos de embalsamador y la co-

sieron con una aguja curva de colchonero. Se quedó hasta que el doctor Cuevas se lavó en el fregadero y se enjugó las lágrimas, mientras el otro limpiaba la sangre y las vísceras. Se quedó hasta que el médico salió poniéndose su chaqueta negra con un gesto de mortal tristeza. Se quedó hasta que el joven desconocido besó a Rosa en los labios, en el cuello, en los senos, entre las piernas, la lavó con una esponja, le puso su camisa bordada y le acomodó el pelo, jadeando. Se quedó hasta que llegaron la Nana y el doctor Cuevas y hasta que la vistieron con su traje blanco y le pusieron la corona de azahares que tenía guardados en papel de seda para el día de su boda. Se quedó hasta que el ayudante la cargó en los brazos con la misma conmovedora ternura con que la hubiera levantado para cruzar por primera vez el umbral de su casa si hubiera sido su novia. Y no pudo moverse hasta que aparecieron las primeras luces. Entonces se deslizó hasta su cama, sintiendo por dentro todo el silencio del mundo. El silencio la ocupó enteramente y no volvió a hablar hasta nueve años después, cuando sacó la voz para anunciar que se iba a casar.

Guía didáctica  
por Maribel Cruzado Soria

Prueba

Prueba



## PROPÓSITO DE LA GUÍA

Con esta guía se pretende abordar varios objetivos y de diferente relieve. Uno de ellos va dirigido a salvar los posibles obstáculos léxicos mediante la presentación de un amplio vocabulario que incluye, además de americanismos, otras palabras de posible dificultad para el alumno. También se persigue el propósito de conducir al lector por los vericuetos de la novela para que pueda llegar a transitar por ella sin perderse por los pasillos y aposentos de las casas (ya que no es sólo una) que, además de espíritus, acogen a los componentes de tres generaciones. Para ello se han creado secciones sobre los aspectos estilísticos de la narración que clarificarán las dificultades que ofrecen los saltos en el tiempo, la sucesión de voces narrativas y los recursos empleados para producir determinados efectos en el relato. Al mismo tiempo, otros apartados situarán al lector en el contexto histórico en el que transcurre la obra y su paralelismo con la acción literaria, contemplarán los temas más significativos que aparecen en la historia e informarán de los movimientos literarios a los que pertenece la novela.

La amenidad de *La casa de los espíritus* no debe considerarse como sinónimo de liviandad, sino un signo de habilidad literaria de la escritora, capaz de presentar una obra poliédrica que, con aparente sencillez, ofrece varias lecturas. Por una parte, la novela, aun con sus elementos fantásticos, es un compendio de temas universales como el amor, el odio y la ambición. Pero al mismo tiempo, cuando se llega al final de sus

páginas, uno se da cuenta de que la autora ha querido transmitir, de manera más o menos explícita, temas de más calado social.

Por lo tanto, el propósito de esta guía no es únicamente ayudar a ordenar el entramado de la historia. Con ella se aspira a que el lector se implique en una reflexión moral sobre algunos de los temas planteados en el libro, como la lucha de clases, la violencia sexual, la evolución de la mujer en una sociedad no paritaria, la concienciación de los derechos del trabajador, o las consecuencias de los regímenes totalitarios.

Si se consiguen algunos de estos objetivos, la guía habrá cumplido su función.

## DATOS ESENCIALES

**Género:** Novela. Realismo mágico.

**Idioma:** Español.

**Título original:** *La casa de los espíritus*.

**Tiempo y lugar donde se desarrolla:** En el siglo XX. Fundamentalmente, en el interior de las casas Las Tres Marías y «la gran casa de la esquina» de un país sin especificar, aunque el lector deduzca que se trata de Chile.

**Fecha y lugar donde fue escrita:** Caracas, Venezuela, 1981.

**Fecha de publicación y editorial de la primera edición:** Plaza & Janés, Barcelona, España, 1982.

**Temas principales:** Oligarquía y lucha de clases, la actuación de la mujer en la sociedad patriarcal y el amor (venganza y perdón incluidos).

**Punto de vista:** El de Alba, sustentado en el cuaderno de notas de su abuela y en cartas familiares, y el de los testimonios de Esteban Trueba. En ocasiones aparece un narrador omnisciente, quizá encarnado por la propia figura de Alba.

**Estructura:** La obra está compuesta por catorce capítulos y tiene una estructura circular, en la que el personaje de Alba abre con su voz la narración y la cierra con un epílogo.

Prueba

## VIDA Y OBRA DE ISABEL ALLENDE

Isabel Allende es una de las figuras más relevantes de las letras chilenas de nuestros días. Nació en 1942 en Lima, Perú, donde su padre, Tomás Allende (primo hermano de Salvador Allende, presidente de Chile entre 1970-1973), estaba destinado en la embajada chilena. Cuando Isabel contaba poco más de tres años, su padre abandonó a la familia, y la madre, Francisca Llona, regresó a su país con ella y sus dos hermanos menores, Juan y Francisco, y se instalaron en la residencia de los abuelos maternos en Santiago, una casa que habría de ser germinal para su futura novela *La casa de los espíritus*.

La escritora ha manifestado en más de una ocasión que tuvo un padre que desapareció sin dejarle recuerdos. De manera que, cuando en 1953 la madre de Isabel se emparejó con el diplomático chileno Ramón Huidrobo, Isabel sustituyó afectivamente a su padre biológico por él, a quien llamaba cariñosamente «el tío Ramón». Las misiones diplomáticas del señor Huidrobo en Bolivia y Líbano obligaron a la familia a un nuevo éxodo; en ese período Isabel asistía a escuelas americanas e inglesas.

En 1958 Isabel volvió a Chile para terminar sus estudios secundarios y allí conoció a Miguel Frías, con el que se casó en 1962. Al año siguiente nació su hija Paula y con ella viajaron a Europa y vivieron en Bélgica y Suiza. En 1966 regresaron de nuevo a Chile y tuvieron a su segundo hijo, Nicolás. Antes de dedicarse por entero a la literatura, Isabel Allende, periodista de profesión, realizó labores en campos diversos. Trabajó para la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura); escribió para televisión y columnas humorísticas en la prensa, y tradujo novelas rosa, aunque su labor en este sector duró poco. Según manifiesta Alexandra Alter en su artículo para el *Wall Street Journal* «Isabel Allende on Superstition and Memory» (Superstición y

memoria en Isabel Allende), a la todavía incipiente novelista Isabel la echaron de la editorial porque solía cambiar los diálogos y finales de novelas y cuentos con el fin de dotar a las protagonistas de actitudes más inteligentes e independientes. Posteriormente, pudo ejercer su activismo con mejores resultados como autora teatral y periodista en diversas publicaciones, algunas de tendencia feminista. En ese período pasó a formar parte del equipo editorial de la revista *Paula*, donde firmaba la serie de humor «Los impertinentes». Hizo también una incursión en la literatura infantil: colaboró en la revista *Mampato*; publicó la recopilación de artículos *Civilice a su troglodita*, así como los cuentos *Lauchas y lauchones* y *La abuela Panchita*, este último inspirado en la madre de Isabel, a quien cariñosamente llamaban de ese modo.

En 1970 Salvador Allende se convirtió en el primer presidente socialista de Chile y nombró al «tío Ramón» embajador de su país en Argentina. En ese momento, Isabel trabajaba en los canales 13 y 7 de la televisión de Santiago, donde tenía un programa de humor y otro de entrevistas. Cuando el 11 de septiembre de 1973 Augusto Pinochet dirigió el golpe de Estado, derrocando al gobierno constitucional y acabando con la vida de Salvador Allende, Isabel tenía en cartel su obra de teatro *El embajador*.

Como es sabido, el golpe de Estado trajo consigo terribles consecuencias sociales y trágicas represalias políticas. Isabel, con un apellido tan estrechamente unido al recién asesinado presidente y conocida por su ideología nada afín a Pinochet, se colocó en el punto de mira de la dictadura, llegando a estar en sus listas negras. En 1975 ella y su familia decidieron huir de Chile y trasladarse a Venezuela, país en el que Isabel vivió trece años y donde comenzó su carrera literaria, en buena parte gracias a su madre. Allende siempre ha reconocido la fuente de su vocación como escritora: «Mi madre fue el norte de mi infancia. Tal vez por eso me resulta más fácil escribir sobre mujeres. Ella me dio un cuaderno para anotar la vida a la edad en que otras niñas juegan con muñecas, plantando así la semilla que treinta años más tarde me llevaría a incursionar en la literatura».

Efectivamente, el 8 de enero de 1981, cuando recibió la noticia de que su abuelo de 99 años se estaba muriendo, Isabel comenzó a escribirle una carta; con ella, y los retazos de su vida que iba anotando en el cuaderno, se fraguó el manuscrito de *La casa de los espíritus* (desde entonces, todos los años comienza un nuevo libro el 8 de enero, convirtiendo el acto en tradición). La figura de su madre volvió a ser de vital importancia al confiar en el valor de la obra que había escrito Isabel: tras ser rechazada por varias editoriales latinoamericanas «Doña Panchita» la puso en manos de una conocida agencia literaria española, logrando finalmente que la editorial Plaza & Janés la publicara en España en 1982. La novela obtuvo un éxito inmediato. Dos años después, todavía durante su exilio en Venezuela, escribió *De amor y de sombra*, una novela que narra las vicisitudes de tres familias en Chile durante el gobierno militar de Pinochet. En este relato, donde conviven el odio y el amor, Allende quiso contar, según sus propias palabras, «la historia de una mujer y un hombre que se amaron en plenitud, salvándose así de una historia vulgar. La he llevado en la memoria cuidándola para que el tiempo no la desgaste, y es sólo ahora cuando puedo finalmente contarla. Lo haré por ellos y por otros que me confiaron sus vidas para que no las borre el viento...».

En 1987 Isabel se separó de Miguel Frías, y un año después se casó con el estadounidense William C. Gordon y se instalaron en San Rafael, a treinta kilómetros de la ciudad de San Francisco, California, y en donde, tras tantos años de «trashumanía», Isabel Allende habría de fijar su residencia definitiva. En 1989 publicó su tercera novela, *Eva Luna*, que recibió igualmente una buena acogida por parte de los lectores; su protagonista, una contadora de historias con la que la autora rendía homenaje a la Sheherezade de *Las mil y una noches*, revivió en un libro de relatos publicado once años más tarde, *Los cuentos de Eva Luna*. Al año siguiente, cuando la democracia se estableció de nuevo, Isabel regresó a Chile tras quince años de exilio, para recibir el Premio Gabriela Mistral de manos del propio presidente de la nación, en ese momento

Patricio Aylwin. Pero el período de bonanza se vio ensombrecido cuando su hija Paula sufrió un año después un ataque de porfiria y entró en coma irreversible. Paula vivía en Madrid con su marido, e Isabel se encontraba ese diciembre de 1991 en la capital española presentando su novela *El plan infinito*. Durante la hospitalización de su hija, Isabel permanecía todo el día a su lado; por la noche, se retiraba al hotel, donde comenzó a componer como desahogo las primeras páginas de una novela autobiográfica en la que compagina su propia historia con la de su hija y donde narra la terrible experiencia. Paula murió finalmente el 6 de diciembre de 1992 en la casa de San Rafael, en California, adonde su madre la había trasladado con el fin de que acabara sus días rodeada de sus familiares. Cuando en 1994 se publicó *Paula* (en español, inglés, alemán y holandés), el libro provocó un gran impacto por su extraordinaria carga emocional. A modo de presentación, Isabel escribió: «Estas páginas fueron escritas durante horas interminables en los pasillos de un hospital de Madrid y en un cuarto de hotel, donde viví varios meses. También junto a su cama, en nuestra casa de California, en el verano y el otoño de 1992».

La pérdida de su hija postró el ánimo de la novelista hasta el punto de no desear escribir durante un par de años. Regresó con *Afrodita* (1997), un libro inclasificable, aunque el subtítulo de *Cuentos, recetas y otros afrodisíacos* da una pista de su contenido. Evocando a la diosa griega del amor, la autora mezcla recetas de cocina de su madre con reflexiones y confesiones propias sobre lo que ella denomina «divagaciones eróticas». El libro se tradujo casi de inmediato al inglés y al italiano.

En *Hija de la fortuna* (1998), quinta novela de Allende, y a decir de muchos su proyecto más ambicioso, la escritora recorrió un universo tan fascinante como el de *La casa de los espíritus*, en el que lo real y lo ficticio se funden y se confunden. La novela, dividida en tres partes, transcurre en la segunda mitad del siglo XIX, cuando el descubrimiento del oro en California despertó los sueños de riqueza en muchos chilenos. En la narración, Joaquín Andieta parte hacia el norte con la intención de buscar fortuna, y su amante, Eliza Sommer, decide seguirlo.



La crónica del viaje que emprende Eliza (una de las protagonistas más sugerentes de la obra de Allende) y las dificultades a las que debe enfrentarse en un mundo de hombres evidencian una vez más la postura feminista de Allende y su labor a la hora de abrir puertas a la literatura llamada «de mujeres», «femenina» o «de género», según sea el criterio de quien la clasifique.

En el año 2000 publicó *Retrato en sepia*, una novela con la que cerraba la serie de crónicas familiares que había iniciado en *La casa de los espíritus*, y que termina de componer lo que la autora ha llamado «Trilogía involuntaria». Al igual que en *Hija de la fortuna*, la figura femenina vuelve a ocupar un lugar primordial. La historia empieza aquí en la California del siglo XIX, para trasladarse a Chile siguiendo a la nieta de Eliza Sommers, Aurora del Valle, y también está construida con la fusión de hechos históricos y recuerdos familiares. En realidad, la mayor parte de la obra de Isabel Allende pertenece al género autobiográfico, bien sea en forma de epístola, ensayo periodístico (como es el caso de *Mi país inventado*, de 2003), o crónica dirigida a su hija, como ocurre con *La suma de los días* (2007), un relato en el que le cuenta a la ya fallecida Paula el día a día de su vida en California.

En 2002 Isabel Allende hizo su primera incursión en la novela juvenil, con *La Ciudad de las Bestias*, la primera entrega de la trilogía «Memorias del águila y del jaguar», ambientada en este caso en la selva amazónica y protagonizada por Alexander Cold, un muchacho estadounidense, su abuela reportera Kate y una chica brasileña llamada Nadia Santos. Las otras dos aventuras de la serie, publicadas en los dos años siguientes, *El Reino del Dragón de Oro* y *El Bosque de los Pigmeos*, llevaron al trío de personajes hasta el Himalaya y el corazón de África.

En la novela *La isla bajo el mar* (2009), la escritora se alejó de su propia memoria y escribió una novela histórica ambientada a finales del siglo XVIII. En ella se cuenta la vida de Zarité, una mulata de nueve años vendida como esclava a un francés dueño de una importante plantación de azúcar de Santo Domingo. Tampoco recurrió a experiencias personales en *El cuaderno de Maya* (2011), un relato sobre adolescentes con problemas de

drogas. Según la autora, surgió a instancias de sus nietos, quienes le pidieron que escribiera algo que pudiera interesarles.

Con la publicación de *La casa de los espíritus* Isabel Allende se situó en la cumbre de la popularidad a nivel internacional. Sin embargo, su obra ha sido recibida casi siempre con reserva por cierto sector de la crítica y por algunos colegas de la profesión, entre ellos el novelista chileno Roberto Bolaño, quien dedicó a la escritora acerados comentarios. La «acusación» más frecuente que tiene que escuchar Allende sobre la novela es que se trata de una mala copia de *Cien años de soledad* de García Márquez, a lo que la escritora suele responder que, lejos de ofenderse, se siente muy honrada de que su obra tenga alguna similitud con la del escritor colombiano. Pero hay un logro que ninguno de los colegas escritores que la critican ha conseguido en su carrera literaria, ni probablemente lo haga jamás, y es alcanzar la difusión o las cifras de ventas que ha obtenido *La casa de los espíritus*, superando en la actualidad los cincuenta y siete millones de ejemplares en todo el mundo, y con traducciones a treinta y siete idiomas. Allende es la única escritora latinoamericana que ha permanecido más de un año en la lista de libros más vendidos de *The New York Times*.

Si bien es verdad que no se debe confundir el número de ventas de un libro con la calidad literaria del mismo, los innumerables premios y distinciones que ha recibido la novelista muestran claramente el valor internacional que se concede a su obra. Algunos de estos galardones han sido otorgados a *La casa de los espíritus*: Mejor Novela del Año (Chile, 1983), Buch des Jahres (Alemania, 1984), Premio Latinoamericano de Narrativa Colima (México, 1985), Library Journal's Best Book (Estados Unidos, 1988). Asimismo, Isabel Allende ha recibido muchos otros premios por su trayectoria literaria: Miembro de la Academia de la Lengua (Chile, 1989), Premio Iberoamericano de las Letras José Donoso (Chile, 2003), Premio Nacional de Literatura (Chile, 2010), Premio Hans Christian Andersen de Literatura (Dinamarca, 2012), Premio Ciudad de Alcalá de las Artes y las Letras (España, 2011).

Como ha quedado reflejado, Allende no fue una escritora precoz. Sin embargo, a pesar de empezar tardíamente, su producción es fecunda. Hasta la actualidad ha publicado trece novelas, dos libros de relatos, tres piezas de teatro y cuatro volúmenes autobiográficos, además del libro *Amor*, un recopilatorio de las escenas de amor de sus obras.

Isabel Allende suele sentarse a escribir en alguno de sus dos sanctasanctorum de San Francisco: su oficina en una pequeña mansión victoriana (antiguo burdel, según dice) de Sausalito, y la cabaña construida en medio del jardín de su casa de San Rafael. Cuando Isabel Allende optó por convertirse en ciudadana estadounidense, su decisión tampoco fue bien aceptada por sus detractores literarios y políticos. Le cuestionaban que, siendo una persona cuya ideología le había hecho exiliarse de Chile, en vez de elegir Cuba u otro país socialista, hubiera preferido Estados Unidos, que, en el momento de nacionalizarse, se hallaba bajo el mandato de George Bush. Allende siempre ha explicado que pidió la nacionalidad estadounidense para que sus hijos pudieran estar con ella en ese país. En cuanto a la razón por la que eligió San Francisco para vivir, tampoco ha dudado nunca en repetir que «por amor». A partir de la tragedia del 11-S en 2001, Allende tuvo una participación más activa como ciudadana estadounidense y así lo manifestó: «Ahora tengo una mayor presencia en la comunidad a través del trabajo que realiza mi fundación y del alcance que tienen mis libros. Además hablo en público, doy conferencias y estoy siempre en contacto con la prensa, lo cual me permite expresar mis opiniones... Estoy absolutamente en contra de la política de Bush y no tengo empacho en decirlo cada vez que se presenta la ocasión, es decir, a diario». Como tampoco tuvo inconveniente en respaldar a Barack Obama para la presidencia y años después admitir que le había decepcionado pero que volvería a votar por él, a pesar de que, como bien señaló: «La actual administración estadounidense es la que más latinos expulsó».

Trazar el perfil de alguien en pocas páginas es tarea ardua. Sin embargo, sí se puede asegurar que Isabel Allende es una de las novelistas que más protagonismo ha concedido a las

mujeres en sus obras, dotándolas de dignidad y de capacidad para tomar decisiones.

#### OBRAS SELECTAS DE ISABEL ALLENDE

*La casa de los espíritus*, 1982  
*De amor y de sombra*, 1984  
*Eva Luna*, 1987  
*El plan infinito*, 1991  
*Paula*, 1994  
*Afrodita*, 1997  
*Hija de la fortuna*, 1998  
*Retrato en sepia*, 2000  
*Mi país inventado*, 2003  
*Inés del alma mía*, 2006  
*La suma de los días*, 2007  
*La isla bajo el mar*, 2009,  
*El cuaderno de Maya*, 2011

#### PELÍCULAS BASADAS EN NOVELAS DE ISABEL ALLENDE

Dado el éxito alcanzado por la presente novela, Bille August dirigió *The House of the Spirits* (originalmente en inglés), con guión de Isabel Allende y del propio director, y con un reparto internacional de excepción. Meryl Streep encarnaba a Clara; Glenn Close, a Férula; Jeremy Irons, a Esteban Trueba; Winona Ryder, a Blanca; Antonio Banderas, a Pedro García, y Vanessa Redgrave, a Nívea del Valle. La película sufrió algunos cambios y omisiones respecto al texto original. La principal fue suprimir a toda una generación, de manera que el personaje de Alba, tan esencial en la novela, queda prácticamente eliminado, o más bien transmutado en el de Blanca. La película se estrenó en 1993 y, aunque ganó varios premios, alcanzó un éxito mucho menor que el de la novela.

*Of Love and Shadows* es como se tituló la película basada en la novela *De amor y de sombra*. En esta ocasión la dirigió Betty Kaplan, y los principales papeles de Francisco e Irene estuvieron interpretados por Antonio Banderas y Jennifer Connelly. Su estreno tuvo lugar en 1994.

Prueba

## LA CASA DE LOS ESPÍRITUS

### CONTEXTO HISTÓRICO

El contexto histórico mundial de la novela queda reflejado por las alusiones a las dos guerras europeas, mientras que la identidad de la nación donde se desarrolla la acción de la novela no está explícitamente revelada. Sin embargo, por las referencias a varios acontecimientos ocurridos en el Chile del siglo XX y en la década previa al golpe de Estado de Pinochet, se deduce que se trata de ese país y, por lo tanto, que es Santiago de Chile la ciudad donde se encuentra «la gran casa de la esquina». Uno de los mayores logros de *La casa de los espíritus* es la habilidad de su autora para reconstruir a través de la historia de los Del Valle-Trueba un completo estudio de la sociedad chilena de ese período. Para observar los paralelismos entre la acción literaria y la histórica se pueden señalar, cronológicamente, los siguientes acontecimientos:

En 1925 se promulga la Constitución, dando paso a un régimen democrático que se mantuvo hasta el golpe militar en 1973. Ese avance social coincidió con una crisis económica por la invención del salitre sintético, que perjudicó la comercialización del salitre mineral chileno. Dicha crisis se agudizó en 1929, fecha negra para toda la economía mundial. En 1933 se fundó el Partido Socialista chileno, y dos años después se creó el Movimiento Pro Emancipación de las mujeres chilenas, que accedieron al voto por primera vez. Tras un intento de golpe de Estado por parte de Movimiento Nacional Socialista, de tendencia fascista, ganó las elecciones presidenciales Pedro Aguirre Cerda, miembro del partido radical y conocido como «el Presidente de los pobres»; con él se inició un período de recuperación económica que duró tres años. A Cerda le co-

rrespondió afrontar las consecuencias del terremoto de Chillán (al que se alude en la novela), lo que aprovechó para reconstruir el país. Como dato al margen, cabe apuntar que fue también este presidente quien acogió a los refugiados de la Guerra Civil española que se exiliaron en Chile en 1939, a instancias del poeta Pablo Neruda. Tras la prematura muerte de Aguirre Cerda (en funciones desde 1937 hasta 1941), se convocaron elecciones y dio comienzo una época en la que se sucedieron diferentes coaliciones políticas lideradas por el partido radical. A lo largo de la década de los cuarenta ocurrieron en Chile varios acontecimientos de diferente condición: se establecieron relaciones con la Unión Soviética; la escritora chilena Gabriela Mistral recibió el Premio Nobel de Literatura; el gobierno declaró la guerra a Japón cuando la Segunda Guerra Mundial estaba a punto de terminar; se promulgó la llamada «Ley maldita», que declaraba ilegal al Partido Comunista.

La segunda mitad del siglo XX chileno fue, social y políticamente, muy dinámica. En 1953 se creó la CUT (Central Única de Trabajadores) y en 1956 se fundó el Frente de Acción Popular (también conocido como FRAP), una coalición de izquierda que reunió a comunistas y socialistas. El terremoto de Valdivia, ocurrido en 1960 y conocido como «el gran terremoto de Chile», dejó más de dos mil víctimas y asoló el sur del país, una región que ya se resentía de la falta de desarrollo. Durante el período de pluralidad político-social mencionado surgió una amplia clase media, así como sindicatos a los que se afiliaban trabajadores descontentos. Sin embargo, en el ámbito rural la situación del campesinado apenas mejoraba, y si lo hacía era dentro de un esquema de desigualdad que incluía la servidumbre social y sexual. Algunos atribuían el supuesto atraso del país al feudalismo, todavía imperante en toda Latinoamérica. Por eso las personas de ideología más izquierdista abogaron por una transformación social que terminara con los terratenientes, por un cambio que, dirigido por una burguesía progresista, implantase el progreso a través de la creación de un socialismo libre, hasta que en 1962 se decretó la primera Ley de

Reforma Agraria. Estos objetivos fueron en parte los que llevaron a Salvador Allende a presentarse a las elecciones de 1964. Finalmente ganó, con el apoyo de los conservadores, Eduardo Frei Montalva, uno de los fundadores de la Falange Nacional y representante de la democracia cristiana. No obstante, Frei realizó algunas reformas, agrícolas y educativas, durante su mandato de seis años. Al término de éste, fue sustituido por Salvador Allende, que ganó las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 al frente de la Unidad Popular. Obtuvo casi el 50% de los votos, lo que impedía a la oposición de la derecha ilegitimar el gobierno de Allende, pero el período en el que se creyó que se alcanzaría la libertad, la paz y la justicia para todos duró sólo tres años. El ambiente de tensión y violencia, creado por una oposición que se resistía a ser gobernada por socialistas, derivó en enfrentamientos callejeros y asesinatos de altos mandos. El intento fascista de frenar la instauración del gobierno de Allende les llevó a matar al general René Schneider, y unos meses antes del golpe acabaron con la vida del comandante Araya Peters. El siguiente paso fue ya el golpe de Estado, fracasado en su primer intento de junio, y finalmente llevado a cabo con éxito el 11 de septiembre de 1973. El presidente Allende murió durante el asalto al Palacio de la Moneda, y Augusto Pinochet asumió el gobierno del país. A partir de esa fecha se inició en Chile una etapa de terror marcada por la dictadura, con más de trescientos mil torturados y otros tantos desaparecidos.

*La casa de los espíritus* se ajusta en términos generales a los acontecimientos socio-políticos e históricos de Chile, pero es en la última parte del libro (con el relato del asalto al Palacio de la Moneda y las últimas horas del Presidente y sus más fieles colaboradores, entre los que se encuentra el personaje de Jaime), cuando la narración literaria está más estrechamente unida a los sucesos históricos. En la semblanza del dictador que Esteban Trueba cuenta en el capítulo «El Terror», Allende no parece querer emboscar las referencias al militar golpista:



Es un hombre tosco y de apariencia sencilla, de pocas palabras, como un campesino ... pocos pudieron adivinar que algún día lo verían envuelto en una capa de emperador, con los brazos en alto, para acallar a las multitudes acarreadas en camiones para vitorearlo, sus augustos bigotes temblando de vanidad...

Por el contrario, no en vano elige el adjetivo «augustos» para calificar sus bigotes, haciendo así una evidente referencia al nombre de pila de Pinochet.

#### Selección de películas y documentales relacionados con el golpe de Estado chileno y la dictadura:

- *La batalla de Chile* (documental), 1975-1979, Patricio Guzmán.
  - *La insurrección de la burguesía* (Parte I), 1975.
  - *El golpe de Estado* (Parte II), 1977.
  - *El poder popular* (Parte III), 1979.
- *Llueve sobre Santiago* (en original, *Il pleut sur Santiago*), Helvio Soto, 1976.
- *Missing* (en español, *Desaparecido*), Costa Gavras, 1982.
- *La frontera*, Ricardo Larraín, 1991.
- *Chile, la memoria obstinada* (documental), Patricio Guzmán, 1997.
- *El caso Pinochet* (documental), Patricio Guzmán, 2001.
- *Machuca*, Andrés Wood, 2004.
- *Salvador Allende* (documental), Patricio Guzmán, 2004.
- *Calle Santa Fe* (documental), Carmen Castillo, 2007.
- *El clavel negro* (en original, *Svarta nejlikan*), Åsa Faringer y Ulf Hultberg, 2007.
- *No*, Pablo Larraín, 2012.
- *Carne de perro*, Fernando Guzzoni, 2012.

## VISIÓN GENERAL DEL ARGUMENTO

Con una voz que no se llega a identificar hasta el final, la obra empieza y termina con la frase «*Barrabás* llegó a la familia por vía marítima», sirviendo como punto de arranque para la crónica de la saga familiar de los Del Valle-Trueba, que abarca desde principios del siglo xx hasta la década de los ochenta del mismo siglo. Según la propia escritora, en la novela pretendió retratar todo el espectro social, geográfico y político de América Latina, con su realidad y su magia; al mismo tiempo, quiso contar historias en las que sus protagonistas se dejaran guiar por sentimientos de odio, venganza, violencia, ternura y, sobre todo, amor.

En el primer capítulo se presenta a los Del Valle, una familia burguesa compuesta por Severo, Nívea y sus dos hijas, Rosa, «la bella», y Clara (aunque en las primeras páginas se dice que Nívea «había dado a luz quince hijos, de los cuales todavía quedaban once vivos», éstos desaparecen de la historia y sólo se hace referencia a las dos hijas mencionadas). Desde muy niña, Clara escribe en un cuaderno las cosas que le ocurren y da muestras de gran percepción; no puede cambiar el futuro, pero lo anuncia y no suelen creerla. Y cuando presagia que habría otro muerto en la casa, y que sería «un muerto por equivocación», acierta: su hermana Rosa muere repentinamente a consecuencia del envenenamiento provocado por una sustancia destinada a terminar con la vida del señor Del Valle. Tras la muerte de Rosa, Clara permanece sin hablar nueve años, y cuando lo hace es para anunciar que contraerá matrimonio con el que había sido novio de Rosa, Esteban Trueba, un joven de clase social inferior a los Del Valle que fue a trabajar a las minas para enriquecerse y poder casarse con su amada.

Ante la pérdida de su prometida, Esteban abandona las minas y decide recuperar Las Tres Marías, un fundo de su propiedad, convertido ahora en un lugar yermo e inhóspito. Gracias a su entrega y a la explotación de los campesinos, a los que somete a duras jornadas laborales, logra sacar rentabilidad a la

finca y enriquecerse. Durante ese período, Esteban, que en sus futuros escritos se va a autodenominar «de naturaleza fiel» y va a confesar que no era ni enamoradizo ni romántico, empieza a percibir urgencias sexuales que satisface con Pancha García, una joven de quince años a la que viola, deja embarazada y se lleva a casa; hasta que se cansa de ella, la despide y Pancha vuelve con sus padres a punto de dar a luz. Cuando nazca el hijo lo llamará Esteban García. Tras Pancha habrá una larga lista de muchachas con las que Esteban aprovecha su condición de patrón.

Cuando Esteban recibe una carta de su hermana, donde le informa de que su madre está muriéndose, va a la ciudad. Las palabras de la moribunda pidiéndole que se case con una mujer decente y cristiana le guían hasta la residencia de los Del Valle para ver si tienen otra hija soltera. Lo anunciado por Clara se cumple una vez más: la joven abandona su mutismo y se casa con Esteban Trueba. La pareja se muda a la mansión que Esteban ha mandado construir y a la que bautizan como «la gran casa de la esquina»; Férula, la hermana de Esteban, se traslada con ellos. Después de un año, el matrimonio tiene una hija, Blanca. Durante un verano que pasan en Las Tres Marías, Blanca conoce al hijo de Pedro Segundo García, el administrador de la finca; los dos niños pasarán de la amistad infantil a una relación amorosa duradera.

Clara vuelve a quedarse embarazada, esta vez de dos gemelos, Nicolás y Jaime. Unos días antes de dar a luz, Clara se entera de que sus padres han muerto en un accidente de coche. Por temor a que aborte, le ocultan que su madre ha sido decapitada y que la cabeza no ha aparecido. Más tarde, como para las facultades sobrenaturales de Clara no hay secreto posible, ella sí sabe dónde encontrarla: con la ayuda de su cuñada Férula sale a recobrar la parte perdida del cuerpo de su madre y cuando regresa a casa con la cabeza materna da a luz a sus hijos. La relación de Clara con Férula va haciéndose más estrecha conforme pasan los años. Esteban, con quien Clara se muestra cada vez más fría, culpa a su hermana de ese distanciamiento y la ve como a una rival. Ciertamente, las dos cuña-

das se quieren mucho, pero el amor de Férula por Clara parece haber traspasado los límites de lo fraterno. De manera que cuando Esteban regresa un día de improviso y ve que su hermana está en la cama con Clara, se lanza enfurecido sobre Férula y la echa de casa. Años más tarde Clara predice la muerte de Férula, acude con el padre Antonio a la humilde habitación en la que vivía su cuñada, y se encarga de lavarle y perfumarle el cuerpo antes de ser enterrado.

Con los años, el afecto de Blanca y Pedro Tercero se ha convertido en amor apasionado. Siguen viéndose a sabiendas de que Esteban Trueba no aprobará su relación; les separa su clase social, así como las ideas revolucionarias de Pedro, el único empleado de Las Tres Marías que hace frente al patrón. Mientras están separados se escriben con nombres falsos y con códigos que sólo ellos conocen, y cuando pueden encontrarse, lo hacen en el mismo lugar donde se habían visto por primera vez. De este modo logran mantener su amor en secreto durante siete años, hasta que Jean de Satigny los descubre y revela su hallazgo a Esteban Trueba. Satigny es un noble francés arruinado que pretende sacar partido del dinero de Esteban haciéndolo socio de sus dudosos negocios o casándose con su hija. Cuando Blanca revela que está embarazada, Esteban Trueba brinda al francés la mano de su hija.

Pero antes de que Blanca y Satigny se casen ocurren varios acontecimientos. Las Tres Marías sufre las consecuencias de un terrible terremoto, que provoca muertos y heridos y prácticamente destruye la finca. Esteban, postrado en la cama durante meses, encarga su reconstrucción a Pedro Segundo, hasta que Las Tres Marías vuelve a ser la finca modélica de siempre. Clara, cada vez más alejada de Esteban, manda poner un candado en la puerta de su habitación y no le permite que vuelva a meterse en su cama. Es más, la reacción de furia extrema que tiene Esteban cuando se entera de que su hija se está viendo con Pedro Tercero rompe definitivamente la relación entre él y Clara: Esteban golpea a Blanca con la fusta hasta dejarla inmóvil, pega un puñetazo a Clara y la empuja contra la pared, y, por último, le corta de un hachazo tres de-

dos de una mano a Pedro Tercero. Clara no le vuelve a hablar jamás; durante los siete años que siguen compartiendo la casa apenas se ven, aunque mantienen una relación civilizada. Clara se entrega a sus hijos, que han terminado su etapa de internado y han regresado a casa. Jaime estudia medicina y Nicolás parece sentirse más inclinado por la meditación y los inventos. Por su parte, Esteban Trueba se presenta como candidato a senador por el Partido Conservador y gana las elecciones, como Clara había vaticinado.

Nicolás y Jaime conocen a «una hermosa joven de nombre Amanda» y se enamoran de ella; Nicolás llega a tener relaciones con la muchacha y la deja embarazada. Amanda, desinhibida y a favor del amor libre, no duda en abortar gracias a la ayuda de Jaime, quien, muy a su pesar, realiza la intervención, que sale bien. Después de abortar, Amanda pasa una temporada en casa de los Trueba.

Mientras, Blanca acepta casarse con Satigny sin saber muy bien por qué. Como le dice a Clara, el miedo a Esteban, su embarazo y la falsa noticia de que Pedro está muerto hacen que se decida. Pero el matrimonio sólo dura seis meses; ese período le basta para descubrir las peculiares prácticas sexuales del conde con sus sirvientes. A punto de dar a luz, Blanca abandona la casa y toma un tren para regresar a la casa familiar, donde Clara, que adivina su llegada, le tiene preparada la habitación más luminosa. A la niña, que pudo haber nacido en el tren y finalmente lo hizo en la gran casa de la esquina, arropada por el afecto de toda la familia, la llaman Alba. El hermano menor de Amanda, Miguel, escondido en el armario, observará su nacimiento.

La presencia de Alba en la casa ejerce una influencia benéfica, sobre todo en la figura de Esteban Trueba, a quien el cariño de la nieta logra ablandar el carácter. Blanca nunca revela a su hija la verdad sobre Satigny; rompe todos los retratos del conde y le cuenta a Alba que su padre, «un noble caballero, inteligente y distinguido», había tenido la mala fortuna de morir a causa de una fiebre. Blanca sigue conservando una belleza espléndida y no le faltan pretendientes, algo que inquieta a

Alba, temerosa de que su madre pueda dejarla por alguno de ellos. Una tarde, Blanca la lleva al parque y le presenta a un hombre al que le faltan tres dedos de la mano. Se llama Pedro Tercero y cuando se despide de su madre la besa en la boca. A partir de entonces, Blanca sale sola los fines de semana y Alba pierde el temor a que su madre la abandone.

Alba tiene una infancia feliz. Pese a que Blanca lamenta que no tenga niños de su edad con quien jugar, sus tíos suplen esas carencias: Nicolás, con sus danzas tibetanas y sus artes marciales; Jaime, con esa enorme inventiva que le hace crear personajes, como un elefante imaginario al que Alba ayuda a bañar y a sacar brillo a sus colmillos. Alba pasa por dos experiencias que tendrán repercusión en su vida futura. La primera la vive con sólo seis años: su primer encuentro con Esteban García —nieto bastardo de Esteban Trueba— cuando va a la casa para que el patrón le ayude a ingresar en el cuerpo de carabineros. La segunda, un año después, es ver morir a Clara, algo que Alba hace con serenidad porque su abuela la ha entrenado para el dolor y para aceptar la muerte, «que no es una separación sino una forma de estar más unidas».

Con casi dieciocho años, Alba termina el colegio y decide estudiar filosofía y música, esto último para fastidiar a su abuelo, que sólo valora los estudios científicos y cree que el arte es una pérdida de tiempo. En la universidad conoce a Miguel, aquel que siendo niño vio su nacimiento escondido dentro de un armario, y los dos se enamoran. Miguel es un pálido estudiante de Derecho y dirigente izquierdista que habla de la revolución. Alba participa, por amor a Miguel, en la toma de la universidad, y Esteban García, ahora convertido en oficial del ejército, la reconoce. Alba recuerda el primer encuentro con él, con apenas seis años, y el posterior, cuando ella tenía catorce y él la besó a la fuerza.

Los amores de Alba con Miguel no están bien vistos por el tío Jaime, que teme perder el afecto de su sobrina, pero acepta entrevistarse con Miguel a petición de Alba, pues quieren pedirle un favor: la hermana de Miguel está enferma y necesita que la visite un doctor. Cuando acude a la pobre habitación donde

se encuentra la mujer, Jaime descubre que se trata de Amanda, convertida ahora en drogadicta. Jaime vuelve a hacerse cargo de ella, como veinte años atrás, y la cura de su adicción. Una vez recuperada, Amanda se hace auxiliar de enfermera para colaborar con Jaime.

Por las noches Jaime suele jugar al ajedrez con el candidato socialista, quien, como había pronosticado, gana las elecciones. Pedro Tercero se une al partido y los campesinos toman Las Tres Marías, una de las últimas haciendas del sur expropiadas por la Reforma Agraria. Cuando Esteban se entera, va a la finca y es retenido por los campesinos. Pedro Tercero interviene, a petición de Blanca, y Esteban es liberado. Pero la oposición conservadora no está dispuesta a aceptar el triunfo: impide que el nuevo gobierno lleve a cabo cualquier iniciativa y prepara un golpe militar que llega a triunfar. En él muere el Presidente y también Jaime, que previamente había sido detenido y torturado. Miguel se une a la guerrilla, y Pedro Tercero debe esconderse porque su vida corre peligro tras la toma de poder de los militares, que parece permanente. Blanca lo oculta en los cuartos vacíos de la casa, pero no es un lugar seguro y pide a Esteban que le ayude a escapar. Éste, decepcionado con los modales de los nuevos dictadores, acepta ayudar y les consigue, a Pedro y a Blanca, los salvoconductos para que puedan salir del país y marcharse a Canadá.

Los militares secuestran a Alba y la torturan; después, Esteban García la viola; descarga en ella el odio acumulado durante años hacia Esteban Trueba, su abuelo natural que nunca quiso legitimarlo, como su abuela Pancha le había contado. Finalmente Alba es liberada, gracias de nuevo a la intervención de Esteban Trueba, quien visita a su antigua amante Tránsito Soto, ahora propietaria de un prostíbulo de lujo, para pedirle ayuda. Tránsito consigue que liberen a Alba y queda así en paz con el favor —un préstamo— que Esteban Trueba le había hecho años atrás. Cuando Alba regresa a casa encuentra a su envejecido abuelo, quien le sugiere que escriba la historia de su familia. Juntos la inician, poco antes de que Esteban muera en brazos de su nieta. Alba, embarazada de un

niño cuyo padre puede ser Miguel o uno de sus violadores, continúa la narración familiar y escribe: «Y ahora yo busco mi odio y no puedo encontrarlo».

*The New York Times*, en su sección «The Book Review», dijo que *La casa de los espíritus* era un libro de paz y reconciliación en el que se termina abogando por el perdón, algo que tampoco fue interpretado favorablemente por algunos sectores críticos: para ellos implicaba que, con el tiempo, las atrocidades cometidas por Pinochet podían ser, si no perdonadas, sí al menos restañadas. Pero la escritora siempre se ha mostrado muy contundente al respecto, y así se manifestó cuando Reino Unido concedió la libertad al dictador tras el intento de juzgarlo por sus crímenes: «Fue un momento muy difícil en la historia de Chile. Sin embargo, sigo sosteniendo que la venganza no tiene lugar. Pero la reconciliación no puede llevarse a cabo sin la verdad. La arrogancia y la prepotencia de los militares chilenos no tiene nombre. Es fundamental que salga la verdad y se honre el sufrimiento de la gente. Se han negado las pérdidas, los desaparecidos, los torturados, los asesinados. Cuando Pinochet volvió a Chile, yo estaba furiosa. Sin embargo, ahora pienso que es mejor que esté en Chile, humillado, callado, reo y sin impunidad. Creo que es mejor eso a que se lo haya convertido en mártir en Inglaterra. Pinochet no pasará a la historia como el héroe que él imaginó. Pasará a la historia como reo».

## EJERCICIOS DE COMPRENSIÓN

- Haz un gráfico en el que se muestre el paralelismo entre hechos que ocurren en la novela y hechos que pertenecen a la historia real de Chile.



- Indica el modelo social y político que representan Severo del Valle y Esteban Trueba.
- ¿Actuaba Esteban Trueba con tiranía y paternalismo en Las Tres Marías? Escribe ejemplos de ambos casos.
- ¿Quién, o quiénes, de los campesinos parece tomar conciencia social y muestra su rebeldía?

#### EL REALISMO MÁGICO

A pesar de que *La casa de los espíritus* es más bien una obra testimonial e intimista, y que los elementos fantásticos no son estrictamente esenciales para el desarrollo de la historia, siempre se la enmarca dentro del realismo mágico.

Aunque la memoria colectiva haya atribuido el término «realismo mágico» a García Márquez, ni es una invención suya ni procede del ámbito literario; fue creado por el crítico de arte alemán Franz Roh para describir la pintura que representa una realidad alterada por la imaginación. Sin embargo, casi nadie recuerda su origen y se utiliza para definir un modo de contar y una estética narrativa. En literatura nació en Latinoamérica, donde la tradición indígena y la geografía propiciaban historias en las que lo irreal o extraño se mostraba como algo normal y cotidiano. Alejo Carpentier, al referirse al realismo mágico, acuñó el concepto de «lo real maravilloso», bajo el que se escondía la teoría de que el creador debía percibir la cualidad estética de la realidad latinoamericana y transformarla en literatura. Por su parte, Miguel Ángel Asturias aplicó el mismo proceso de mitificación de la naturaleza de Carpentier pero dándole una vuelta de tuerca: la estrategia del escritor consistirá en producir un clima sobrenatural en el lector deformando la realidad y creando un ambiente maravilloso, en el sentido primigenio de la palabra. Lo maravilloso (del latín *mirabilia*) hace referencia a las cosas asombrosas, inexplicables e insólitas.

tas, sin que eso signifique que tengan que ser forzosamente bellas. Algunos rasgos que han determinado este movimiento son, entre otros, la combinación de elementos naturales y sobrenaturales, la presencia de espacios imaginarios y de componentes fantásticos, y la distorsión del tiempo.

Hay quien afirma que el género del realismo mágico nació en Latinoamérica de la mano del venezolano Rómulo Gallegos con la novela *Doña Bárbara*, publicada en 1929. Otros apuntan hacia otro venezolano, Arturo Uslar Pietri y su cuento «La lluvia», de 1935 (el propio Uslar Pietri se atribuía haber acuñado el término), o al mexicano Juan Rulfo con su novela *Pedro Páramo*, de 1955. Años más tarde, quizá gracias a los llamados estudios de género, encargados de rescatar del ostracismo a novelistas femeninas, se reivindicaba a la escritora Elena Garro como fundadora del realismo mágico. En 1963, cuatro años antes de que apareciera *Cien años de soledad*, Garro publicó *Los recuerdos del porvenir*, una novela de la que Octavio Paz, por entonces su marido, diría: «Es una de las creaciones más perfectas de la literatura hispanoamericana contemporánea». Sin embargo, aunque en algunos estudios recientes sobre el boom y el realismo mágico se incluye a Elena Garro, su nombre nunca apareció en ningún canon.

Hay que señalar que, a partir de los años ochenta del pasado siglo, a Isabel Allende y Laura Esquivel (autora de *Como agua para chocolate*), de forma internacional, se unieron otras muchas escritoras latinoamericanas en cuyas obras existen elementos propios, o cuando menos vestigios, del realismo mágico. A muchas de ellas también se las encuadra en el posboom. Valgan como ejemplo Rosario Ferré, Ángeles Mastretta o Laura Restrepo.

- Busca sucesos extraordinarios que ocurren en la novela y que concuerden con el concepto de realismo mágico; por ejemplo, la aparición de Férula una vez muerta.

Cuando se habla del boom latinoamericano se hace referencia al acontecimiento literario y editorial iniciado en la década de los sesenta del siglo XX y protagonizado por un grupo de narradores hispanoamericanos. Con su originalidad y creatividad, dichos escritores revolucionaron los anquilosados esquemas narrativos en castellano, al mismo tiempo que se dieron a conocer internacionalmente a partir de la publicación de sus obras en España. La presencia de estos escritores en el panorama literario produjo un gran impacto, hasta el punto de que, durante muchos años, la narrativa en castellano escrita por latinoamericanos alcanzó mayor reconocimiento que la creada por autores españoles. Se puede decir que los representantes más importantes del boom fueron: Gabriel García Márquez; Mario Vargas Llosa; Julio Cortázar; José Donoso; Carlos Fuentes; Jorge Amado; Augusto Roa Bastos y Guillermo Cabrera Infante, aunque diferencias ideológicas lo mantuvieron alejado del resto del grupo. El éxito de quienes protagonizaron el boom arrastró a otros autores de generaciones anteriores que, aunque ya consagrados en sus respectivos países, se beneficiaron de los efectos del movimiento al ser publicadas todas sus obras en España y al difundirse posteriormente al resto de Europa e incluso a Latinoamérica, en un viaje de ida y vuelta del que regresaban con más reconocimiento. Algunos autores de dicha generación fueron: Juan Rulfo, Jorge Luis Borges, Ernesto Sabato, Mario Benedetti, Juan Carlos Onetti, Alejo Carpentier, Miguel Ángel Asturias y Augusto Monterroso.

A partir de 1975, surgió una nueva corriente literaria a la que se denominó posboom. Dado que el término convertía a sus componentes en epígonos de unos narradores con cuyas características no se veían representados, algunos prefirieron autodenominarse «posmodernos» o «novísimos». A los representantes del posboom no les preocupó crear nuevas técnicas narrativas como había ocurrido con los del boom. Algunos optaron por una narración más realista y sencilla de leer, y mostraron mayor interés por los hechos históricos. Entre los

principales participantes del posboom, además de las escritoras antes mencionadas, se encuentran Antonio Skármeta, Luis Rafael Sánchez, Reinaldo Arenas, Manuel Puig, Tomás Eloy Martínez y Alfredo Bryce Echenique (quien, por cierto, opina de los integrantes del boom que «Ni son todos los que están ni están todos lo que son», y que si muchos quedaron relegados fue por ser «demasiado lúcidos y originales»).

Entre las características que diferenciaron a algunos de los «novísimos» de sus predecesores cabe subrayar la notable participación femenina, inexistente en el movimiento anterior, únicamente compuesto por escritores varones; la audacia para abordar la sexualidad, y la aportación de elementos de la cultura popular (el folletín, el cine, los boleros...). Isabel Allende fue precursora de estas particularidades, y *La casa de los espíritus* contiene muchos de los ingredientes del melodrama: personajes excéntricos, drogadictos, viciosos del sexo, violaciones, y amores clandestinos y apasionados.

## LOS PERSONAJES

Los personajes, sean protagonistas, secundarios, o simplemente episódicos o incidentales (como el doctor Cuevas, Luis, el Rey de las Ollas a Presión, o Sebastián Gómez), representan una función esencial que permite que la historia tenga coherencia en su desarrollo. *La casa de los espíritus* cuenta con una amplia galería de personajes que se ajustan a estas categorías. La relación presentada a continuación, en la que no se incluyen algunos de los personajes episódicos, sigue el orden de importancia que se les concede en la novela.

**ESTEBAN TRUEBA:** Principal protagonista masculino, así como una de las voces de la narración en primera persona. Socialmente representa a la oligarquía latifundista. Tras la prematura muerte de su primer amor, Rosa, decide trasladarse a Las Tres

Marías y recuperar las yermas tierras de los Trueba, hasta convertirse en un poderoso terrateniente. Aunque él mismo es un trabajador infatigable, en buena parte obtiene su gran fortuna gracias a la labor de sus campesinos, por los que no siente el menor agradecimiento ni respeto. Su nuevo estatus le permite contraer matrimonio con Clara, por la que llega a sentir una gran pasión y dependencia afectiva. Trueba es un hombre agresivo y ejerce su violencia con sus trabajadores, su hija e incluso con Clara, a quien, incapaz de expresarle su amor, intenta doblegar por la fuerza; logra el efecto contrario, pues Clara se aparta afectiva y físicamente de él yéndose a vivir a otra ala de la casa. Esteban no duda en violar a cualquier joven que se le cruza en el camino; Pancha García es su primera víctima, a la que deja embarazada y luego abandona. Con ambición social y política, Esteban se presenta a senador y logra que lo elijan. Su ideología conservadora lo lleva a estar entre los conspiradores para derrocar al presidente electo, pero él mismo acaba siendo víctima de los opresores a quienes ha apoyado. Al final de sus días, si no redimido del todo, Esteban Trueba alcanza mayor humanidad gracias al amor de su nieta Alba.

CLARA: Hija menor del matrimonio formado por Severo y Nívea del Valle. Es la hermana de Rosa (y de otros trece hermanos) y el principal personaje femenino de la novela. Posee facultades sobrenaturales que le revelan el futuro. De hecho, su matrimonio con Esteban Trueba no corresponde a un acto de amor sino al cumplimiento del presagio que le había anunciado su casamiento. Posee un carácter tranquilo y tendente al silencio, que llega a mantener durante varios años. Muestra escaso interés por los asuntos domésticos, pero se siente muy cercana a los animales, las plantas y sobre todo a los espíritus, con los que se comunica, llegando literalmente a levitar. Logra despertar grandes afectos, como el de su cuñada Férula, Pedro Segundo o su propio marido, el único de los tres al que Clara no parece corresponder con su cariño. De hecho, cuando Esteban le pega en una de sus explosiones de carácter, Clara deja de hablarle, aunque sigue manteniendo con él una relación ci-

vilizada. Pese a su aparente pasividad, posee una gran fuerza interior, de la que se vale para cambiar todo aquello que no le gusta sin tener que recurrir a la violencia. Clara es esencial para mantener unido el núcleo familiar y «la gran casa de la esquina». Cuando muere, su presencia se mantiene viva gracias a sus «cuadernos de anotar la vida», una memoria de los hechos ocurridos a lo largo de cincuenta años.

**BLANCA:** Hija de Clara y Esteban, destaca por su terquedad. Su mayor obstinación es el amor que siente por Pedro Tercero desde niña, y al que su padre se opone por la diferencia de clase de ambos. Cuando se queda embarazada de Pedro, su padre la obliga a casarse con Jean de Satigny para salvar el honor familiar. Blanca acepta porque le dicen que Pedro ha muerto, pero abandona a su marido poco antes de dar a luz al descubrir que Satigny mantiene relaciones sexuales con sus criados. Blanca regresa a la casa paterna y allí cría a su hija Alba. Se reencuentra con Pedro, pero no se va a vivir con él hasta que estalla el golpe militar y huyen juntos a Canadá.

**ALBA:** El personaje más joven de la familia. Hija de Blanca y Pedro Tercero, y nieta de Clara y Esteban Trueba, ha heredado el pelo color verde de Rosa. Se distingue de los otros arquetipos femeninos de la familia por la educación que recibe. Acude a un colegio privado británico y luego a la universidad; allí conoce a Miguel, de quien se enamora y adopta sus ideales revolucionarios. El ejército golpista la detiene y es torturada y violada por uno de sus oficiales, Esteban García. Alba actúa como puente afectivo entre los miembros enfrentados de la familia, sobre todo con su abuelo, de quien logra atenuar su carácter violento e intransigente. La narración de la historia recae en buena parte en Alba, cuya voz relata los testimonios escritos de sus abuelos.

**PEDRO TERCERO:** Hijo de Pedro Segundo. Representa la rebeldía: lucha hasta el final por sus ideales y por su amor a Blanca, con quien mantiene relaciones desde la infancia. Cuando Pedro Trueba se entera de que Blanca y él se ven en secreto, le corta

tres dedos de una mano. Pedro Tercero se entrega a la defensa de los trabajadores; también compone e interpreta canciones revolucionarias que se hacen muy populares entre el público universitario. Al llegar los socialistas al poder, se une al gobierno y Blanca le pide ayuda para liberar a su padre, retenido por los campesinos en la casa. Pedro acepta y el favor le será devuelto después, cuando sea Trueba el que le tienda una mano a Pedro.

**FÉRULA:** Hermana mayor de Esteban Trueba, al que había adorado cuando era niño. De joven había sido bella, pero los años dedicados al cuidado de su madre la convierten en una mujer gris, resignada y de carácter brusco, como su hermano. Cuando la madre de ambos muere, Férula se muda a vivir con Esteban y Clara, a la que quiere mucho. Las atenciones con las que Férula colma a su cuñada despiertan los celos de Trueba, hasta que decide echar a su hermana de casa, no sin antes ordenar que se le envíe un estipendio mensual para sus gastos. Pero cuando Clara anuncia que Férula acaba de morir en soledad, tras acudir al pobre vecindario donde vivía su cuñada, se descubre que nunca hizo uso del dinero que le mandaba su hermano.

**ESTEBAN GARCÍA:** Nieto ilegítimo de Esteban Trueba. Su condición de vástago de un hijo bastardo le ha desarrollado un carácter rencoroso y cruel, como se manifiesta en diferentes momentos de la novela. Así, con el fin de conseguir una recompensa (que no llega a recibir), indica a Trueba dónde se esconde Pedro Tercero y luego recoge los tres dedos ensangrentados que Esteban Trueba acaba de cortar. Recurre a Trueba para que le ayude a ingresar en el cuerpo de carabineros, lo logra y llega a conseguir un alto cargo, pero eso no disminuye el odio que siente hacia él. Su deseo de venganza hacia Esteban Trueba, en buena medida alimentado por su abuela Pancha, se ve satisfecho cuando captura a Alba y la viola.

**PEDRO SEGUNDO:** Hijo de Pedro García y administrador de Las Tres Marías. Su valiosa contribución para levantar el fundo no es valorada por Esteban Trueba, que no duda en humillarlo,

por lo que Pedro nunca llega a respetar ni a apreciar a su amo. En cambio, siente afecto y admiración por Clara. Pedro abandona Las Tres Marías cuando Esteban Trueba descubre la relación que Blanca mantiene con su hijo Pedro Tercero y amenaza con matarlo.

**MIGUEL:** Hermano menor de Amanda. Presencia el nacimiento de Alba escondido dentro de un armario, dieciocho años después vuelve a verla y se enamora de ella. Su relación dura hasta el final de la novela. Miguel muestra desde joven ideas revolucionarias que mantiene de adulto; tras el golpe militar, se hace guerrillero. Cuando Esteban García tiene prisionera a Alba, Miguel acude a Esteban Trueba en busca de auxilio y le propone que visite a su antigua amante Tránsito para que ayude a rescatar a Alba.

**JAIME:** Hijo de Clara y Esteban Trueba, uno de los hermanos de Blanca. Él y su gemelo Nicolás parecen ser únicamente hijos de Clara, ya que Esteban no sólo no los comprende sino que los repudia. Jaime estudia medicina y dedica su vida a socorrer a los pobres. Afín a la ideología del Presidente, durante el golpe de Estado muere a manos de los militares al negarse a declarar falsamente que la muerte del Presidente se ha producido porque estaba borracho y se había suicidado. Según la escritora, este personaje está basado en un médico que al parecer sufrió ese mismo chantaje, con idéntico final.

**NICOLÁS:** Hermano gemelo de Jaime, aunque muy distinto de carácter. Parece haber heredado el espíritu inventivo y aventurero de su tío Marcos. Viaja a la India con el propósito de hallar la iluminación espiritual, y luego a Norteamérica enviado por su padre, quien piensa que las locuras de su hijo pueden perjudicar su carrera política. En ese país aplica las técnicas de meditación aprendidas y llega a convertirse en una persona respetada. Como su hermano, no es comprendido por su padre y es expulsado de la casa, por lo que desaparece de la historia relativamente pronto.



AMANDA: Hermana mayor de Miguel, al que promete proteger siempre. En sus años universitarios es una mujer anticonvencional que cree en el amor libre. Mantiene relación con los hermanos Jaime y Nicolás; se queda embarazada de este último, pero decide interrumpir el embarazo y no tener el bebé. Tras la intervención, el personaje de Amanda se ausenta durante veinte años y reaparece cuando Jaime la ayuda a vencer su drogadicción. Durante el golpe de Estado la secuestran y torturan para que revele el escondite de su hermano Miguel. Cuando él era pequeño y se quedó a su cargo, Amanda le había dicho: «daría la vida por ti, Miguelito». En cumplimiento de su promesa, se niega a darles información y es asesinada.

PEDRO GARCÍA: Padre de Pedro Segundo y uno de los residentes más ancianos de Las Tres Marías. Gran conocedor de la naturaleza, él es quien detiene la plaga de hormigas que se origina en la hacienda, y el que recompone los huesos rotos de Esteban Trueba cuando el terremoto derrumba la casa.

PANCHA GARCÍA: Hija de Pedro García y abuela de Esteban García, hijo a su vez del otro Esteban García, fruto de la violación a la que la somete Trueba mientras trabaja en Las Tres Marías. Cuando se queda embarazada, la despiden de la casa. Transmite a su nieto el resentimiento que ha alimentado a lo largo de los años, haciéndole ver las desventajas sociales y económicas que debe sufrir por no haber sido legitimado. Pancha muere de lipiria calambre.

TRÁNSITO SOTO: Prostituta a la que Trueba le paga sus servicios durante la restauración de Las Tres Marías. Tránsito pide dinero prestado a Trueba para empezar una nueva vida en la ciudad, y lo logra al montar un hotel de citas de dudoso lujo. Muchos años después de aquel préstamo, Tránsito le devuelve el favor al mediar en la liberación de Alba a través de su influyente clientela.

NÍVEA: Madre de Clara y Rosa. Activa sufragista que llega a agarrarse a las rejas de la Corte Suprema para defender los de-

rechos de la mujer, lo que no impide que ceda a la esclavitud de la moda o a la del sexo conyugal y, con su gran fertilidad, consiga dar a luz a quince hijos. Como sufragista, reivindica el voto femenino y mayor protagonismo de la mujer en la sociedad. Nívea muere en un accidente de coche, decapitada.

**ROSA:** Conocida como «la bella», es la hija mayor del matrimonio Del Valle. El sobrenombre hace clara mención a su extraordinaria belleza, aún más excepcional gracias a la blancura y transparencia de su piel, al color amarillento de sus ojos y al verde de su pelo. Su presencia en la novela es efímera, ya que muere, accidentalmente envenenada, casi al principio de la historia. En ese breve período narrativo Rosa representa al gran amor de juventud de Esteban Trueba.

**SEVERO DEL VALLE:** Padre de Clara y Rosa. Aunque social e ideológicamente se diferencia de Esteban Trueba, ambos tienen el rasgo común de la ambición política. Perteneciente a la alta burguesía y miembro del Partido Liberal, abandona la política tras la muerte de Rosa, causada por un veneno cuya finalidad era acabar con la vida de él. El destino le reserva, no obstante, un trágico final, ya que muere junto a su esposa en un accidente de automóvil.

**JEAN DE SATIGNY:** Marido de Blanca. Es un noble francés arruinado que se aproxima a la familia Trueba con la intención de mejorar su situación financiera a través del matrimonio. Logra casarse con Blanca gracias a que la sorprende con Pedro y ella revela su embarazo. Cuando, una vez casados, Blanca descubre que su marido, además de traficar con restos arqueológicos, mantiene relaciones sexuales con sus criados, lo abandona. El personaje no vuelve a aparecer en la novela.

**ESTER TRUEBA:** Madre de Esteban y Férula. Descendiente de una familia peruana de abolengo, de joven se casa con un emigrante de pobres recursos económicos con el que tiene a sus dos hijos. Cuando muere el marido y la dote aportada por ella

se ha extinguido, su hijo Esteban se hace cargo de la economía familiar. Ester tiene una artritis aguda que la obliga a permanecer en una silla de ruedas o en la cama. En la enfermedad, Fé-rula la cuida con devoción pero Esteban, que «nunca había querido realmente a su madre», apenas va a visitarla y sólo lo hace poco antes de que muera.

**LAS TRES HERMANAS MORA:** Estas «tres damas translúcidas de manos tenues y ojos de bruma», como se las describe, son fervorosas seguidoras del espiritismo y de los fenómenos sobrenaturales. Consideran a Clara su hermana astral y la visitan a menudo con otros clarividentes, entre ellos el Poeta. Cuando Esteban Trueba golpea a Clara y ésta abandona Las Tres Marías y se instala con Blanca en la gran casa de la esquina, las tres hermanas Mora, «advertidas por la telepatía o simplemente por el afecto», van a visitarlas. Los cuidados físicos y espirituales y su charla ayudan a madre e hija a sanar las heridas del cuerpo y del alma. Una de las hermanas, Luisa, es quien advierte del peligro que corre Alba. Esteban Trueba no cree a Luisa, pero su augurio se cumple.

**NANA:** Criada de la familia Del Valle, especialmente devota de los cuidados a Clara. Cuando la niña deja de hablar, Nana emplea a todo tipo de estrategias para que abandone su mutismo, sin éxito. A la muerte de Severo y Nívea, Nana pasa a trabajar en la casa de los Trueba. En su ausencia, ella es la responsable de la gran casa de la esquina. Cuando muere, los criados dejan de cumplir sus funciones y la casa sufre un grave deterioro.

**PADRES RESTREPO, ANTONIO y JOSÉ DULCE MARÍA:** Tres sacerdotes pertenecientes a la Iglesia católica pero de muy diferente ideología política y postura social.

El padre **Restrepo** es un jesuita con vocación de inquisidor que trata de aterrorizar con sus apocalípticas descripciones del infierno y el purgatorio a los miembros, más bien indiferentes, de la familia Del Valle. Cuando Clara siendo niña le hace en la iglesia una pregunta que él considera sacrílega le grita: «¡Endemoniada!».

El padre **Antonio**, encargado de escuchar las confesiones de Férula, representa al cura conservador y reprimido al que parecen interesarle más las historias sexuales de Clara y Esteban que otros problemas sociales que lo rodean.

Por el contrario, el padre **José Dulce María** es un sacerdote revolucionario que transforma las parábolas bíblicas en propaganda socialista: «Hijo mío, la Santa Madre Iglesia está a la derecha, pero Jesucristo siempre estuvo a la izquierda». Cuando Pedro Tercero abandona Las Tres Marías tras el enfrentamiento con Trueba, el padre lo acoge en su parroquia y luego le da unas monedas «que sustrajo de la limosna dominical».

**ANA DÍAZ:** Estudiante revolucionaria que conoce a Alba durante la ocupación de la universidad y la acusa de no involucrarse más en la causa por su condición social. Cuando Alba es detenida y torturada, vuelven a coincidir y Ana rectifica el error de su comportamiento ayudándola a sobrevivir tras la terrible experiencia.

**TÍO MARCOS:** Hermano de Nívea y el tío favorito de Clara. Marcos es un tipo excéntrico cuyas actividades como explorador e inventor sirven de entretenimiento a la familia. Cada vez que regresa de algún viaje es muy celebrado por los Del Valle. Del último lo hace dentro de un ataúd; enfermo por el virus de la peste africana, muere consumido por la fiebre durante la travesía de vuelta a casa de su hermana.

**EL CANDIDATO:** Socialista que ha aspirado a la Presidencia de la República durante dieciocho años. Entabla amistad con Jaime, con quien juega al ajedrez por la noche; sus conversaciones siempre derivan a los temas del ajedrez y el socialismo. Jaime no se atreve a confesarle que es el hijo de Esteban Trueba y el Candidato tampoco se lo menciona al enterarse. Cuando el Candidato se convierte en Presidente, tiene serias dificultades para cumplir su función debido al boicot de los conservadores. El golpe militar perpetrado por las Fuerzas Armadas acaba con su vida, aunque la versión oficial de los gol-

pistas es que el Presidente se ha suicidado. El personaje se basa en Salvador Allende, tío segundo de la escritora, que ocupó la Presidencia de Chile de 1970 a 1973.

**EL POETA:** Personaje secundario del que nunca se especifica el nombre, aunque parece obvio que se trata de Pablo Neruda, «el poeta» chileno por antonomasia, ganador del Premio Nobel de Literatura en 1971. Incluso se hace un pequeño guiño al lector cuando se dice «donde el Poeta solía sentarse a la hora del té, a hablar sobre canciones desesperadas», aludiendo al poemario nerudiano *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*.

**BARRABÁS:** Es el perro de Clara. Llega a casa de los Del Valle siendo un cachorro pero enseguida se convierte en un perro enorme. El día que Esteban Trueba va a casa de Clara para pedir su mano, *Barrabás* es fatalmente herido y muere en los brazos de Clara. Una vez casados, Esteban Trueba, que ha mandado hacer una alfombra con la piel del perro, la coloca, con la indelicadeza que lo caracteriza, en medio del dormitorio, para sorprender a su mujer. Lo logra, pero no favorablemente, ya que Clara, al ver que sus pies están posados sobre la piel del perro, cae desmayada. Esteban ordena que escondan la piel en el sótano, donde permanece hasta que Esteban Trueba y su nieta Alba vuelven a colocarla en la habitación de donde partió.

#### PREGUNTAS DE REPASO DEL ARGUMENTO

- Durante la reconstrucción de Las Tres Marías, ¿qué compartían Esteban Trueba y Pedro Segundo García?
  - A Bebían en la cantina tras la jornada laboral
  - B Se contaban sus mutuas inquietudes
  - C Escuchaban la radio
  - D Iban a la iglesia

• ¿Qué frase pronuncia Clara a los diecinueve años cuando vuelve a hablar?

- A Tengo hambre
- B Va a ocurrir una desgracia
- C Anoche soñé con mi madre
- D Pronto me voy a casar

• ¿Cuál es la profesión de Jaime?

- A Militar
- B Médico
- C Inventor
- D Enfermero

• ¿Cómo muere Barrabás?

- A Con un cuchillo clavado en el lomo
- B Envenenado
- C Degollado
- D Atropellado por un coche

• ¿Cómo reacciona Clara cuando Esteban le golpea?

- A Se marcha de casa
- B Deja de hablarle
- C Le insulta
- D Se lo cuenta a sus hijos

• ¿Quién dice a Esteban Trueba el lugar donde se esconde Pedro Tercero?

- A Jean de Satory
- B Pedro Segundo
- C Miguel
- D Esteban García

• ¿Qué siente Esteban Trueba cuando descubre el amor de Férula por Clara?

- A Odio
- B Celos
- C Envidia
- D Desprecio

• Cuando el terremoto destruye Las Tres Marías, ¿quién asume las responsabilidades de la reconstrucción de la finca?

- A Nicolás
- B Pedro Segundo García
- C Esteban Trueba
- D Jaime

• ¿Qué le interesaba a Nicolás?

- A Los pájaros
- B La filosofía
- C La vida rural
- D El esoterismo

• ¿A qué actividad se entregaba Blanca cuando Pedro Tercero se ausentaba?

- A Ayudaba a su hermano Jaime en el hospital
- B Hacía figuras de nacimiento de cerámica
- C Hacía esculturas de arcilla
- D Se encargaba del comedor de la escuela

• ¿Cómo logra salir Pedro Tercero del país?

- A Vestido de obispo
- B Escondido en un camión
- C Chantajeando a un militar
- D Disfrazado de mujer

- De qué manera Tránsito devuelve a Esteban el favor de prestarle dinero?
  - A Reembolsándose con intereses
  - B Devolviéndole a su nieta secuestrada
  - C Ofreciéndole sus servicios gratuitamente
  - D Ayudando a escapar a Blanca
  
- Cuando liberan a Alba, ¿dónde la dejan?
  - A En un puesto de policía
  - B En un basural cercano a un barrio de las afueras
  - C A unos metros de la casa de su abuelo
  - D En medio de una plaza transitada
  
- ¿Dónde muere el Poeta?
  - A En un hospital
  - B En el cuartelillo donde lo han detenido
  - C En su casa del mar
  - D En su casa de Santiago
  
- ¿Durante cuántos años escribió Clara en sus cuadernos de anotar la vida?
  - A Cincuenta
  - B Sesenta
  - C Treinta
  - D Veinticinco
  
- ¿Qué hace Clara, entre otras cosas, poco antes de morir?
  - A Reza
  - B Llama a Esteban
  - C Abre la jaula de los pájaros
  - D Escribe su testamento



- Cuando el ejército golpista asalta el Palacio Presidencial, ¿qué hace el Presidente?

- A Entrega las armas
- B Se suicida
- C Se niega a abandonar el Palacio
- D Pide a la guardia de Palacio que se enfrente a los carabineros

- ¿Qué papel representan los personajes del doctor Cuevas, el Rey de las Ollas a Presión y Sebastián Gómez? Explica la función de cada uno de ellos en la narración.

## TEMAS

### OLIGARQUÍA Y LUCHA DE CLASES

*La casa de los espíritus* siempre se ha presentado como una crónica familiar y también como la historia de Chile del siglo XX. Desde esa premisa hay que observar los diferentes espacios y grupos sociales que se muestran en la obra y establecer un paralelismo con lo que representan en la nación.

Las Tres Marías encarna gran parte de la identidad de Chile, un país eminentemente rural y con un campesinado que durante años no se había atrevido a rebelarse contra la oligarquía doméstica. El conflicto surge precisamente cuando los campesinos toman conciencia de sus derechos y se enfrentan finalmente al cacique que ha abusado de ellos y de sus mujeres durante años, durante siglos. Pero no toda la sociedad es patriarcal. En la ciudad, muchos miembros de la clase alta muestran empatía con la clase trabajadora y el campesinado, y luchan activamente por la justicia social. En este tapiz histórico tampoco falta la generación de los típicos jóvenes

sesenteros que reivindican el amor libre y el aborto, y consumen drogas.

Puestos a encontrar alegorías, la gran casa de la esquina, como símbolo de modernidad desde la que Trueba quiere medrar social y políticamente, fracasa en su cometido. De lo que se puede colegir que los intentos por despojarse de lo autóctono no pueden prosperar.

El paralelismo entre realidad y ficción se cierra con el golpe militar que, en la novela y en la vida real, truncó los sueños de tantas personas que lucharon por conseguir la igualdad y la justicia social.

#### LA MUJER EN LA SOCIEDAD PATRIARCAL

Cuando se habla de «literatura de género» (término acuñado por los estudios culturales de universidades estadounidenses e inglesas), se suele hacer referencia a la literatura escrita por mujeres. Aunque la existencia de escritoras se remonta a siglos atrás, el uso de dicha terminología se ha venido aplicando desde los años sesenta del pasado siglo para marcar una diferencia con la denominación empleada hasta entonces de «literatura femenina», expresión que encerraba no pocos prejuicios y bajo la que se emboscaban cursis novelitas rosa, única lectura que falsamente se suponía gustaba a las damas. Las escritoras tampoco disfrutaron de mejores condiciones para expresarse literariamente hasta bien entrado el siglo XX. Ignoradas o despreciadas por sus colegas varones, las más persistentes escribían en privado, en los ratos libres que sus labores de hija, esposa y madre les permitían, lo que no significaba que sus esfuerzos se vieran recompensados con la aceptación y el aplauso de la crítica, tradicionalmente en manos de los hombres. La mujer, como escritora, permaneció casi en el anonimato hasta que alcanzó un lugar paritario en la sociedad y se convirtió en un producto cultural y adquirió «visibilidad». Como ha quedado dicho, el posboom trajo consigo una mayor presencia de la mujer en el escenario literario y, en conse-

cuencia, los personajes femeninos ocuparon una posición diferente en la narrativa escrita por mujeres, más activa y comprometida que la que habían representado en manos de escritores masculinos.

Un claro ejemplo de ello es la novela que comentamos. Aunque el peso principal de la narración recae sobre Esteban, Allende concede gran protagonismo, en género y número, a las mujeres de cuatro generaciones, cuyos nombres tienen en común su referencia a la blancura. A través de las pinceladas históricas que salpican el relato y del comportamiento de Nívea, Clara, Blanca y Alba, el lector puede seguir la evolución de la mujer en la sociedad (la chilena, aunque no se especifique) y su actuación frente al poder masculino.

**Nívea**, la mayor de las cuatro, cumple con sus deberes de esposa y madre respaldando a su marido en su ambición política y dando a luz a once hijos, pero su aspiración personal es obtener el voto de las mujeres.

**Clara** (quizá la que presenta un comportamiento más ambiguo) se casa con un hombre conservador, brutal y machista al que no parece querer; pero se mantiene aislada de él, se comunica con los espíritus y se entrega a tareas sociales, como alfabetizar a las mujeres campesinas, enseñarles a coser o predicarles sus derechos. La silenciosa labor de Clara surte efecto en su hija Blanca.

**Blanca**, el personaje femenino que muestra una actitud más independiente desde niña, se enfrenta a su padre por su amor a Pedro Tercero, aprende a modelar la arcilla y consigue la independencia laboral creando Nacimientos de cerámica en Canadá.

**Alba**, miembro de la cuarta generación, representa a la mujer universitaria, libre e independiente. Su inicial acercamiento a la política no es por ideología sino por amor, pero pronto se involucra y compromete voluntariamente con la causa revolu-

cionaria. Su nombre, como los de sus predecesoras, además de hacer referencia al color acromático, alude al amanecer, a un comienzo renovador, a un futuro prometedor. Sin embargo, víctima de la venganza, es violada por el nieto de Pancha.

Los personajes femeninos secundarios también arrojan luz sobre el papel que representan las mujeres no sólo en la novela sino en la sociedad.

El personaje de **Amanda** parece trágicamente marcado de antemano. A pesar de su autonomía, su talante de mujer independiente no le ayuda a superar su triste pasado familiar, la miseria en la que tiene que convivir con su hermano menor, del que se ha hecho cargo, y la enfermedad y posterior destrucción a la que la droga la condena.

Otros personajes femeninos son víctimas del sistema patriarcal pero no se rebelan. Así ocurre con **Pancha García**, el más desalentador de la novela. Violada por el patrón y posteriormente abandonada a su suerte, acepta sin defenderse una fatalidad que, como señala Esteban, está marcada por un orden social que parece inamovible: «Antes que ella su madre, y antes que su madre su abuela, habían sufrido el mismo destino de perra». Igualmente desesperanzador resulta que su odio traspase dos generaciones hasta hacer mella en Alba, quien, pese a estar gestando una criatura que quizá sea el fruto de una violación, considera que su misión en la vida no es prolongar el odio.

Es también el caso de **Férula**, que encarna a la mujer que permanece soltera, atrapada por la obligación de quedarse en casa al cuidado de su madre enferma. Sin posibilidad de expresar su ternura hacia un esposo y unos hijos, cuando la manifiesta con Clara, es repudiada y expulsada del único hogar al que había tenido acceso. **Nana**, como Férula, representa al tipo de mujeres que asumen sin oponerse el papel que la sociedad les ha asignado.

En cambio, el personaje de **Tránsito Soto** se aparta de los personajes femeninos mencionados. Tránsito no se queja, no

hace reproches y se siente orgullosa de lo que ha alcanzado en la vida («A mí nadie me ha mantenido ... Trabajo para mí, lo que gano me lo gasto como quiero»). Haciendo honor a su nombre, recorre los cambios políticos y sociales sin sufrir la exclusión de otras mujeres de su profesión; por el contrario, su condición de propietaria de un burdel de lujo la convierte en alguien con cierto poder, aunque éste se base en un esquema de dominación que ella ha aceptado sin aparente humillación ni conflicto moral. De hecho, parece molestarle la liberación de la mujer: «por culpa de la libertad de las costumbres, el amor libre, la píldora y otras innovaciones, ya nadie necesitaba prostitutas ... “Las niñas decentes se acuestan gratis, imagínese la competencia”», le dice a Esteban, con quien llega a mantener un trato de igualdad; los dos han logrado tener dinero pero no el respeto social.

- ¿Has observado actitudes sexistas en la sociedad a la que perteneces? ¿Cuáles?
- ¿Crees que los estereotipos tradicionales de la mujer han cambiado positivamente? Da ejemplos.
- Por el contrario, ¿piensas que todavía queda mucho camino por recorrer para alcanzar un estado de igualdad entre el hombre y la mujer? Da ejemplos.
- Se ha sugerido que la historia de esta saga familiar actúa como metáfora de la nación a la que se hace referencia sin nombrarla. Partiendo de esta premisa, ¿qué posición crees que ocuparían los personajes? ¿Quién o quiénes representan, por ejemplo, el laicismo, la burguesía, el conservadurismo, la violencia sexual, el latifundismo, la religión, el espíritu revolucionario, etc.? Haz un esquema socio-político con los personajes que mejor lo encarnen.
- ¿Con cuál de los personajes femeninos de la novela simpatizas más? Indica los motivos que te han hecho elegirlo.

- ¿Crees que en la sociedad actual se pueden encontrar personajes como éstos? Si has señalado alguno, indica por qué piensas que se repiten.
- ¿Qué opinas de la actitud de Tránsito Soto?
- ¿Crees que la desigualdad social puede producir sentimientos de odio? ¿Por qué?
- ¿Cómo interpretas las palabras de Alba cuando dice que su misión en la vida «no es prolongar el odio»? ¿A qué se refiere y de qué modo piensas que va a actuar?

#### EL AMOR

*La casa de los espíritus*, además de una crónica de Chile, es una historia de grandes amores, como su autora ha declarado en numerosas ocasiones. A lo largo de la novela los personajes principales y secundarios disfrutan, o padecen, de relaciones amorosas que podríamos clasificar en las siguiente categorías:

##### **Amores apasionados e ilícitos**

Entiéndase la expresión dentro del contexto histórico de la novela, en el que ninguna relación amorosa podía romper las normas sociales y religiosas que condicionaban la sexualidad a un matrimonio legitimado.

En este rango se encuentran **Blanca y Pedro Tercero**. Pertenecen a clases sociales diferentes, lo que no impide que lleven a buen puerto el amor que desde niños sienten el uno por el otro, que disfruten de ardientes encuentros en el río, que se enfrenten a la oposición de Esteban Trueba aunque tengan que separarse repetidamente. Nada de esto supondrá un obstáculo para su amor, ya que, como ellos mismos afirman, no son capaces de querer a nadie más. Quizá habría que matizar la diferencia que establecía Pedro Tercero entre el amor y la

fidelidad, puesto que en los períodos en los que los amantes están separados, Pedro se embarca en múltiples aventuras, mientras que Blanca siempre se mantiene fiel a su recuerdo y a su afecto. Su historia amorosa finaliza venturosamente cuando se van juntos a Canadá.

Tan apasionada e ilícita como la pareja anterior es la formada por **Alba y Miguel**. Las dos poseen rasgos similares: desigualdad social, encuentros furtivos y un amor que prevalece sobre todas las dificultades. Alba sufrirá todo tipo de vejaciones, incluida la violación, para salvar la vida de Miguel, ya que se niega a revelar su paradero. De igual modo, su amor tiene un final feliz, pues ambos consiguen reunirse, incluso con el beneplácito de Esteban Trueba.

**Esteban Trueba** vive asimismo un amor intenso y obsesivo por Clara. Aunque es un personaje dominante y cruel, el amor que siente por su mujer, nunca correspondido, lo convierte de algún modo en un ser domeñado por esa pasión insatisfecha. Su nieta Alba, al describir la muerte apacible de su abuelo, piensa: «Tal vez soñaba que era su mujer quien le acariciaba la mano y lo besaba en la frente».

#### **Amores familiares**

**Clara** no protagoniza ningún amor pasional pero es quien mejor representa los amores familiares. De niña, su afecto por el tío Marcos es tan grande que cuando éste se marcha de la casa sin despedirse, se pasa una semana deambulando sonámbula por las habitaciones chupándose el dedo. Ya de adulta, responderá al cariño de Férula con la misma intensidad. Por otra parte, el amor que siente por sus hijos la convierte en una matriarca absoluta, llegando a desbancar la autoridad de Esteban dentro del clan familiar. Desarrolla también su espíritu maternal con las personas a las que acoge en su casa para alimentarlas, instruir las o darles atención y afecto, como es el caso de Amanda durante su convalecencia.

**Amanda.** Su ejemplo de cariño fraterno, llegando a dar su propia vida por salvar la de su hermano, es uno de los casos de amor más enternecedores de la novela.

**Alba**, como antes se ha visto, protagoniza un amor apasionado e «ilícito» con Miguel; pero además es capaz de grandes afectos familiares, como el que siente por sus tíos, en especial por Jaime. Pero aún más importante es el cariño que desde niña profesa a su abuelo y que mantendrá inalterable con los años, por encima de las diferencias políticas e ideológicas. Con su amor, ella le ayuda a humanizarse y él le ofrece la oportunidad de reconstruir la historia familiar y de recobrar sus raíces.

**Esteban Trueba**, por su parte, siente adoración por Alba. Esteban, al que nunca le importaron sus propios hijos, se vuelca en el afecto por su nieta y recibe de ella una ternura que ya nadie del entorno familiar le ofrece. Esteban recuerda los momentos que pasa con Alba en Las Tres Marías dos veces al año como «los mejores de su existencia».

#### **Amores imposibles o no realizados**

A este grupo pertenece lo que siente **Esteban Trueba** por **Rosa**, una pasión vagamente correspondida por la joven: «*Rara vez pensaba en su novio, Esteban Trueba, no por falta de amor sino a causa de su temperamento olvidadizo*». De todos modos, aunque Rosa no hubiera muerto, cabe pensar en la imposibilidad de que esta relación fructificase dadas las características de la joven, un ser irreal e inasequible, a medio camino entre lo humano y lo mitológico, «con el cabello verde y los ojos amarillos, *la criatura más hermosa que había nacido en la tierra desde los tiempos del pecado original*».

El amor (con ciertos rasgoslésbicos) que siente **Férula** por **Clara** se encuadra dentro de lo irrealizable. Es importante observar que el poder patriarcal que ejerce Esteban en la familia impide que la relación de afecto de las dos cuñadas se desarrolle. Clara siente igualmente un afecto enorme por Férula, pero su posición en la sociedad no le permite revocar la decisión de Esteban cuando echa a su hermana de casa. Sin embargo, muestra su repulsa no permitiendo que Esteban vuelva a meterse con ella en la cama y negándose a hablarle.



Un ejemplo de amor no realizado es el que siente **Jaime** por **Amanda** cuando la conoce a la vez que su hermano Nicolás. En ese período, la timidez de Jaime no puede competir con la palabrería de su hermano, y Amanda sucumbe a los encantos de Nicolás. Jaime sufre especialmente cuando ayuda a la joven, embarazada de Nicolás, a abortar, acallando una vez más sus sentimientos para no herir a su hermano. Pasados los años, Amanda reaparece en su vida y trata de rescatar ese amor, pero ya es demasiado tarde para recobrar los sentimientos del pasado.

- ¿Consideras que las relaciones amorosas mencionadas son universales y podrían manifestarse de igual modo en otras épocas? Razona tu respuesta tanto si es afirmativa como negativa.
- ¿Piensas que la diferencia de clase social puede constituir un impedimento para el amor?
- ¿Crees que el afecto puede obviar los enfrentamientos ideológicos o/y políticos? Por ejemplo, ¿serías capaz de enamorarte de alguien que tuviera comportamientos racistas o sexistas?
- En la sección de amores «irrealizables», Jaime renuncia a Amanda para no herir a su hermano. ¿Serías capaz de hacer un sacrificio semejante?

## ASPECTOS FORMALES Y ESTILÍSTICOS

### EL PUNTO DE VISTA

La voz narrativa cumple una función tan importante como la propia historia y sus personajes, ya que se le encomienda la mi-

sión de contar. Su caracterización dependerá de la posición que ocupe —primera, segunda o tercera persona (narrador omnisciente)—, es decir, del punto de vista narrativo.

En este caso, la novela está compuesta como una polifonía de voces, aunque la mayor parte de la narración está escrita en primera y tercera persona. Las dos que se muestran en primera persona (las de Esteban y Alba) actúan como narrador testigo y ofrecen una doble visión de los acontecimientos. De una de ellas, con la que comienza la novela, no se sabrá su identidad hasta el final de la obra. Sólo en el epílogo volveremos a rescatar esa voz, que no es otra que la de Alba, quien, a través de los cuadernos de anotar la vida, la correspondencia entre Blanca y Clara, y sus propios recuerdos, reconstruye la mayor parte de la historia de esta saga familiar. Alba ocupa por lo tanto la posición de un cronista que, sin haber vivido personalmente muchos de los hechos contados, expresa las vivencias de los otros: «anotó la niña Clara con su delicada caligrafía ... sin sospechar que cincuenta años después, sus cuadernos me servirían para rescatar la memoria del pasado y para sobrevivir a mi propio espanto».

Alba se dirige también al lector para opinar: «Es una delicia, para mí, leer los cuadernos de esa época», o «Clara nunca lo supo, de modo que no pudo anotarlos en sus cuadernos para que yo lo leyera algún día. Me enteré por otros conductos».

El protagonista de la historia, Esteban Trueba, presente ya en el primer capítulo, utiliza la primera persona para dar a conocer al lector sus sentimientos de primera mano, o defenderse de falsas acusaciones contando su propia versión: «Yo sé lo que dicen de mí. Dicen, entre otras cosas, que he matado a uno o a varios hombres en mi vida ... No es verdad». De este modo, Allende ofrece al personaje de Trueba la oportunidad de justificar algunos de sus actos y despertar en el lector cierta compasión pese a su personalidad despreciable. Como cuando muestra su lado más humano al recordar a Clara cuando ella y Blanca abandonan la finca: «¡Qué solo me sentí entonces! ... Me tendía en su cama, hundía la cara en su almohada, acariciaba los objetos que había dejado sobre el tocador y me sentía profundamente desolado».

A lo largo de toda la obra se encuentra presente asimismo un narrador omnisciente que en realidad no es otro que Alba en dicho papel.

#### ESTILO DIRECTO E INDIRECTO

En cualquier obra narrativa las voces de los personajes se presentan mediante las siguientes variantes de integración textual:

Estilo directo, a través del cual se reproduce el discurso del personaje de manera textual. Sin intervención del autor, escuchamos sus diálogos y seguimos sus acciones. *La casa de los espíritus*, aunque no recurre demasiado a este estilo, contiene ejemplos de diálogos breves: «—No me voy a casar, padre —dijo ella».

Estilo indirecto, cuando se reproduce el discurso del personaje con las palabras del propio narrador, que resume su contenido. La cita se introduce por una conjunción (*cuando, que, si...*). Este estilo es el que predomina en esta novela: «Alba le preguntó por Pedro Tercero y ella le contestó con evasivas, diciéndole que el nuevo cargo en el gobierno lo tenía muy ocupado».

Estilo directo libre, cuando se reproduce textualmente el discurso del personaje pero sin que intervenga la voz del narrador: «Él se puso cada día más furibundo y despótico, le exigía ponerme una almohada aquí, no, más arriba, tráeme vino, no, te dije que quería vino blanco, abre la ventana, ciérrala, me duele aquí, tengo hambre, tengo calor, ráscame la espalda, más abajo».

Estilo indirecto libre es el que, a través de un narrador en tercera persona, se utiliza para reproducir la voz de un personaje sin tener que recurrir a los *verba dicendi* (formas verbales que designan acciones de comunicación lingüística, como *se dijo, pensó, se preguntó, se imaginó*, etcétera.) que aparecen en los estilos directo e indirecto. Combina la narración indirecta con la de estilo directo, de tal modo que la voz del narrador permite que

la del otro u otros personajes se mezclen con la suya. No es recurso habitual en Isabel Allende, como tampoco lo es el monólogo interior. No obstante, en las últimas páginas del capítulo XIV se encuentra algo parecido a un monólogo interior, y dentro de él quizá los únicos ejemplos de estilo indirecto libre de toda la novela: «nunca habían pasado cosas así aquí, por eso, justamente por eso, es que he tenido que venir a hablar con usted, Tránsito, nunca me imaginé hace cincuenta años...». Hay que recordar que el discurso empieza con un estilo indirecto normal («le dije que...») y pasa, sin solución de continuidad, al estilo directo: esa combinación es el estilo indirecto libre. En este mismo monólogo se hallan los otros ejemplos.

- Elabora un cuadro con ejemplos de los diferentes estilos que encuentres en la novela. Indica el efecto que producen en la narración.

#### ESTRUCTURA EXTERNA E INTERNA

Se entiende por estructura externa de una novela la manera en que el autor organiza el contenido de su material narrativo en capítulos, partes, secuencias o relatos secundarios. En el caso de *La casa de los espíritus*, la narración está distribuida en catorce capítulos y un epílogo. Los capítulos se dividen a su vez en subsecciones marcadas entre sí por un espacio en blanco.

La estructura interna hace referencia al orden de los acontecimientos que transcurren en la obra. Este orden puede ser: **lineal o cronológico**, es decir, la narración sigue el orden de la historia; *in medias res*, expresión latina con la que se quiere expresar que el relato comienza en medio de la narración; con **rupturas temporales**, recurriendo a la retrospectión (o analepsis), a la anticipación (o prolepsis), al contrapunto (cuando varias historias se entrecruzan), o a la narración circular (el texto inicia y acaba de la misma manera). Del tratamiento que se utilice para narrar la acción dependerá el efecto que produzca en el lector (intriga, emoción, aburrimiento...).

*La casa de los espíritus* se ajusta a tres de los órdenes mencionados, ya que su estructura es cronológica, recurre a prolepsis y analepsis, y es circular, puesto que empieza y termina con el relato del mismo acontecimiento. Dentro del orden de capítulos en los que está fraccionada la novela, su estructura interna está construida con los parámetros narrativos habituales de introducción, desarrollo y desenlace.

La primera parte, o introducción, abarca los tres primeros capítulos. En ellos se nos presenta la vida de los Del Valle, la muerte de Rosa y el perfil de los personajes de Clara de niña y de Esteban Trueba de joven. Se revela la aptitud clarividente de Clara y algunas predicciones que anticipan el desarrollo de la historia. Esteban convierte Las Tres Marías en un fundo próspero y se casa con Clara. La madre de Esteban, enferma y al cuidado de su hija Férula, muere.

La segunda parte se ocupa del desarrollo de la historia. Es la más larga, ya que comprende desde el capítulo IV hasta el XI, ambos incluidos, y constituye el nudo de la narración de esta crónica familiar. Aparecen personajes nuevos, en su mayoría secundarios, como los hermanos de Clara, Jaime y Nicolás, Férula, Amanda y su hermano Miguel, las tres hermanas Mora, o Esteban García. También se presenta un personaje central: Blanca, la hija de Clara y Esteban Trueba. De ella se relata su azarosa relación amorosa con Pedro Tercero y el enfrentamiento con su padre, que no permite la relación; su casamiento con Jean de Satigny y su rápida separación; su embarazo y el nacimiento de su hija Alba. Esteban Trueba inicia su vida política y termina su relación con Clara, quien muere de manera apacible. Alba llega a la edad adulta. Estrecha la relación afectiva con su abuelo; se enamora de Miguel, un joven de ideas revolucionarias, y se une a él en su cruzada contra el conservadurismo, más por amor que por ideología. Jaime se reencontra con Amanda.

En la tercera parte, el desenlace se condensa en tres capítulos y un epílogo. Si las dos partes anteriores engloban un período de casi siete décadas, la tercera se centra en un tiempo externo de sólo unos pocos años correspondientes a la década de los

setenta del siglo xx. Los propios títulos de los capítulos anuncian el contenido de lo que se va a narrar («La conspiración»; «El terror»; «La hora de la verdad»). El Candidato llega a ser nombrado Presidente, pero el ala conservadora le impide que desempeñe sus funciones. Los militares asaltan el Palacio Presidencial y acaban con la vida del Presidente. Se establece una dictadura en el país y para muchos el terror. Alba es detenida, torturada y violada por Esteban García; Blanca y Pedro Tercero huyen a Canadá, y Alba logra ser rescatada y devuelta a casa.

Por último, el epílogo informa al lector de que Esteban Trueba ha muerto, además de revelar que Alba, a instancias de su abuelo y con su ayuda y la de los escritos de Clara, se encarga de reescribir la saga familiar que el lector está leyendo. La frase que cierra el epílogo es la misma que la que abre la novela. Son las palabras que Clara escribió en su cuaderno y que Alba ha copiado, cerrando de este modo el círculo narrativo.

#### EL TIEMPO EXTERNO E INTERNO

El tiempo externo o histórico es el momento en que transcurre la narración. A veces el autor lo señala de manera explícita; otras el lector puede deducirlo a través de las costumbres, la vestimenta de los personajes, o algún dato revelador del período que se está describiendo. *La casa de los espíritus* es una novela testimonial que transcurre desde comienzos del siglo xx hasta mediados de los años setenta aproximadamente. Se presenta cronológicamente, combinando la ficción con la realidad histórica de Chile. Aunque no llega a nombrarse el país ni la ciudad en la que transcurre parte de la acción, se ofrecen datos suficientes para concluir que se trata de Chile y su capital, Santiago. Éstos son algunos de los acontecimientos que sirven como base referencial:

**El vuelo del piloto Dagoberto Godoy** a través de la cordillera de los Andes en 1918 («Marcos anunció que apenas se despejara el tiempo pensaba elevarse en el pájaro y cruzar la cordillera»).

**La Primera y Segunda Guerra Mundial** («Así se enteró de la guerra de Europa», «También discutíamos por la guerra mundial. Yo seguía los progresos de las tropas nazis en una mapa»).

**La ley de instrucción primaria** obligatoria aprobada por el Parlamento chileno en 1920.

**La instauración del voto femenino** por vez primera en 1935.

**Los terremotos de Chillán y de Valdivia**, ocurridos en 1939 y 1960, respectivamente, ambos de consecuencias trágicas («Los destrozos del terremoto sumieron al país en un largo luto»).

**La elección de Salvador Allende** como presidente el 4 de noviembre de 1970 («los socialistas ... ganaron las elecciones presidenciales ... en una luminosa mañana de septiembre»).

**El golpe de Estado** y el asalto de las fuerzas armadas dirigidas por Augusto Pinochet al Palacio de la Moneda el 11 de septiembre de 1973, en el que muere el presidente Allende. Pinochet pone en marcha una dictadura militar bajo la que mueren y desaparecen miles de personas, otras se ven forzadas al exilio y las que permanecen en el país tienen que sufrir, entre otras cosas, una estricta censura («La censura, que al principio sólo abarcó los medios de comunicación, pronto se extendió a los textos escolares, a las letras de las canciones, los argumentos de las películas y las conversaciones privadas»).

**Víctor Jara.** Al parecer, Isabel Allende se inspiró en él para el personaje de Pedro Tercero. Jara, dramaturgo y cantautor, fue detenido, torturado salvajemente y acribillado por 44 impactos de bala el 15 de septiembre de 1973, días después del asalto al Palacio de la Moneda. Una de las torturas que le aplicaron antes de matarlo fue la de romperle los huesos de la mano con la culata de un revolver.

**La muerte de Pablo Neruda** el 23 de septiembre de 1973. El poeta, militante del Partido Comunista chileno, vivía en Isla Negra y allí permaneció durante su enfermedad, hasta que fue trasladado a un hospital, donde falleció a causa de un cáncer de próstata («El poeta agonizó en su casa junto al mar», «¡Lástima que fuera comunista! ... Si hubiera muerto antes del Pronunciamiento Militar, supongo que habría recibido un homenaje nacional»).

El tiempo interno es en el que se desarrollan los acontecimientos que se están narrando; puede ser un período de años, incluso de siglos, o sólo de días u horas. Al contrario de lo que ocurre con el tiempo externo, el tiempo interno de *La casa de los espíritus* contiene algunas rupturas temporales, aludiendo al pasado o anticipándose a hechos que van a ocurrir en el futuro narrativo y que interrumpen el progreso lineal del argumento. A estas técnicas narrativas se les denomina **prolepsis y analepsis** (lo que en lenguaje cinematográfico se conoce como *flashforward* y *flashback*).

En la novela, la vida de los Trueba-Del Valle se cuenta a lo largo de cuatro generaciones, por lo que hay continuas referencias al paso del tiempo en el que se desarrolla la historia. En algunos casos se alude a las edades de los personajes:

«Clara murió el mismo día que Alba cumplió siete años.»

«Yo tenía entonces alrededor de veinticinco años» (Esteban Trueba).

En otros, se trata de menciones generales al tiempo en el que transcurre la narración:

«En el transcurso de los diez años siguientes, Esteban Trueba se convirtió en el patrón más respetado.»

«Mi abuela escribió durante cincuenta años en sus cuadernos de anotar la vida.»

«Todos los que vivieron aquel momento coinciden en que eran alrededor de las ocho de la noche cuando apareció Férula.»

«Han pasado veinte años» (de la muerte de Clara).



Algunos ejemplos de **prolepsis** (anticipación, o proyección) son:

Veinte años pasará Jaime sin ver a Amanda.

«Pero esta historia no habría podido escribirse si ella no hubiera intervenido para salvarnos y salvar, de paso, nuestros recuerdos», dice Esteban Trueba anticipándose a la actuación futura de Tránsito.

Hay que advertir que alguno de los usos de prolepsis está estrechamente unido al carácter visionario de los personajes. Es el caso de la profecía de Luisa Mora cuando le dice a Alba que la muerte le está pisando los talones:

«Diez meses y once días más tarde, recordaría la profecía de Luisa Mora, cuando se llevaron a Alba.»

Aunque el vaticinio sólo llega a cumplirse en lo de «se te encogerá el cuerpo», Fécula le augura a su hermano:

«¡Siempre estarás solo, se te encogerá el alma y el cuerpo y te morirás como un perro!»

En cuanto a la utilización de analepsis en la novela, puesto que el argumento reconstruye la historia de la familia Trueba-Del Valle desde el presente narrativo, se podría decir que toda la novela es en sí misma una analepsis, pero hay otros ejemplos. La mayoría se producen a través del recuerdo de episodios antiguos que asaltan a los personajes:

«... comprobé que no quedaba casi nada de la muchacha delgada, con los codos y las rodillas salientes, que trabajaba en el Farolito Rojo», piensa Trueba rememorando la imagen de adolescente de Tránsito.

«... la encontraba tan bella como en su juventud, cuando se amaban entre las cañas del río en Las Tres Marías», piensa Pedro Tercero al reencontrarse con Blanca ya adulta.

#### EL ESPACIO

Además del macroespacio externo, o abierto, en el que se desarrolla *La casa de los espíritus*, la historia transcurre principal-

mente en dos microespacios: Las Tres Marías y la «gran casa de la esquina», dos universos cerrados y opuestos que representan la vida rural y la urbana, en la que se incluye el poder político.

En Las Tres Marías, el fundo (o finca) que Esteban hereda y convierte en un lugar próspero, conviven dos pequeños universos sociales muy diferentes: el del amo y el de los campesinos. En este espacio, dirigido por Trueba de manera feudal, las diferencias de clase son insalvables.

Esteban Trueba construye la gran casa de la esquina con el deseo de destacar socialmente y la llena de objetos comprados en Estados Unidos y Europa para alejarse definitivamente de lo indígena. En esa casa pretende seguir ocupando su lugar jerárquico y llevando las riendas de su funcionamiento, pero no lo consigue porque cada miembro de la familia crea su propio espacio privado: Clara, en el cuarto donde practica el espiritismo; Blanca, en su taller de artesanía o donde imparte sus clases; Alba, en el sótano, su lugar de juegos y de encuentros amorosos con Miguel. El propio Esteban acaba refugiándose en la biblioteca en sus últimos años.

La casa de Las Tres Marías y la gran casa de la esquina son espacios cerrados, pero el funcionamiento interno de cada una difiere. Mientras que en la finca rural los valores que se instauran son los de Esteban Trueba, en la gran casa de la ciudad el *páter familias* pierde su autoridad jerárquica. Los miembros de la familia se le rebelan e incluso dejan de hablarle. Hasta la propia casa parece insubordinarse, cambiando su estructura bajo las órdenes de Clara, convirtiéndose en un espacio caótico en el que igual acoge a pobres a los que se alimenta, que alberga a amantes, o esconde a perseguidos por la ley.

Otros espacios menos manifiestos pero que merecen ser mencionados son la naturaleza (presente, por ejemplo, en los encuentros amorosos de Pedro y Blanca a orillas del río, o cuando se produce el gran terremoto); y el Farolito Rojo o el Hotel Colón, espacios en los que Tránsito Soto ejerce la prostitución, a los que ha accedido voluntariamente huyendo del mundo rural al que pertenece y desde donde ejerce su pequeño poder.

NIVELES SINTÁCTICOS Y LÉXICO-SEMÁNTICOS.  
FIGURAS RETÓRICAS

La novela, de léxico sencillo, utiliza períodos sintácticos cortos, así como palabras y expresiones coloquiales cercanas a la expresión oral. Los americanismos son escasos y no interfieren en ningún momento en la lectura. Al mismo tiempo, frente a la sencillez sintáctica y léxica del discurso narrativo, su estilo descriptivo es barroco, con gran profusión de figuras retóricas. La figura más relevante es la repetición y, dentro de ella, la enumeración, cuyo uso, en ocasiones, llega a resultar exhaustivo. El ejemplo más llamativo de este exceso enumerativo es la descripción de un banquete en el que desfilan: «las bandejas con pavos rellenos, los cerdos acaramelados, los congrios de agua fría, las langostas gratinadas, las ostras vivas, las tortas de naranja y limón de las Carmelitas, de almendra y nuez de las Dominicas, de chocolate y huevomol de las Clarisas, y cajas de champán traídas de Francia a través del cónsul...».

En la enumeración, la escritora recurre con frecuencia a la bimembración y trimembración, figuras retóricas que consisten en dividir una frase o verso en dos o tres miembros que pertenecen a la misma categoría gramatical y están colocados en el mismo orden:

«Toda la casa estaba alfombrada con una capa de yerba, polvo y hojas secas.»

«Tendría que soportar sus rabietas, sus órdenes desconsideradas y su prepotencia durante el resto de su vida.»

Además de las de repetición, el texto está plagado de otras figuras retóricas como:

Anadiplosis, o repetición de la última parte de un verso o grupo sintáctico al principio del siguiente:

«... quitando árboles para poner postes, quitando postes para poner edificios, quitando edificios para plantar árboles...»

**Antítesis:** Consiste en emplear dos frases o versos de significados opuestos para crear un fuerte contraste y un significado más vívido. En literatura se utiliza la antítesis con el fin de lograr equilibrio entre las cualidades opuestas y dar a conocer mejor la materia del sujeto que se está tratando:

«... el automóvil ... provocaba tumultos de curiosidad a su paso y respingos despectivos de la familia Trueba.»

«Pero *Barrabás* no daba muestras de ninguna ferocidad, por el contrario. Tenía los retozos de un gatito.»

**Hipérbole:** Consiste en exagerar un aspecto de la realidad. *La casa de los espíritus*, como todas las obras del realismo mágico, está repleta de situaciones inverosímiles y exageraciones:

«... habría robado el dinero necesario para casarme con ella y construir un palacio alhajado con tesoros del fondo del mar: corales, perlas, nácar, donde la habría mantenido secuestrada», le dice Trueba al cadáver de Rosa.

**Ironía:** Se emplea para expresar lo contrario de lo que se piensa o se siente. Se utiliza frecuentemente para sugerir o afirmar el contraste del significado literal planteado.

El coche de Severo «se desplazaba a la velocidad suicida de quince y hasta veinte kilómetros por hora».

**Metáfora:** En términos generales consiste en la identificación de un objeto real o un concepto con una imagen. Se distingue de la comparación en que no usa el nexos «como».

«... su extraña sonrisa de dientes de tiburón.»

«Clara recordaría toda su vida ese día de fiesta. La gente se vistió de primavera...»

«... se escuchó en toda la casa un terrible lamento de buque perdido» (*Barrabás*).

**Símil:** Comparación o semejanza entre dos elementos.

«... la piel del tono del marfil nuevo y sus ojos amarillos como la miel.»

«A su lado había un joven desconocido, pálido como la luna.»

«... chorreando uvas artificiales desde el hombro hasta las rodillas.»

**Prosopopeya:** Figura retórica que atribuye a seres inanimados o abstractos cualidades propias de los seres animados. La más habitual es la personificación, que consiste en dotar con virtudes de seres humanos a objetos, cosas abstractas o animales:

«Pero las hormigas siguieron apareciendo y multiplicándose, cada día más insolentes y decididas.»

- Busca y escribe otros ejemplos de todas las figuras retóricas mencionadas indicando a qué grupo pertenecen.

## VOCABULARIO

**Acezar (acezando):** Jadear, resoplar.

**Acróstico:** Composición poética en la que las letras primeras, centrales o finales de cada verso u oración forman un vocablo o una frase al leerse verticalmente. También se llama acróstico a la palabra o expresión formada por esas letras.

**Acupuntura:** Técnica de origen chino y japonés. Consiste en clavar una o más agujas en determinados puntos del cuerpo humano con el fin de tratar algunas enfermedades.

**Alcurnia:** De ascendencia noble o aristócrata.

**Alquimia:** Química mágica cultivada en la Edad Media y con la que se pretendía encontrar la «piedra filosofal» y la «panacea universal».

**Almizclado:** Del almizcle, una sustancia blanca grasa y muy aromática que se usa como base de algunos preparados cosméticos y de perfumería.

**Anacoreta:** Persona que vive en un lugar apartado, entregado a la oración y la penitencia.

**Antropófago:** Caníbal, que come carne humana. (Obviamente, en la novela no es literal sino que su aplicación alude a un comportamiento «primitivo», al mismo con el que se comportan los miembros de tribus primitivas que practican el canibalismo.)

**Apoplejía:** Paralización súbita del funcionamiento del cerebro.

**Argamasa:** Material de construcción. Se forma mezclando cal, arena y agua.

**Aspersiones:** Del verbo «asperjar», que significa rociar de agua con un hisopo.

**Atigrado:** Con el aspecto de la piel de tigre.

**Atochar:** Rellenar algo con esparto; por extensión, rellenar algo de cualquier materia, apretándola.

**Azul de metileno:** Colorante utilizado para tratar enfermedades parasitarias y otras infecciones.

**Baqueano:** Hábil, experto en alguna materia.

**Bártulos:** Chismes, trastos, cosas heterogéneas que se manejan para algo, que están en un sitio, que constituyen la propiedad de alguien.

**Baya (yegua):** De color blanco amarillento.

**Bitoque:** Literalmente significa grifo o depósito de líquidos. Forma parte del dicho: «La misma jeringa con distinto bitoque», que viene a ser el equivalente del usado en España «El mismo perro con distinto collar». En ambos casos el sentido sería que el cambio no modifica nada esencial.

**Bochinche:** Alboroto, tumulto de gente que se excita y grita.

**Boñiga:** Excremento de ganado vacuno.

**Bosta:** Excremento de caballo.

**Braga:** En Chile significa calzón, pantalón corto.

**Cafiche:** Chulo, proxeneta, persona que trafica con prostitutas.

**Calañé:** Sombrero de ala.

**Caligulesca:** Suele aplicarse a los que actúan de manera despótica y cruel; hace referencia al emperador romano Calígula, a quien se le atribuían perversidades sexuales y tiranías. En el ejemplo de la novela aplicado a una fiesta, se utiliza como sinónimo de **excesiva**.

- Camanchaca:** Capa densa de nubes movida por el viento hacia zonas costeras; además, sensación de humedad producida por este fenómeno atmosférico.
- Carismático:** Que posee carisma, es decir, capacidad para fascinar a los demás.
- Caturras:** Cotorras, loros pequeños.
- Cepelín (zepelín):** Globo dirigible que debe su nombre al militar alemán Zeppelin, que fue quien lo construyó a principios del siglo XX.
- Chabacanería:** Grosería, mal gusto, ordinariéz.
- Chapatozas:** Mejillas enrojecidas.
- Chaperona:** Anglicismo de la palabra *chaperone*, que significa «señorita de compañía»; persona que acompaña a las parejas para evitar que se sobrepasen en sus efusiones amorosas. En España se utiliza el vocablo «carabina».
- Concupiscencia:** Lujuria, sensualidad desmedida, lascivia.
- Congrios:** Peces marinos comestibles de cuerpo cilíndrico, muy largos y resbaladizos.
- Conscripto:** Soldado, recluta.
- Conspicuos:** Muy evidentes, notables, que se dejan ver con facilidad.
- Coyunturas:** Articulaciones del cuerpo.
- Cristofué:** Pájaro de color amarillo verdoso, poco mayor que la alondra. Se le conoce de este modo porque su canto reproduce sonidos parecidos a las palabras «cristo fue».
- Cucalón:** Aunque su procedencia es imprecisa, puede que haga referencia al gran casco o sombrero blanco, de caucho o fieltro, que emplearon algunos oficiales del ejército chileno y que era similar al de los exploradores africanos de mediados del siglo XIX.
- Daguerrotipos:** Fotografía realizada con un procedimiento cuyo negativo se obtiene sobre una plancha de cobre. El nombre procede de su inventor, Louis Daguerre.
- Diaguitas:** Nombre quechua que se da al conjunto de pueblos independientes que tienen como idioma común el kakán.
- Duraznos:** Nombre que se da en algunos lugares de Latinoamérica a los melocotones.

**Espartano:** Austero.

**Exantemático (tifus):** Enfermedad provocada por la bacteria *Rickettsia prowazeki*. Se transmite al hombre por medio de pulgas y piojos y es muy contagiosa.

**Fanfarria:** Banda musical formada principalmente por instrumentos de metal.

**Fiebre aftosa:** Grave enfermedad viral que afecta al ganado.

**Fifiriche:** Débil, enclenque.

**Filibustero - Bucanero:** Piratas de los siglos XVII y XVIII.

**Flete:** Precio que se paga por el alquiler de una nave o de otro medio de transporte (en la novela, un coche).

**Frazadas:** En los países latinoamericanos, se llama así a los cobertores de cama (mantas, colchas, etc).

**Fregar la paciencia:** Molestar, fastidiar.

**Fundo:** Finca rústica.

**Gárgola:** Caño o canal por donde se vierte el agua de los tejados cuando llueve o de las fuentes. Por lo general están artísticamente decoradas, como las de la catedral parisina de Notre Dame.

**Gaznápiro:** Simplón, torpe, necio.

**Ginseng:** Planta cuya raíz, llamada del mismo modo, tiene propiedades tonificantes.

**Gobelino:** Tapiz hecho en la fábrica de los Gobelins o una imitación suya. Gobelins era un tintorero del siglo XV.

**Gomero:** Árbol que produce goma.

**Gredas:** Tipo de arcilla que se emplea en alfarería. A veces se aplica para hacer referencia a la cerámica en general.

**Guarisapos:** Gusarapos, renacuajos, crías de la rana.

**Hamamelis (miel de):** Producto que se obtiene de las hojas y la corteza del arbusto de hamamelis y con el que se tratan enfermedades de la piel.

**Hisopo:** Utensilio que se utiliza en las iglesias para esparcir agua bendita; consiste en un mango de madera o metal, a veces de plata, que termina en una escobilla o en una bola metálica agujereada dentro de la que hay alguna materia que retiene el agua. A veces, con arreglo a la liturgia, consiste en un manojito de ramillas.



**Huacos (o guacos):** Figuras de cerámica que representan idólos; suelen encontrarse en los sepulcros de los antiguos indios.

**Huevomol:** Natilla o crema pastelera utilizada para rellenar tartas y cuyos principales ingredientes son el huevo y la vainilla. También se escribe separado, huevo mol.

**Jibarizado:** Los jíbaros son un pueblo de indios que habita en la cuenca de la Amazonía. Poseen el secreto de momificar cabezas humanas, reduciéndolas al tamaño de un puño y conservando perfectos sus rasgos. Por extensión, se dice que alguien tiene aspecto jibarizado cuando su físico parece haberse reducido de tamaño.

**Leva:** Reclutamiento de personas.

**Lipiria:** Fiebre que se manifiesta con sensación de calor interior y de frío en el exterior del cuerpo, sobre todo en las extremidades.

**Lúcuma:** Fruto de sabor ácido que produce el árbol del lúcumo. La palabra es una castellanización de «rucma», vocablo quechua, la lengua hablada por los indios de Perú.

**Machucar:** Machacar, insistir en algo aunque produzca sufrimiento y cansancio.

**Macrocarpa:** Árbol perteneciente a la familia de las coníferas.

**Maña:** Manía.

**Martingalas:** Ardides o trucos con los que se logra lo que uno se propone.

**Masitas:** En algunos países latinoamericanos, pasteles.

**Masón:** Perteneciente a la masonería, asociación secreta e iniciática, de carácter filantrópico y fundamentos filosóficos, que se identificó en el siglo XIX con el liberalismo político. El origen de la palabra se encuentra en el gremio medieval de los *maçons*, o albañiles.

**Matapiojos:** Libélula.

**Meica:** Curandera.

**Mesana:** Mastil, vela.

**Mistela:** Bebida hecha con aguardiente, agua, azúcar y canela.

**Morondanga:** De poca importancia, revoltijo de cosas de escaso valor.

**Mostacillas:** Abalorios, cuentas de colores con un agujero en el centro que se utilizan para hacer pulseras, collares, anillos o cualquier otro objeto de adorno.

**Muselina:** Tejido muy fino y ligero, particularmente de seda.

**Necrópolis:** Cementerio

**Nenúfares:** Plantas acuáticas con grandes flores de variados colores que crecen en lagos, charcas, pantanos o arroyos.

**Palta:** Aguacate.

**Parafina:** Sustancia blanca translúcida (derivada del petróleo), muy utilizada en la industria farmacéutica.

**Pebeteros:** Recipiente con tapa agujereada utilizado para quemar plantas aromáticas.

**Peltre:** Aleación de cinc, plomo y estaño, muy usada antes para objetos de uso doméstico.

**Percherón de tiro:** Caballo o yegua muy corpulento, capacitado para arrastrar grandes pesos.

**Peripatéticos:** Los seguidores de la doctrina de Aristóteles. Como filosofaban paseando, por extensión se llaman de este modo a las personas que charlan mientras caminan.

**Petimetre:** Persona joven excesivamente atildada o arreglada con afectación; demasiado preocupada por seguir la moda.

**Pilchas:** Prendas de vestir.

**Pitonisa:** Hechicera. Sacerdotisa de Apolo que daba los oráculos en el templo de Delfos.

**Potreros:** Extensiones de tierra.

**Pragmático:** Con sentido práctico.

**Proselitista:** Personas que pretenden ganarse a los demás para una causa, o sea, captar «prosélitos»

**Quirquincho:** Del quechua «quirquinchu». Los indios emplean el duro caparazón de este animal, también llamado armadillo andino, para hacer un instrumento musical llamado charango.

**Rayuela:** Juego que consiste en recorrer a pata coja recuadros de una figura geométrica trazada en el suelo, empujando una piedra con el pie de una casilla a otra. El número de recuadros puede variar en Latinoamérica y España (de ocho a diez) y también el nombre del juego; ya sólo en España

existen más de veinte denominaciones distintas, dependiendo de la región.

**Regalonear:** En Chile, mimar, cuidar, malcriar.

**Rosacruz:** Asociación en la que se profesa la filosofía místico-esotérica cuya insignia es una cruz con una rosa roja en el centro. También designa a miembros de la masonería que han alcanzado el grado de «Caballero Rosacruz».

**Rotoso:** Vocablo utilizado en Chile y otros países latinoamericanos para referirse al desarrapado, al que vive miserablemente.

**Ruma:** Montón.

**Sánscrito:** Lengua antigua de los brahmanes; el sánscrito se usa actualmente en la liturgia de religiones como el budismo y el hinduismo.

**Sufragistas:** Seguidoras del movimiento feminista del siglo XIX que reclamaba el derecho al voto de las mujeres. Por extensión, a veces se llama así a las feministas.

**Tarazón (tarascón):** En Chile y en otros países latinoamericanos, mordedura.

**Tarot:** Baraja de setenta y ocho naipes que se utiliza para adivinar el futuro.

**Telequinesia:** En parapsicología, desplazamiento a distancia de objetos a través de la energía mental, sin contacto material.

**Telúrica:** Literalmente significa «del planeta Tierra» pero suele aplicarse a lo autóctono y folclórico. Por extensión, se usa para designar a personas de escasa cultura.

**Tren de trocha angosta:** Ferrocarril cuyo ancho de vía es menor al normal y se utiliza para líneas secundarias.

**Trinquete:** En las embarcaciones, vela que se sujeta al palo de proa.

**Turbamulta:** Muchas personas juntas comportándose de manera desordenada.

**Turiferarios:** Personas que manejan el incensario.

**Visir:** Ministro de un sultán o soberano musulmán.

**Vitrales:** Vidrieras de colores, especialmente utilizada en las iglesias.

**Vudú:** Ritual supersticioso y fetichista que comenzaron practicando los negros de las Antillas y que se extendió a otros países. Consiste en clavar alfileres a un muñeco que simbolice a una persona, con intención de dañarle o incluso de causarle la muerte.

**Yac (yak):** Rumiante bovino, con largas greñas en la parte inferior del cuerpo y en las patas, que habita en montañas del Tíbet.

**Yapa (o ñapa):** De origen quechua, en Latinoamérica significa propina, por añadidura.

**Yermas:** Sin cultivar, inhabitadas.

**Yeyo (dar un):** Descomponerse, hacer sentir mal.

**Zarrapastroso:** De aspecto descuidado, sucio.

## Índice

CAPÍTULO PRIMERO: Rosa, la bella . . . . .	11
CAPÍTULO II: Las Tres Marías . . . . .	51
CAPÍTULO III: Clara, clarividente . . . . .	85
CAPÍTULO IV: El tiempo de los espíritus . . . . .	115
CAPÍTULO V: Los amantes . . . . .	155
CAPÍTULO VI: La venganza . . . . .	189
CAPÍTULO VII: Los hermanos . . . . .	223
CAPÍTULO VIII: El conde . . . . .	261
CAPÍTULO IX: La niña Alba . . . . .	277
CAPÍTULO X: La época del estropicio . . . . .	307
CAPÍTULO XI: El despertar . . . . .	335
CAPÍTULO XII: La conspiración . . . . .	357
CAPÍTULO XIII: El terror . . . . .	385
CAPÍTULO XIV: La hora de la verdad . . . . .	425
EPÍLOGO . . . . .	443

## GUÍA DIDÁCTICA

PROPÓSITO DE LA GUÍA . . . . .	457
DATOS ESENCIALES . . . . .	459
VIDA Y OBRA DE ISABEL ALLENDE . . . . .	461
Obras selectas de Isabel Allende . . . . .	468
Películas basadas en novelas de Isabel Allende . . . . .	468

LA CASA DE LOS ESPÍRITUS.....	470
CONTEXTO HISTÓRICO.....	470
VISIÓN GENERAL DEL ARGUMENTO.....	474
Ejercicios de comprensión .....	480
El realismo mágico.....	481
El boom y el posboom .....	482
LOS PERSONAJES .....	484
PREGUNTAS DE REPASO DEL ARGUMENTO ..	493
TEMAS.....	497
Oligarquía y lucha de clases .....	497
La mujer en la sociedad patriarcal .....	498
El amor .....	502
ASPECTOS FORMALES Y ESTILÍSTICOS.....	505
El punto de vista .....	505
Estilo directo e indirecto.....	507
Estructura interna y externa .....	508
El tiempo externo e interno .....	510
El espacio .....	513
Niveles sintácticos y léxico-semánticos. Figuras retóricas .....	515
VOCABULARIO.....	517

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionados con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques».

El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®

